

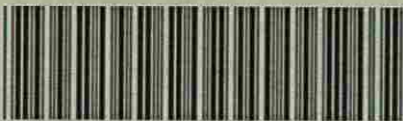
ect

GIANTIOS.

MIS
CIENTOS.

SARTAL
DE CUENTOS.

RAPIERD
.03
M51



1020028527



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CC
Num. Clas. _____
Núm. Autor De 15 ms
Núm. Adq. 33650
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [signature]
Catalogó [signature]

MIS CUENTOS

33650

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS

De esta serie de Novelas, en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea bajo sus diversas manifestaciones, van publicados los *once tomos* siguientes:

León Zaldívar.

Quilito.

Entre dos luces.

El Candidato.

La Ginesa.

Tobi.

Promisión.

Misia Jeromita.

Pequeñas miserias.

Don Perfecto.

Nebulosa.

Se halla en reparación el tomo XII:

EL PELIGRO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

1904

Carlos María Ocantos

MIS CUENTOS

PRIMERA SERIE

099894

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Acda. 1625 MONTERREY, MEXICO

33650

PQ 7797

.03

M51



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

MISS ALICE

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

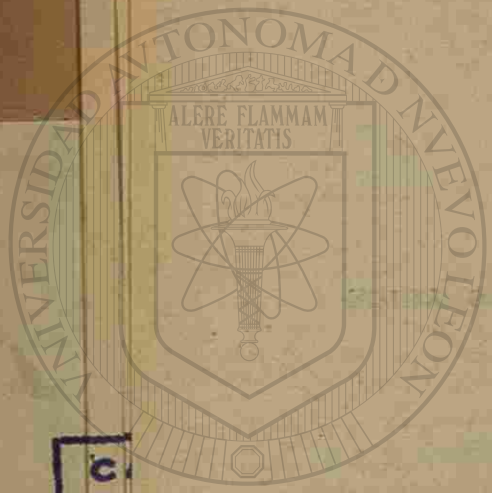
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"LOS RIOS"
MONTERREY, MEXICO



A 863
O.



C

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Miss Alice.

I

¿Quién que haya viajado en Suiza, en el Rhin, en Italia, en cualquier parte, no ha hallado á su paso un viajero inglés, de pantalón muy ajustado, chaqué muy corto, los pies muy grandes, las manos muy largas, la nariz muy colorada, los ojos muy chicos y el pelo muy rubio, guardapolvo gris sobre el brazo, el telescopio colgado al hombro y el sombrero *pompier* en la cabeza?

Ya sea apoyado en el rústico báculo alpino, en el desfiladero de una montaña, ó con la servilleta bajo la barba, en la *table d'hôte* de un hotel; ya extasiado ante una Virgen pudorosa de Rafael ó una Venus rubicunda de Rubens, en todas partes se le encuentra, siempre serio, siempre flemático, visitando todo, curioseando todo, con el rojo *Baedeker* en la mano siempre.

Pues bien: idéntico á este modelo, tan idéntico como si á una máquina fotográ-

LIBRERIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO



fica hubiera servido para reproducirlo, con el mismo pantalón y el mismo chaqué, los mismos pies y las mismas manos, sin quitarle punto ni ponerle coma, era el viajero que acababa de bajar del ómnibus ante el *Hotel Royal*, de Nápoles.

Serían las cinco de la tarde de un día de invierno; una turba de carruajes elegantes que iban á la *Villa Nazionale* á pasear las caras lánguidas de sus dueñas, temblorosas bajo la aterciopelada nutria de sus abrigos, recorría la Chiaia, esa amplísima calle que da al mar, y que tiene por límites en el lejano horizonte al Vesubio por un lado, y al Possillipo y una risueña guirnalda de verjeles por el otro.

Hallábase el cielo encapotado, el mar borrascoso, dando fuertes cabezadas contra la muralla y saltos enormes sobre el parapeto de mampostería; el viento era fuerte y entreteníase en jugar más de una mala pasada á los pacíficos transeuntes, en el vecino muelle de Santa Lucía y en la Chiaia, arrebatándoles el sombrero y haciéndolo dar en el aire más volteretas que un trompo.

El inglés que había bajado, y parado se hallaba en la puerta del *Hotel Royal*, no había bajado ni se hallaba parado solo; acompañábanle tres personas más, dos mujeres y un joven, éste muy alto y muy flaco; aquéllas, la una vieja y con todo el aire de aya de pensión, una blonda *miss* la otra, sonrosada y de ojos lánguidos, no

como esas rígidas doncellas, triste armazón de huesos y de tela, que á menudo se encuentran en los viajes, sino como esas ideales criaturas con que tropieza á veces el curioso extranjero al volver una esquina de Piccadilly ó al cruzar una avenida de Hyde Park.

En tanto que el inmenso ómnibus se desembarazaba de su carga de viajeros y equipajes, el inglés se dirigió al fondista, que, rodeado de su estado mayor de mozos y de faquines, atendía solícito á los que entraban, y pidió, con laconismo no ya espartano, sino británico, tres habitaciones: dos para él, su señora y su hija Alice, y una para su sobrino Mr. Georges Pylton.

Luego siguió al criado que el fondista respetuosamente le indicara y subió la escalera, con la comitiva de las dos mujeres y del sobrino, que gemía bajo el peso de los paraguas, de las mantas de viaje y de los sacos de noche de la familia toda.

El fondista permaneció en el vestíbulo, recibiendo á los demás viajeros, impartiendo órdenes, afanoso é incansable; cuando hubo terminado su tarea, fué á apuntar en el registro los nombres de los que habían llegado.

De pie, delante del pupitre, escribía el buen hombre sobre la página en blanco, distraídamente, como quien obedece á una acción mecánica; repentinamente quedó suspenso al descifrar en la microscópica

letra de una tarjeta diminuta este nombre: James Norton.

¿Por qué?

Habíale traído á la memoria no sé qué trágico suceso, cuyos interesantes detalles leyera él un año hacía en *Il Secolo*, de Milán.

Figuraos que el último verano, rebotando Interlaken de forasteros, tuvo lugar la muerte violenta de una joven inglesa, cuya familia estaba de paso en el pueblo: hallóse el cadáver destrozado en la orilla del camino, al pie de una montaña, como guijarro que se hubiera desprendido de la cumbre y hubiérase desmenuzado al llegar al suelo. Se la reconoció por su traje blanco y un lazo de seda que prendía aún sus trenzas doradas. ¿Tratábase de un accidente casual ó de un crimen alevé? Aquella tarde habíasela visto en el camino, acompañada de su hermana Alice, y ésta, deshecha en lágrimas, contaba á su familia desolada y á cuantos querían oírla cómo la pequeña Mary, durante su excursión en la montaña, al intentar atravesar un puente, habíase resbalado y caído en el abismo.

Tal aserto mereció crédito, y con la partida de la familia Norton se olvidó el suceso, que hizo mucho ruido en todo el continente; fué el tema obligado de conversación en los casinos y en los baños, y dió la vuelta al mundo á bordo de un *entrefilet* de *Le Figaro*.

Y bien, ¿sería aquella lánguida *miss*, que se llamaba Alice Norton, que era bella y alta y tenía los ojos celestes como el cielo y las mejillas sonrosadas como una manzana en sazón (que todos estos detalles los daba también *Il Secolo*), la linda inglesita que allí, en el vestibulo, había respondido á una pregunta de su padre, con el acento más armonioso del mundo: *yes, my father?*

¿Quién sabe!

El fondista dejó de mirar la punta de su pluma y púsose de nuevo á escribir sobre la página en blanco, distraídamente, como quien obedece á una acción mecánica.

II

Puede uno llamarse Georges Pylton, ser nativo del país de las nieblas y tonto de capirote; pero cuando la sangre de veinte años corre impetuosa en las venas y late el corazón sin obstáculo, no se oye con indiferencia á dos labios de amapola murmuraros al oído:

—Necesito hablarte mañana á solas; busca ocasión.

Y esta frase, realzada por el timbre armonioso de su voz celeste, fué la que dejó caer Miss Alice, al pasar junto á su primo aquella noche, entre las once y las doce, en el salón de lectura, cuando Mrs. Norton, bostezando de sueño, dió la orden de

retirarse y Mr. James cerró su *Baedeker*.

Georges quedó caviloso.

Ciertamente que buscaría ocasión de hablarla á solas.

Tenía un mundo de cosas que decirle.

¿Valía acaso la pena dejar su cara oficina de la City, sus libros llenos de garabatos, su *lunch* de las dos en la *Fly's Tavern* y su paseo á Richmond los domingos, para lanzarse á ver ruinas, museos y antiguallas, y abrir la boca delante de un espadón mohoso ó pasar las horas muertas ante una coraza abollada, tan sólo porque perteneció á Carlomagno ó al emperador de Marruecos?

¿Y los trayectos nocturnos en ferrocarril, encogido sobre el asiento y bajo la manta, dormido de un ojo y despierto del otro, entre el cantar de los vidrios y el bailar del vagón? ¿y la mala cama, y la mala mesa, y el continuo trotar sobre el empedrado á caza de curiosidades que no interesan, tropezando á cada paso con entes desconocidos que os miran de alto á bajo, codean al vecino y cuchichean entre sí, con risitas comprimidas y burlonas?

¡Oh! ¡los viajes, los viajes! no hacían seguramente la felicidad de Georges Pylton.

Huérfano y pobre, sin instrucción y sin mundo, habíase criado en la oficina de su tío, no encontrando placer sino en ella y sintiendo aversión á todo lo que no fuera su trabajo.

Los domingos por la tarde, cuando vol-

vía de su paseo á Richmond, se iba paso tras paso á casa de su tío Mr. James, que vivía en un barrio lejano pero encantador de Londres, en Kensington, y allí se quedaba hasta las diez, quieto en un rincón, cerca de sus primas Alice y Mary, sin mirarlas y sin hablarlas, con los ojos en el techo ó en el suelo.

Si le hubieran preguntado si eran bellas sus primas, habría respondido con el tono más natural del mundo:

—No sé.

Sólo sabía que Alice era muy extravagante y leía las novelas de Dickens y los versos de Tennyson; y que Mary era buena como un ángel.

Nada más.

Si le hubieran preguntado también qué hacía en aquella tertulia de los domingos cierto Tony Spring, habría también respondido:

—No sé.

Sólo sabía que Tony Spring hacía arrumacos á Mary y guiñaba el ojo á Alice.

Nada más.

Luego, aquella tertulia en la casita de Kensington le aburría.

¡Cuánto más agradable no era para él sentarse detrás del alto escritorio de pino, constelado de manchas de tinta, en el cuarto desnudo y sombrío de la oficina y en medio de aquella atmósfera de polvo, de humo y de libros viejos!

Un día—esto era después de la muerte

UNIVERSIDAD
MEXICO
MONTERREY, MEXICO

de la pobre Mary—entró Mr. James en la oficina y le habló largamente.

Hablóle de su reciente desgracia y de sus padecimientos morales, de todo cuanto por él había hecho y de lo que de él esperaba, de cómo á fin de distraer á Alice había resuelto hacer un viaje á Italia, y...

Georges le escuchaba marcando palotes sobre un trozo de papel.

De pronto levantó la cabeza y miró des-pavorido casi á su tío.

No acababa de decir Mr. James que deseaba casarle con su hija Alice, para que á su muerte fuese él el jefe de su casa de comercio y de su familia?

¿Había oído mal? no, seguramente. Allí estaba Mr. James, con su barba roja y escasa y sus ojuelos color ceniza.

Georges respondió:

—Está bien.

Nunca se le había pasado tal idea por la imaginación, pero estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á su tío; la voluntad de éste era la suya.

He aquí, pues, cómo y por qué Georges Pylton emprendió aquel viaje á Italia, que le aburría tanto ó más que la tertulia de los domingos en la casita de Kensington, y se hallaba esta noche parado detrás de los vidrios, en el salón de lectura del *Hotel Royal*, de Nápoles, muy caviloso por las palabras que los labios de amapola de su prima deslizaron á su oído al retirarse!

—Deseo hablarte mañana á solas; busca ocasión.

¿Para qué querría hablarle á solas su prima? ¿qué tendría de importante que comunicarle ó de interesante que contarle?

¡Mostrábase siempre tan indiferente con él!

Mirábale, no como prometido, ni menos como primo; mirábale como un extraño.

Jamás había hilvanado diálogo alguno con ella, un poco á causa de su timidez y un mucho por la indiferencia que se le demostraba.

¿No sería aquel extraño deseo uno de los tantos caprichos que asaltaban á Miss Alice de algún tiempo á esta parte?

Porque era indudable: el carácter de su prima habíase alterado desde la muerte de la pobre Mary.

Ya no leía á Tennyson ni á Dickens; hablaba poco, comía menos, y aquel viaje por Italia parecía tornarla aún más sombría.

¿Por qué?

He aquí una pregunta á la que Georges no hallaba respuesta; pero bastárale recordar aquel nombre misterioso de Tony Spring para hallarla, en parte.

¿Qué le diría Miss Alice entretanto al día siguiente? ¿qué la diría él?

Él la diría... seguramente que no la diría nada, ¡porque sentía tal cortedad al encontrarse cerca de ella, y al fijar su mirada en sus ojos claros y soñadores!

III

Nápoles no posee, como cualquiera otra ciudad de Italia, históricos monumentos que atraigan la atención y detengan el paso del viajero, y fuera del S. Carlo, del Museo y de las catacumbas, sin interés cuando se han visto las de Roma, no encuentra la curiosidad alimento; pero su bahía incomparable, el azul único de su cielo, su Vesubio celebrado, en cuyas faldas coquetamente se recuesta, sin temor á las convulsiones del monstruo, un enjambre de graciosos pueblecillos; Capri y su gruta azul, palacio encantado de los genios del mar; el Possilipo y Sorrento, donde al caer la noche vagan las sombras misteriosas de Lamartine y de Graziella; Pompeya, la ciudad soberbia, «de quien apenas quedan las señales»; todo, todo hace de Nápoles lo que es, ha sido y será siempre: *un coin de paradis*.

Y para describirlo fuera necesario que la pluma se trocara en pincel y el papel en lienzo.

Aquella mañana Mr. James, que ya había arrojado, por el cristal de su ventana, una ojeada al soberbio panorama de la bahía, dió con presteza la última mano á su aliño personal, y bajó de su cuarto, en el mismo traje que del ómnibus lo hiciera, entrando al comedor, donde, alrededor de una mesa, con las tazas de té monumenta-

les, llenas del caliente y aromado líquido, le esperaba ya su familia.

Mrs. Norton se hallaba á la cabecera, con un gorro de encajes sobre sus cabellos grises, tiesa y silenciosa como siempre, el cuchillo, el tenedor y la cuchara sobre el plato, en pabellón; Georges se entretenía en desmenuzar migajas de pan y hacer dibujos muy bonitos sobre el mantel; Miss Alice no hacía ni decía nada; tenía la punta de sus dedos afilados sobre el borde de la mesa y la mirada vaga, como quien persigue un fantasma ó una idea.

Sentóse Mr. James, y con un alegre *good morning* y un ligero beso en la frente de su hija, declaró abierta la sesión; Mrs. Norton arrojó un suspiro y atacó vigorosamente al succulento rosbif, acudiendo Georges presuroso á prestarle ayuda en el asalto, mientras Mr. James preparaba flemáticamente sus armas ofensivas, el tenedor y el cuchillo, y las defensivas, la servilleta; Miss Alice se contentó con humedecer ligeramente sus labios en la taza.

Luego, entre los quejidos del rosbif, el dúo alegre de la porcelana y del acero y el paladeo del té caliente, hablóse del programa á seguir en el día.

Eran las nueve de la mañana cuando la familia Norton salía del Hotel, y sin más cicerone que el indispensable *Baedeker*, lanzábase á las calles de Nápoles, llenas de una concurrencia alegre y bulliciosa.

En la Chiaia, en Santa Lucía y luego en la antigua vía Toledo, hoy vía Roma, seguidos de una legión de solícitos sujetos que ofrecían sus servicios como un mercader su mercancía; codeados, fatigados, errantes, porque Mr. James había perdido el hilo de su itinerario, seguían una marcha indecisa, deteniéndose en todas las esquinas, mirando las fachadas de los edificios y las caras de los transeuntes; á cada instante Mrs. Norton preguntaba:

—¿Estás seguro que es por aquí?

—*Yes, my dear, yes*—respondía Mr. James hojeando febrilmente el libro.

Miss Alice, adelante, al lado de su primo, marchaba pensativa, sin preocuparse adónde iba ni por dónde iba, ¡que hay un país en que no se ha menester de *Baedeker* ni *cicerone* alguno, y es ése el de los sueños!

Georges, por su parte, con todas las señales de su esplin incurable, parecía entretenido en contar las losas de la acera, porque no levantaba la cabeza, temeroso quizá de encontrarse con los ojos de su compañera y de darla así ocasión de hablarle á solas.

¡Día de agitaciones aquéll

Después de ir y de volver, de tomar una calle y dejar otra, de inquirir y de sudar, consiguió Mr. James ver las catacumbas, el Museo, la catedral y las iglesias en el modo y forma que él había decidido verlos: con una cerilla encendida en la mano

recorrió los vastos y sombríos subterráneos, seguido de su invariable comitiva, haciendo resonar sus pasos acompasados y escuchando el triste eco de las bóvedas desiertas, huroneando en cada nicho y cada hueco y palpando con sus dedos nerviosos los huesos blancos que, en fúnebre guirnalda, decoran las paredes; visitó una por una, y según el orden de número, las salas amplísimas del gran museo napolitano, admirando las estatuas mutiladas y esas amables pinturas de Pompeya, de colores tan vivos y tan frescos como si un pincel de ayer las hubiera trazado; los mármoles afectados por la ictericia de los siglos, y las vasijas de forma extraña; las momias egipcias, inmóviles en sus ataúdes chillones, y los mil recuerdos curiosos de generaciones pasadas.

¡Excelente Mr. James!

Cuando todo lo hubo visto, y ya nada restaba á su curiosidad insaciable, atento siempre á cumplir su programa, propuso con mucha flemma á su familia ir en carruaje hasta Pouzzoles, por más que eran ya las seis de la tarde.

Esta vez, Georges encontró fuerzas en su debilidad... de estómago, y protestó... débilmente.

Y como Mrs. Norton se adheriera á su protesta, Mr. James, no hallando apoyo en la indiferencia de Alice, se decidió á volver al Hotel, malhumorado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS
MONTERREY, MEXICO

IV

Miss Alice amaba á Tony Spring; hacía de esto ya dos años. No era aquél un amor vulgar ó un capricho del momento, sino una pasión verdadera.

Él era un joven como cualquier otro, insignificante, á fuer de vulgar; ávido de morder la apetitosa manzana del paraíso allí donde la hallare al alcance de su mano; parásito de la amistad y pirata de la honra ajena, sin corazón y sin nombre, despreocupado y altivo, sin honor y sin palabra; moreno, como hijo de italiana, toda su fortuna cifrábala en sus bigotes sedosos, que acariciaba de continuo con gravedad afectada.

Cómo se introdujo en casa de la familia Norton, nadie sabría decirlo, entregado Mr. James, como estaba, á sus números y á sus operaciones comerciales; quizá por la rendija de una puerta, como la culebra, ó por el hueco de una ventana, como el murciélago.

Miss Alice y Mary le vieron y le amaron; naturaleza apasionada y violenta la una, quiso dominar y dominó; carácter dulce la otra, amó y calló.

Y ni la una ni la otra se confesaron mutuamente el estado de su corazón; quedando así, ambas, extrañas al idéntico mal de que cada cual padecía.

Tony, cual gusano escondido bajo la hoja de una rosa, flexible y pérfido, dueño de la situación y experto en tales aventuras, adormeció á la una con sus promesas doradas y arrulló á la otra con sus palabras de miel, evitando ser sorprendido en su manejo, para caer, como cazador sobre el ave abatida en su vuelo, sobre la primera que cediese.

En la casa, sin saber por qué, se le detestaba.

Más, ¿qué le importaba á él que Mr. James, preocupado con sus proyectos matrimoniales favorables á Georges, le pusiera mala cara, y que Mrs. Norton le diera á veces la espalda, cuando, ocupada en preparar el té delante de la ventana que caía al parque, veíale acercarse, sombrero en mano, á saludarla?

Él se volvía impasible del lado del piano, que cantaba alguna alegre sonata de Sullivan, el compositor de moda, acariciadas sus teclas por las manos transparentes casi de Miss Alice, y se sentaba á su lado; á poco entraba la pequeña Mary, bellísima con su traje blanco y sus quince años, y luego Georges, que ocupaba silenciosamente su rincón. Los últimos fulgores de la tarde se extinguían; las sombras descendían paulatinamente como telón que cae, y la salita quedaba á oscuras; entonces, á un campanillazo de Mrs. Norton, llegaba la criada, sonriendo bajo su airoso gorro almidonado, y la lámpara

que colocaba sobre la consola, atestada de curiosas chucherías, alumbraba siempre la misma escena: Tony y Miss Alice delante del piano, Mary sentada en un cojín, Georges en su rincón, Mrs. Norton escogiendo terrones de azúcar con unas pinzas de plata, y Mr. James ensayando deletrear el *Times*.

Pero una noche, en esta brusca transición de las tinieblas á la luz, calló el piano de pronto y Miss Alice se alzó violentamente de la banquetta, y... volvió á sentarse, y el obediente instrumento sonó de nuevo. Las mejillas de la joven habíanse tornado purpurinas, y sus dedos tropezaban nerviosamente sobre el teclado; se detuvo una vez más, y volviéndose hacia Tony, que parecía empeñado en descifrar los jeroglíficos de la música, díjole en alta voz, pero sonriendo:

—Verdaderamente, Tony, si continúa usted contándome esas historias, concluirá por darme miedo.

Pero Tony no hizo caso de la advertencia, y siguió contándola sus historias, esa noche y las siguientes, sin que ella diera muestra alguna de haber cobrado miedo.

¡Adorables historias!

Habíanse ya dicho que se amaban, entre uno y otro aire de Sullivan, y asumiendo sus papeles respectivos en esa eterna comedia del amor, que degenera á veces en drama y en tragedia otras, y que cada

cual representa á su manera en el amplio escenario de la vida.

En cuanto á Mary, era feliz, porque sabía que era amada; había escuchado también de los labios de Tony esas mismas historias, cuando, con frecuencia, al entrar ó al despedirse, el joven hallaba ocasión de hablarla á solas; inocente y candorosa, ignorando el mal y no sabiendo evitarlo, permanecía sentada en el cojín, la cabeza inclinada sobre su libro de grabados, sin inquietarse porque Tony se colocara al lado de su hermana y no á su lado.

¿Tenía algo de extraño, siendo Alice la mayor? ¿Y no debía considerarse indemnizada de este alejamiento momentáneo cada vez que Tony fijaba en ella su mirada adormecida ó estrechaba su mano con cariño?

Sin embargo, sucedióle á Tony lo que al juglar en el circo: que no falta un espectador curioso que descubra el juego, ó un momento de lamentable descuido que le venda.

Una noche ocurriósele mirar á Mary y exclamar:

—¿Sabéis que está bonita la chica?

Y Mary se embellecía, en efecto, á medida que las formas indecisas de la niña tomaban los contornos delicados y graciosos de la joven.

Miss Alice se sintió herida profundamente por aquella frase, pues creyó adi-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO RAYES
MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO RAYES
MONTERREY, MEXICO

nar en el rubor de Mary, que la había oído, y en la turbación de Tony, que la había dicho, el secreto doloroso que se la ocultaba.

Y cuando Mary alzó sus hermosos ojos azules, recibió el choque de una mirada preñada de odio.

Mr. James, entretanto, hombre de números, y por consiguiente, práctico hasta la punta de las uñas, sea que descubriera, como el mirón del circo, el doble juego del doncel, ó, lo que es más probable, deseoso de remover el serio obstáculo que se oponía entre Georges y su hija, anunció una noche, cuando Sullivan cantaba con más brío al oído de todos, y con más amor que nunca Tony al oído de Alice, la próxima partida de la familia para Suiza.

Hubo un coro de ¡oh! y de ¡ah! ruidoso é interminable, y el telégrafo de los ojos, que tan bien saben hacer hablar los amantes, llevó y trajo sus mensajes de promesas y esperanzas.

Las manos en los bolsillos, el sombrero sobre la oreja, plegados los labios por un gesto de despecho, como truhán que sale del garito después de haber perdido el último céntimo, salió aquella noche Tony Spring, desesperado y rabioso.

—Ese Mr. James era verdaderamente insoportable!

—¡Marcharse de Londres cuando él iba á recoger el fruto de sus afanes!

Felizmente, figuraba en la *Alhambra*

cierta amable artista, Ketty Millberg, y sería ella la que le consolaría de tan triste ausencia.

Y la familia Norton partió para Suiza...

V

Cogidas de las manos, subían aquella tarde Miss Alice y la pequeña Mary el empinado sendero de la montaña; el sol, como una hoguera inmensa que se apaga, lucía apenas en el borde del horizonte, y prestaba color fantástico á los objetos todos: á la campiña, á las montañas, á la cumbre soberbia de la Jungfrau, envuelta en su immaculado velo de nieve, y al enjambre de casitas blancas de Interlaken. A uno y otro lado, las aguas de los lagos encuadraban el paisaje en un marco de plata.

Ambas jóvenes seguían su fatigosa subida, deteniéndose de vez en cuando para tomar aliento ó admirar el risueño panorama; de vez en cuando también, Mary dejaba la mano de su hermana y recogía, aquí y allá, flores silvestres que prendía luego en sus trenzas doradas.

Y charlaba, como pájaro libre de la jaula, mientras recogía sus flores.

—No sé por qué tengo el corazón oprimido esta tarde, Alice; el aire está fresco, el día alegre, y yo soy feliz, en cuanto

puedo serlo; pero siento aquí, en el pecho, algo tan malo, tan malo... ¿te lo confesaré? Ahora, al salir del hotel para dar nuestro paseo habitual, he abrazado á mi madre y he llorado... sin saber por qué. Será quizá que sufro la nostalgia de Londres, sin sol y sin cielo, es cierto, pero... tan lleno de atractivos...; de nuestra casita de Kensington, triste y aislada, pero á la que considero como á un amigo que nos tiende la mano, y nos espera y nos llama...; de nuestras reuniones por la noche, del gorro almidonado de Jenny y de nuestro jaldero Tom...; de Georges y de Tony...

Escuchábala Miss Alice sin decir nada.

—¿Cuánto reírás tú, hermana, de todas estas tonterías! echar de menos Londres y sus nieblas, cuando se está bajo el cielo encantador de Suiza, es algo que denuncia un mal gusto exagerado. ¡Ah! ¿sabes? el muchacho de las flores me ha prometido para esta noche un ramo de *edelweiss*, de dos francos... Es caro; ¡pero son tan hermosas las *edelweiss*! son como estrellas de nieve, y luego jamás se marchitan... ¡Pobre chico! dice que para buscarlas tiene que trepar á las cumbres más altas y andar á veces por el borde de los abismos... Ciertamente, no me parece tan caro dos francos... Mira, esta flor azul es también muy bonita, aunque no tanto como la huraña flor del abismo.

Y al mismo tiempo se acercó á su her-

mana y la presentó un manojo variado de flores curiosas: de pequeñas campanillas azules, de botones de fuego y de diminutas margaritas rosadas.

—Has dejado caer algo, Mary—exclamó Miss Alice con un relámpago en los ojos.

E inclinándose, recogió un pedazo de papel arrugado.

—¡Por piedad, hermana!—murmuró la pequeña, temblorosa y pálida.

Aquel papel era una carta, y la moribunda claridad del día permitió leer este nombre en un extremo: Tony.

Miss Alice quedó muda, mientras la niña recostaba su cabeza rubia sobre su hombro, tratando de sofocar sus lágrimas y de esconder su vergüenza; ella la apartó friamente, y devolviéndola la carta sin proferir palabra, echó á andar, la frente baja, los labios sin color.

Y en tanto que seguían el sendero de la montaña, en medio del silencio y de las sombras, hizo Mary, con lágrimas en los ojos y en la voz, la corta relación de sus amores.

—Tú me perdonarás—murmuraba al oído de su hermana,—y no dirás nada de esto; él me escribe á veces, y sus noticias, aunque tardías, me llenan de alegría el corazón; me espera, y así que volvamos pedirá mi mano á mi padre; ¡quizá nos casaremos en el mismo día, Alice! porque tú amas á nuestro primo Georges, ¿verdad que le amas?

Y marchaban ambas lado á lado: Mary, lentamente, y deteniéndose á cada instante para esperar una respuesta ú observar el efecto de una frase; grave y rígida Miss Alice.

Era de noche ya, y las luces amarillas de Interlaken se multiplicaban como por arte mágico; visto el pueblo desde aquella altura, bajo las sombras del cielo sin estrellas y entre las sombras de la montaña desierta, hacía el efecto de un espléndido diorama nadando en alegre claridad.

El agudo campanario de la iglesia, cual blanco fantasma; las calles, como fajas de luz, salpicadas de manchas negras y de puntos oscuros; los grandes hoteles, abiertos é iluminados, y no sé qué vago rumor de movimiento y de vida, que se elevaba del fondo del valle, como el zumbido lejano de una colmena.

Había un sitio en la cuesta que seguían, donde, gracias á las continuas lluvias del último invierno, habíase hundido el estrecho paso, y presentaba una enorme abertura, mal cubierta por endeble tabla de madera; ellas la habían atravesado al subir en medio de risas y de ligeros gritos de miedo. Debajo de aquella tabla estaba el abismo; oíase rugir en el fondo el agua de los torrentes.

Mary, antes de aventurarse en el peligroso puente, contempló una vez más á Interlaken, y quedó por un rato silenciosa; de pronto... sintióse lanzada en el abismo,

como hoja seca que arrastra el viento.

Dió un grito de dolor, de agonía, y... cayó, no en el abismo, en el lecho del torrente, sino al pie de la montaña, entre los guijarros y los espinos.

Y oyóse su voz llorosa que llamaba:—
¡Alice! ¡Alice!

Allí estaba Miss Alice, pálida por la emoción del crimen, prendidas las manos al parapeto rústico, inclinada sobre el precipicio, mirando sin ver con sus ojos dilatados.

Cuando el eco fúnebre del cuerpo que caía se hubo extinguido, cuando quedó todo en calma y en silencio, huyó de la montaña, como la sombra maldita de Caín, enloquecida y delirante, pareciéndole que el cielo, los árboles, las piedras y el viento, corriendo tras ella, la gritaban con voz formidable:

—¿Qué has hecho, qué has hecho de tu hermana?

Y su corazón golpeaba sin piedad, como juez que llama á juicio á la conciencia.

Y así salió de la montaña, y así siguió el camino de Interlaken, y así entró en su casa, enloquecida y delirante.....

Estaba la Chiaia desierta; la luna brillaba en el cielo diáfano, plateando las aguas tranquilas; allá enfrente, en lonta-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY, MEXICO

nanza, destacaba Capri su enorme mole obscura, como gigante monstruo marino, y al otro lado flameaba el Vesubio su pañoso penacho de fuego.

Miss Alice se había sentado delante de la ventana, en el salón de lectura, y miraba á la calle y al mar; en un extremo de la mesa, cubierta de periódicos, Mr. James tomaba apuntes; cerca de él bostezaba Mrs. Norton sobre un impreso, mientras Georges hacía sonar lastimosamente las teclas soñolientas del piano.

En la calle se escuchaba el sonar áspero é ingrato de la mandolina, tocada por un muchacho de veinte años, uno de esos tipos de *lazzaroni* que la pluma y el grabado han idealizado, y que vistos de cerca, como todas las cosas que aumentan el lente de la poesía ó del entusiasmo, no ofrecen interés alguno; tenía hermosa voz de barítono, y cantaba con sentimiento esos dulces aires napolitanos, notables por su melodía y por su ritmo, que nacen del pueblo, viven en el pueblo y sólo el pueblo sabe expresarlos.

La joven inglesa le arrojó una moneda para poner punto final á su canción; luego, volviéndose del lado de su primo, hizo este llamado:

—¡Georges!

El piano cesó de sonar repentinamente, y la figura desgraciada de Georges Pylton se irguió detrás del instrumento, los dientes desiguales asomando bajo el labio en-

treabierto por una sonrisa forzada, y roja de vergüenza la cara, como esos payasos ridículos, tan queridos de los niños, que saltan de la caja apenas se pone el dedo sobre el resorte que los encoge.

—¿Me llamabas, prima?—preguntó Georges acercándose á la ventana con timidez.

E interiormente se reprochaba no haber ido á oír *La Sonámbula*, como Mr. James lo había propuesto, dando lugar así á que la temida ocasión se presentase, á pesar de todo lo que él hiciera por evitarla.

—En efecto—contestó Miss Alice,—creía haberte dicho anoche que deseaba hablarte; parece que lo has olvidado, puesto que en todo el día no has hecho caso de ello, y hace una hora que nos estás ensordeciendo con esa horrible sonata.

—Perdona, prima, yo pensaba...

—Siéntate; acerca un sillón... aquí, más cerca... más aún; ¿me tienes miedo?

Georges tenía miedo, en efecto, pero no quería confesarlo—que un hombre tímido teme doblemente á una mujer hermosa que á toda una legión de diablos;—se sentó, sin embargo, cerca de ella, y quedó inmóvil, con las manos sobre las rodillas y los ojos en el suelo, en su actitud de todas las noches, allá en las tertulias de Kensington.

Entonces Miss Alice habló en voz baja.

—Bueno—dijo por fin;—se trata de algo grave, Georges; se trata nada menos que

dé tu porvenir y del mío. Mi padre quiere casarnos...

Georges dió un suspiro.

—Él cree —continuó la joven— que, á falta de un heredero varón, debe ser su dependiente principal y su sobrino quien ocupe su puesto en su casa de comercio y en su hogar, y ha contado para esto con tu docilidad y mi sumisión; pero mi padre se ha equivocado... se ha equivocado, lo répito, porque estoy decidida á romper un compromiso que me ha sido impuesto; mi querido primo, ¡tengo el sentimiento de decirte que no puedes ser mi marido!

Convenid en que este corto discurso, declamado con naturalidad pero con energía, era para desconcertar, no digo á Georges Pylton, sino al novio más avisado del mundo; así, no es de extrañar dejara al triste primo sin hallar respuesta y sin atinar á buscarla.

Sin embargo, de todo aquel ingrato discurso sólo la última frase quedó en su oído, como sucede á todos los que oyen y no comprenden, y el sentido de esta frase le aterró, no por la pérdida de la blanca mano de Miss Alice, que jamás había él ambicionado, sino porque no quería desobedecer á su tío.

Entonces creyó de su deber decir:

—¡Es Mr. James quien lo manda!

—No se manda al corazón—replicó la joven;—lee á Dickens, si te place. Además,

si quieres saber la razón de mi negativa, he! aquí: amo á Tony Spring.

—¡Tony Spring! ¡un calavera, un libertino, el amante de Ketty Millberg!—exclamó Georges.

—¡Tony! ¡el más honrado de los hombres! ¡ah! ¿por qué le calumnias así?... yo soy inglesa, Georges, pero tengo el alma de una italiana, y si eso fuera verdad sabría suprimir á esa Ketty, como á toda otra mujer que intentara robarme el amor de Tony... pero, de esto no se trata... Georges, mañana saldré de Nápoles.

El joven sintió un malestar indefinible.

—¿Sola?—se aventuró á preguntar.

—Alguien me acompañará, pero no serás tú seguramente.

Georges respiró.

—¡Pero qué va á decir Mr. James!—exclamó sin embargo,—qué respuesta daré yo á sus preguntas? ¿cómo puedo permitir que siendo mi prometida...? ¡quizá me arrojará de la oficina!

Miss Alice se sonrió.

—Escucha—dijo:—mañana me marcho, y es preciso que me disculpes ante los ojos de mi padre y trates de obtener su perdón... Él se opone á mi matrimonio con Tony... Yo le amo, y le espero mañana.

Georges estaba desolado.

¡Qué bien habría hecho en evitar la conferencia de su prima!

Vencido, sin encontrar salida ni salva-

ción alguna, pudo apenas mascullar su estribillo majadero:

—Es Mr. James quien lo manda, sin embargo!

Y abandonó su banquillo de tormento, mordiéndose las uñas, y mirando ya á su prima impasible, ya al flemático Mr. James, que tomaba siempre sus apuntes.

Un criado entró y entregó una carta sellada á Miss Alice, quien la arrebató casi de sus manos y rompió el sobre con premura.

Mrs. Norton tuvo una tosecita de alerta; el viejo inglés lanzó un ¡hum! del peor augurio, y Georges abrió la boca.

Aquella carta era de Tony, y decía así:
My dear Alice:

«No me esperes en Nápoles. Francamente, el viaje me parece demasiado largo, y un hombre de mundo, como yo, hace siempre falta en Londres; además, el raptó que me propones es altamente irrealizable y lastimosamente romántico. Cásate con Georges, y en la próxima *season* te promete ir á presentarte sus respetos.

TONY.

Con la insensibilidad estoica de esas mártires romanas, que recibían el golpe de muerte de sus verdugos sin un gesto de dolor ni una expresión de queja, Miss Alice guardó impasible aquella carta, y respondió indiferente á la muda pregunta de los que la miraban:

—Es una amiga de pensión quien me escribe.

Una lágrima asomaba, sin embargo, bajo el borde de sus párpados.

VII

Hay páginas encantadoras sobre la ascensión al Vesubio de otros tiempos, llena de peripecias y atractivos.

El guía locuaz, la mula caprichosa, la caravana alegre, el almuerzo improvisado, todo ha desaparecido y ha cambiado.

¿Qué es hoy día?

Un pesado viaje de dos horas, á través de los pueblecillos que cercan á Nápoles, Portici entre otros, y luego la lenta subida entre montañas de lava endurecida, restos de las últimas erupciones; aquí y allá os detiene un hombre ó una mujer para ofreceros un vaso del celebrado *Lacryma Christi* ó una colección de curiosos minerales... Llegáis al hotel, donde coméis bien ó mal, según vuestras costumbres y vuestros gustos, y en seguida montáis en el tren funicular, que consiste en dos vagones encarrilados en dos vías paralelas, y de los cuales el uno sube gracias al contrapeso del otro que baja.. Ya estáis en la estación superior: una nube de humo azulado os rodea; veis el suelo abierto en ligeras grietas, sentís el calor que despide y oís como el rumor de una

fusilería lejana... Hay siempre por allí algún sujeto solícito, que os ofrece, por una retribución exagerada, su silla de manos para conducirnos hasta el nuevo cráter, y sus brazos nervudos para sosteneros mientras contempláis la inflamada boca del volcán.—Existe algún peligro?—preguntáis.—Tan sólo el de recibir una piedra en la cabeza—se os contesta, y... tenéis ó no tenéis valor.

Tal pensaba Mr. James, puesto el índice entre las hojas de su *Baedeker*, de pie en la puerta del hotel, recordando los apuntes de la noche anterior, mientras esperaba á las dos mujeres y al sobrino para comenzar su diaria excursión.

Ellas llegaron por fin, y Georges con ellas.

Subieron en el carruaje y partieron.

La mañana era hermosa aunque fresca, y el mar, el cielo y la campiña, todo parecía sonreír bajo la caricia tibia del sol que salía; sólo Miss Alice estaba sombría, logrando disimular apenas, detrás de la gasa verde de su sombrero, las huellas del sufrimiento y del insomnio.

Había pasado una noche cruel.

La carta irónica de Tony, al revelarla su falsía, la hizo abrir los ojos y ver claro en su situación y en su conciencia.

¡Qué amargura de momentos, entonces! ¡qué combate en su pecho de pasiones: el amor que no olvida, el remordimiento que llora y los celos que velan!

Tuvo horror de sí misma cuando recordó la temporada última de Londres, pasada en la salita de Kensington, no ya alegre, como antes, sino triste y silenciosa, estrechando sus manos, manchadas con la sangre de Mary, el hombre que era la causa de su crimen, y á quien ella había perdonado, en su pasión insensata.

¡Y entonces, como Lady Macbeth en su delirio, restregaba furiosamente sus pobres manos!

Cuando, obligada por la oposición tenaz del padre y su partida repentina para Italia, despidióse de Tony en el parque, loca y desesperada, impotente para vencer aquel obstáculo que la separaba de nuevo, háblale dicho:

—¿Irás á Nápoles, Tony?

—Iré á Nápoles, Alice; eres encantadora y te amo.

Aún vibraba en su oído el eco armonioso de aquella frase, como queda persistente en el olfato la huella de un perfume por largo tiempo aspirado.

Y él no venía á Nápoles...

¿Qué la restaba ya? Abandonada, horrorizada de sí misma, llorando su desengaño y su crimen, todas las puertas se cerraban á su paso, hasta las de la esperanza...

Llegaron.

Después de ligera colación en el hotel, preparon al vagón funicular, y en menos de diez minutos viéronse en la estación superior; había ya allí una veintena de

viajeros, de toda nacionalidad y catadura, y era un espectáculo r sueño el que ofrecían aquellos curiosos, envueltos en la nube espesa de humo, el pañuelo bajo la nariz, mirando todo sin ver nada, y diciéndose quizá para sus adentros, con el tono amargo de una desilusión: —¿Es esto el Vesubio?

ALER Georges imitó á los demás; echando mano de su pañuelo á cuadros, púsose á mirar, con aire estúpido, delante de sí; pero cuando Mr. James le invitó á asomarse á la boca del volcán, hizo un gesto de terror, y protestó, esta vez con la energía que le prestaba su instinto de conservación.

Siguióle, sin embargo, y á él siguiéronle otros, y aquella procesión de sombras, marchando entre el humo del azufre, en silencio é inclinadas por su marcha fatigosa, semejava larga fila de condenados vagando en los círculos sombríos del infierno dantesco.

Mr. James y su hija fueron los únicos que se acercaron al borde del horrible cráter, y del brazo cada cual de dos hombres, osaron asomarse y mirar.

Figuraos algo como una fragua gigante, en la que hierve el fuego y se retuercen las llamas, donde se oye el bramar del trueno y el rugir del cañón, y que incesantemente vomita, hasta una altura prodigiosa, una lluvia de piedras, de lava y de humo; cree uno hallarse en los centros

infernales, y trastornado por el espectáculo terrible, ensordecido por el fragor violento, parecele ver los rojos diablillos del vértigo saltar, buscarle y arrastrarle.

Miss Alice miraba y callaba; inclinada sobre el abismo, como la noche fatal en la montaña, creía escuchar, como entonces, la voz llorosa de Mary, que decía: ¡Alice! ¡¡Alice!! y en los rugidos del monstruo, las voces del infierno que la llamaban; y la visión de su crimen estéril, de su desengaño reciente y de su vida sin fines, pasó, cual un fantasma, ante sus ojos.

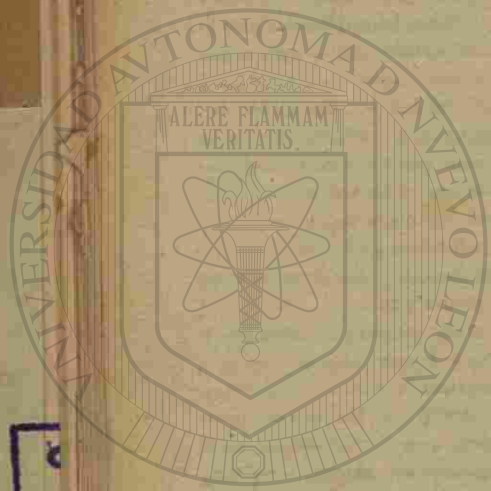
De pronto... resonó un grito de horror... La joven inglesa acababa de desaparecer entre la espesa humareda.

¿Era la atracción magnética lo que la había arrastrado, ó el peso de su culpa lo que la había hundido?

Y entre la agitación de Mr. James, que corría desesperado, los lamentos de mistres Norton, que caía sin sentido, y la turbación y el espanto de los espectadores, sólo Georges Pylton quedó tranquilo; metió sus manos en los bolsillos, la una después de la otra, se encogió de hombros y murmuró:

—*All right.*

Y pensó en su oficina de la City, en su lunch de las dos en la *Fly's Tavern* y en su paseo á Richmond los domingos.



LA BARAJA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

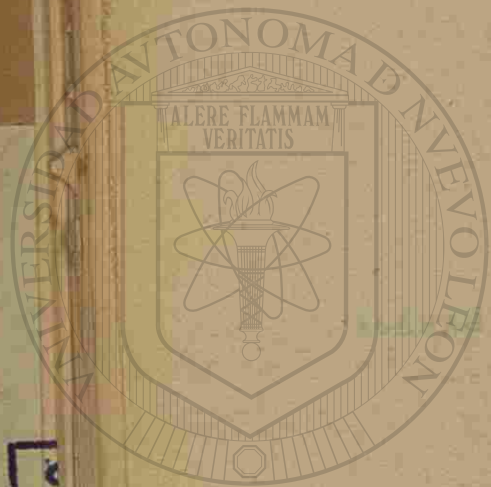
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO



33650



La baraja.

Cansada de la perorata, cerró el pico la oradora, mientras en la sala estallaban gritos y aplausos que el alcohol enardecía; ella, una Luisa Michel de feria, enjuta, amojamada y desagradable, ajustaba, en tanto, el empinado zorongo y pedía con voz hombruna la copita de ajeno... Poco á poco, el auditorio se calmaba; las manos revolvián fichas sobre el mármol de las mesas, los vasos se llenaban de nuevo, las pipas obscurecían la luz de los quinqués, y de aquel chaparrón de frases airadas parecía no quedar ya rastro, acostumbrados los oídos á la misma pedrea declamatoria, á la misma explosión de argumentos que la envidia, el despecho y la impotencia provocan en cerebros desequilibrados.

¡Hierro y dinamita contra el poderoso, el rico, el feliz! Destruyámoslo todo y sobre estas ruinas reedifiquemos el mundo á nuestro paladar, guardando para nos la mejor parte. ¿Es justo que haya ricos y pobres? ¿que unos padezcan hambre,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CALLE DE LOS REYES
MONTERREY, MEXICO



mientras otros se regodean? ¿que ande todo tan mal repartido, peor dispuesto y pésimamente administrado? ¡Venga una bomba, alcancen ustedes una tea, y viva la chamusquina! rociemos con sangre ajena esta tierra maldita, abonémosla con los cuerpos destrozados de los burgueses, y veremos brotar, como la hierba en los prados, el trigo, que no hemos sembrado; la fortuna, que no hemos trabajado; la felicidad, que no hemos cultivado. ¡Viva la anarquía! y arramblar con todo, dejándolo más raso que la palma de la mano. Lo que no nos dió la suerte, ni supo adquirirlo el ingenio, ni buscarlo el brazo robusto, ni merecerlo el corazón honrado, que la destrucción y la muerte nos lo faciliten. Tenemos ansia, no de justicia, sino de oro, de manjares, de placeres. Pronto sonará la hora del deseado *gaudeamus*. Entretanto, guerra! de asechanza, de traición, en la sombra y por la espalda; atacar á la inocencia misma, herir á la propia debilidad, huir del esforzado y del esbirro; como los ogros de las leyeadas, alimentémonos de niños al natural y con sangre caliente apaguemos nuestra sed, que así, y no con teorías ñoñas, se regenera á la humanidad.

Ahora la furia gustaba el venenoso licor, completamente calmada; de sus espasmos de pitonisa no quedábale más que el chispear de los ojillos feinos. Y mientras, apoyada en la improvisada tribuna,

pantera en reposo, sobre los concurrentes esparcía la mirada observadora, un mocetón de la mesa más próxima la gritó:

—¡Bravo, abuela! ¡viva el amor libre!

Ella sonreía, mostrando las encías desdentadas, de mujer que ha mordido el fruto prohibido con gula mayor que en atiborrarse de ideas libertadoras; y respondiendo al convite de echar una mano de tute, bajó y se acercó á la mesa; hicieronla sitio los tres hombres, y al mozo paliducho y de femenino aspecto que detrás del mostrador repasaba los vasos pidieron naipes con voces y palmadas.

Pero, ya un nuevo orador ocupaba la tribuna y disparaba la gruesa artillería de amenazas, sarcasmos, invectivas é himnos de muerte: no más religión, no más clases, no más leyes, no más gobiernos... El rumor de fichas se acallaba, por escuchar mejor el palabreo epiléptico del poseso; algunos desconfiados, sin perder sílaba, echaban hacia la puerta ojeadas vigilantes, prontos á dar la señal convenida si acaso la autoridad mostrara la punta de la nariz. El efebó de la taberna, Ganimedes con pantalones estrechos y mandil de lienzo muy ceñido, los ojazos socavados por viciosas ojeras, de mesa en mesa se escurría sirviendo á los parroquianos, y entre pellizcos, chanzas y cuchufletas, escanciaba los mil menjurjes que la intemperancia ha inventado; de modo que, por boca, narices y oídos, con los licores, el tufo y los

discursos, los concurrentes á la sentina envenenaban el cuerpo y el alma.

Las voces de los tres compañeros trajeron al mozalbete á la mesa en que la furia apuraba las heces del ajeno, y cumplió el reiterado pedido, entregando el mazo de cartas; quiso escapar luego, pero uno de ellos, que en un periquete verificado había la cuenta de la sobada baraja, le retuvo por la manga:

—Oye, pimpollo, no está completa, ¿sabes?

—Pues, ¿qué falta?—dijo él plantando la servilleta bajo el sobaco.

—Poca cosa, hijo; las cartas principales, nada más.

El joven enarboló la servilleta como un pendón, é imponiendo gravedad á su voz de tiple, contestó:

—¡Como que es una baraja anarquista!... Y el jovencuelo se inclinó sobre los tres hombres y la furia, que le interrogaban.

—¡Claro está—repuso,—una baraja anarquista! ¿qué cartas son las que faltan? los ases, los reyes y los caballeros, los representantes del poder y del dinero, los opresores, los tiranos, los verdugos del pueblo: esta mañana les he cortado la cabeza de cartón; ¡día vendrá en que lo haremos en carne viva!... no he dejado sino los peones, los que nos representan á nosotros, los oprimidos! ¿qué tal? ¿no es esto lo que vosotros enseñáis? mejor discípulo que yo... ¡A mi con señores y prerrogativas!

Fuése, llamado por el repique de una cucharilla, y los tres hombres y la vieja se miraban, preocupados y corridos.

—El caso es que no podemos jugar—dijo uno.

—Claro, sin ases...—observó el otro.

—Y sin reyes ni caballeros...—advirtió el tercero.

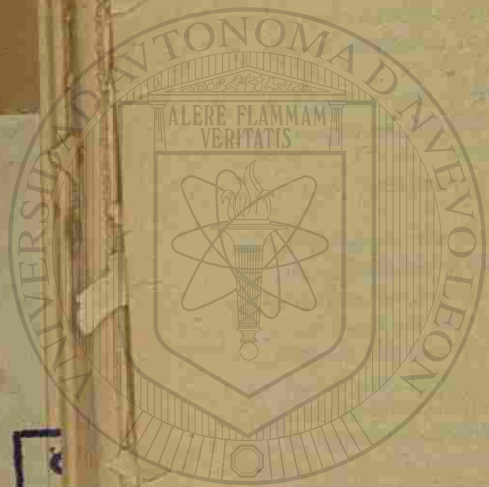
La mujer, afirmando el zorongo, dijo al fin entre las encías, que no entre dientes, porque no los tenía:

—¡Una baraja incompleta! ¡qué tute ni qué cuerno!

No pidieron otra, sin embargo. El orador seguía aullando, voltejeando el efebo en torno de las mesas, las manos revolviendo fichas y los ojos vigilando las puertas... Pero la furia y sus tres compañeros no chistaban, ni parecían ver ó escuchar siquiera. ¡Acaso, en el fondo de la negra conciencia la razón les murmuraba que si no se puede echar una mano de tute sin ases, reyes y caballeros, sin religión, sin ley y sin gobierno es también imposible el concierto de las sociedades!

UNIVERSIDAD
DE NUEVO LECÓN
MONTREY, MEXICO

®



EL MILAGRO DE LA SALETA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

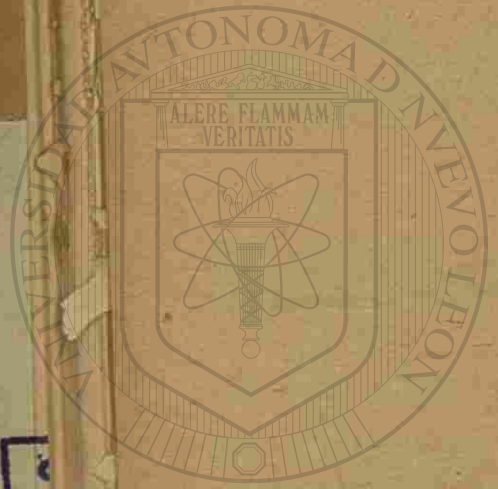
LIBRERÍA
UNIVERSITARIA
DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, MEXICO



El milagro de la Saleta.

Esto que voy á contar no lo he visto yo (pues los milagros son más para contados que para vistos); me lo refirió Rosita la pelinegra, y fué de la siguiente manera, punto por punto:

La abuela Cándida estaba muy mala, hacía la mar de años, á causa del reuma que no la dejaba menear de la cama; tan grave, que apenas si podía tirar de la campanita que para sus menesteres la habían puesto, cuando se quedaba sola. Era preciso darla de comer en la boca, como á los chicos, volverla y cambiarla, lo mismo que á cuerpo muerto. El médico del pueblo no tenía ya remedios en su botiquín que la sirvieran; los curanderos de mayor fama habían agotado sus enjundias, salivas y manipulaciones portentosas. ¡Pobre abuela Cándida! el dinguilindín de su campanita lastimaba los oídos y el corazón de cuantos lo escuchaban: su hija viuda, Paca la gorda, su nieto, el zanquilargo Andrés y la pelinegra Rosa, que, desde que abrió los ojos, vió á la vieja tullida sin esperanza de levantarse más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SERVICIO DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN
MONTERREY, MÉXICO

Pues, un día vino la vecina de enfrente, Ruperta, la sacristana; y anunció que acababa de llegar un dominico de no sé qué tierras y traía lo menos, lo menos, un barril de agua pura de la Saleta milagrosa. — ¡Alabado sea Dios! — exclamó Paca, — que así acabarán todas las enfermedades: buen chasco para el médico, el boticario y el sepulturero.

Y Ruperta, la sacristana, refirió tales maravillas de aquella agua, que era cosa de pasmarse: ya eran cojos, que veían; ciegos, que hablaban; mudos, que andaban; mancos, que oían... en fin, lo incurable y lo imposible remediado de súbito; sólo con beber de ella una dedada y creer firmemente en su eficacia divina, cádate bueno y sano. Oyó la abuela la extraordinaria relación, y ¡dinguilindín! llamó con la campanita.

— Anda, Rosa, hija mía, y pide al padre dominico que te dé una limosna del agua milagrosa, que me levantará de esta cama y sanará por la intercesión de la Saleta, mi señora.

Fué á escape la chica y encontró al reverendo paseando en el huerto con el señor cura. Ahora bien: lo que la sacristana dijo respecto á la cantidad de líquido importado era abultamiento noticieril, del que padecen todos, aun los que no escriben en los papeles; porque no trajo el padre semejante barril, ni botella siquiera, sino una redomita pequeña menos grande

que el puño, casi vacía ya del pordiosear devoto de los vecinos. Pero, como era hombre listo, por aquello de que la fe curó á Marta, y no el palo de la barca, agotada ó poco menos la provisión de agua santa, no tenía escrúpulo en distribuir la vulgar de la fuente bendiciéndola con dos manotadas. Dió, pues, á la pedigüena una poca de ésta en un cacharro de vidrio, y con ella volvió á casa Rosita más contenta, como que llevaba en las manos la salud de la abuela.

Cual la lechera de la fábula, iba por aquellos campos haciendo cuentas galanas. Veía á la abuela andar por su pie, vestirse sola, enhebrar la aguja, ir á misa y salir de paseo, todo gracias á la acción sobrenatural de aquel claro y precioso líquido que, dando lamiditas á los bordes de la vasija, parecía querer escapar y derramarse. Rosita no quitaba ojo, cuidando de que no se derramara una gota, y muy formal y pausadamente caminaba, á pesar de sus alegres pensamientos. Pero, sabido es que por donde va la hermosura ó la inocencia, el diablo va de ronda, y miren ustedes cómo á lo mejor metió la cola, sin duda intencionalmente, é hizo caer á la muchacha...

¡Dios mío! ¡qué pena, qué desconsuelo y qué llanto! el cacharro vacío y el agua vertida en la tierra, que la bebió de un sorbo para hacer el milagro, que á diario realiza la santa Naturaleza sin que la in-

UNIVERSIDAD DE BAWTON
ALEXANDER
VERA
UNIVERSIDAD DE BAWTON

UNIVERSIDAD DE BAWTON
LEON
DIRIGIDA POR
BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BAWTON
LEON
BIBLIOTECA
MONTERRREY, MEXICO

diferencia se percate del prodigio, de remojar una semillita que los pájaros dejaron en el surco, y transformarla en menudos tallos cuajados de savia, en hojas de verde seda y en espigas de oro. Sentada á la orilla del camino, la rapaza afligida dudaba si tornar á la huerta donde el dominico paseaba con el señor cura, y contarle el percance, ó entrar en su casa diciendo que el divino manantial se había secado. Fué este momento angustioso para la pobrecilla, en que la mentira, madrina de la infancia, la ofreció todas sus artimañas para salir del apuro; y quizá el enemigo, que no andaba lejos, riéndose de su hazaña, la sugirió también la más perversa de ellas, ya que la responsabilidad de las propias acciones gusten los niños y los grandes de echarla sobre los hombros del vecino.

Lo cierto es que cuando más embebecida en su desgracia estaba Rosita, oyó alegre murmurio de fuente que desde la enramada próxima parecía llamarla, y la muchacha saltó al punto, recogió sin vacilar su cacharro, llegó á la fuente, lo llenó y con el mismo cuidado de antes marchó para su casa.

Al poner los pies en el umbral, sonaba el dinguilindín de la abuelita.

—Rosa, hija mía, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, abuela, y la traigo un litro lo menos del agua milagrosa.

Acudieron, muertos de curiosidad, Paca

la gorda, el zanquilargo Andrés, Ruperta la sacristana y muchos vecinos, y todos metían los ojos en la vasija para descubrir las cosas portentosas que, según se aseguraba, debían de verse al través del líquido cristal.

—Quiten ustedes, que harán que la derrame—protestó la portadora;—dice el padre que eso no lo puede gozar sino quien ha de tomarla, si está en gracia.

Siguieron á la mentirosa todos, en respetuoso cortejo; la abuela, enajenada, bebió lo que quiso y se quedó sobre la almohada como presa de un éxtasis ó de un desmayo. Preguntáronla si veía algo, y ella contestó que á una dama blanca, con una cruz y un cáliz y una venda en los ojos. Preguntáronla si sentía algo, y la abuela contestó que una comezón en las piernas, á la manera de suaves pellizcos. La dejaron medrosos y se alejaron todos de puntillas; Rosa, tan confusa y asustada ya de la supercheria, que se acostó sin cenar, y en su camastro se pasó la noche rezando para que Dios la perdonara su feo pecado.

No sonó el dinguilindín de la abuela en toda la noche. Al alba sintió Rosita unos pasos que no conocía, que no eran ni los de su madre ni los de Andrés, y pensó que venía el diablo á llevársela por embustera y trapalona. Se arrebujó entre las sábanas y sin respirar ni moverse estuvo buen rato, sudando de miedo, hasta que oyó abrir su puerta y una voz que la llamaba:

—¡Rosa, Rosita!

¡Era la voz de la abuela, era la abuela misma, que entraba en su alcoba y acercaba á ella su carita rugosa para besarla; la abuela, que andaba sola; la abuela, que acababa de recobrar su salud con el agua de la Saleta!

Espantada, Rosita no quería creerlo...

La nueva alborotó la casa, alborotó el pueblo, alborotó el contorno. Todos deseaban ver á la abuela Cándida. Y el domingo siguiente la llevaron en triunfo á la iglesia, celebrándose una función con mucho incienso y campaneo.

Y ésta es la hora que la pelinegra Rosita no se ha explicado aún lo acaecido. Porque el milagro se hizo, ¡vaya!, digan lo que quieran los incrédulos y cuantos sabios en el mundo son.

DIOS DA TURRÓN...

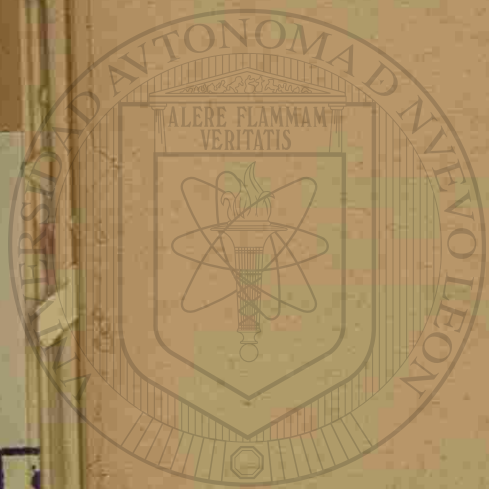
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO





Dios da turrón...

te

Del gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos trasatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decirse, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad nubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entreteníanse ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"CASA DE ESTUDIOS"
MONTERREY, MEXICO



quistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas, y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de la montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella, en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, con la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y convenían en que no era ésa ni aquella; la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construirla, plantando arbolitos, trazando caminitos; y cuánto adelantaba la obra, puestos de acuerdo los dos arquitectos! ¡qué hermosa parecía y qué magnífica! como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro

que no se agota tan presto como el bolsillo.

Pues, señor: se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestras y bajando cuestras, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (díga-se con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracerío, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden.

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *trás, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antipodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh sorpresa!

Aquella, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinadas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri..., y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodón, el alcanfor, cuyas hojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales, todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y las mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero?

¿verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!... ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado? ¿era soltero? ¿joven? ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos; porque un paraíso sin ángeles, ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

—El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el corredor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la

naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La pareja envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!



CARRASQUILLO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA
DE INVESTIGACIÓN
"CARRASQUILLO"
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MÉXICO





Carrasquillo.

Carrascón, el padre de Carrasquillo, estaba desesperado. ¡Que un muchachote robusto y hermoso como aquél, listo, ágil y buenazo hasta dar en los límites de la mansedumbre, bachiller al igual que su homónimo cervantino, y sabiendo de todo más que un libro cerrado, dejárase dominar de la pereza, que atrofiaba su voluntad, y en la molicie fuera gastando cuarto tras cuarto el haber de su madre difunta, la Carrasca! Y en tontunas nada más: con la barajita y el dominó y el tute de copas y la discusión política y el toreo de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él. Proporciones ventajosas para casarse se le brindaron varias a Carrasquillo, de mozas guapas y bien acondicionadas; pero él que no, y á la taberna ó al campo de reses, con su chaquetilla corta, el pantalón muy justo y el cordobés sobre los ojos, encendiendo de amor los corazones femeninos que le salían al encuentro, como fósforo que á la pólvora se juntase.

Pensaba Carrascón, y pensaba bien (que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CARRASQUILLO
MONTENEGRO, MEXICO



era hombre sesudo y cabal), que mientras no pasara á vicios mayores sería relativamente fácil curar á Carrasquillo de este sa- rampión juvenil en que caían todos los del pueblo, más ó menos gravemente, y que si no se acudía á tiempo, no digo yo el haber de la Carrasca, sino el de toda la carras- queña familia se iría en cuernos y copas. Y Carrascón se tiraba de los pelos (que los tenía muy largos y recios) cada vez más desesperado.

Entretanto, como esto no parecía reme- dio apropiado para sanar al muchacho, con amaños y socaliñas llevóle á la consulta de un médico, como extranjero muy sabio, famoso porque decía las más graciosas verdades del mundo con tal frescura, que escuchar una de ellas y sentir la impresión de una coz era todo á un tiempo, y no ha- bía más que reirse y rascarse.

Examinó profundamente el sabio al chu- lillo, le metió las gafas por todos lados y soltó la coz científica en esta forma: «Raza degenerada. Depresión cerebral, de la que el corte del cabello, la cintura ceñida y la caída del sombrero son síntomas inconfun- dibles. Inútil para el trabajo. O cambia de vida y de ropa, ó muere en corto plazo», dijo, y cobró sus buenos duros en moneda de su tierra, que pesa más. Los otros se volvieron furiosos: Carrascón, por aquello de la raza, que se le figuraba un insulto á todos los Carrascos, familia honradísima, valiente y laboriosa, algo venida á menos,

pero emparentada de lejos con reyes y se- ñalada ya en las historias en tiempos que los paisanos del sabio andaban á cuatro pa- tas; y Carrasquillo, por el bromazo del pa- dre y la desvergüenza del viejo, que así le había tratado, sin respeto á sus tufos.

Y ocurrió que se engolfó más en la chu- leria, cayendo en garras de usureros las mejores parcelas de tierra de su haber. Se pasaba la noche en la taberna; y cuando los pájaros madrugadores convidan al tra- bajo, y el sol, amigo de la gente honesta, doraba la flecha del campanario, marcha- ba á tumbarse á su casa, donde á pierna suelta santificaba los días que no eran festi- vos, que éstos y los domingos, ya se sabía, Carrasquillo en la plaza, muerto de gusto con el despanzurrar de los pencos, y ebrio de sangre hasta el delirio. Llegó á tanto su desatino, que con cuatro gandules de su especie formó una comparsa, mandó que le hicieran un traje de luces, y en la primera corrida de becerros organizada su triunfo fué tan grande, que el eco de los aplausos dejó sordos á muchos ve- cinos, y aún perdura en los carrasqueños anales.

Mientras él ocupaba así su tiempo pre- cioso, los usureros no perdían el suyo, y hacían mangas y capirotes del campo, que era de labor y de mucho rendimiento. Car- rascón, que les espiaba, daba voces pater- nales, y de tanto vocear él y tanto abusar los otros, se armó un zipizape en la ta-

berna, donde el más contundente estacazo derribó á Carrasquillo hecho una pelota.

La mata cabelluda de Carrascón era abundante, felizmente, y á ella se prendió mi hombre, clamando justicia. Tenía el pobre Carrasquillo una raja en la cabeza, en la que cabía holgadamente la mano, estropeadas las narices y desconcertados varios huesos, por lo cual todos creyeron que si no se le acababa la vida, perdería seguramente el poco seso que almacenaba. Le sacramentaron y velaron atligidísimos; muchos daban ya el pésame á Carrascón, y éste lloraba á mares, por él y por la parte que á su difunta Carrasca la hubiera tocado en la desgracia.

Pero la juventud, generalmente, no se deja abatir como no sea de alfeñique, y por eso hay quien dice que vengan palos en carnes frescas, los que, aumentando la circulación sanguínea, robustecen y preparan el cuerpo para los golpes de la suerte; esto debe de ser verdad, pues de allí á tres días se levantó Carrasquillo más sano que antes de la paliza, y si de algo dió muestras fué de hambre y no de dolor. Calmado que hubo esta natural impertinencia del estómago, pidió su ropa de diario, la de los domingos y el traje flamante de luces; hizo un lío con todo y lo arrojó al corral por la ventana; vistió un pantalón y una chaqueta del padre, de sus buenos tiempos de labriego, se cortó los tufos, cogió una azada y se marchó al campo que

le quedaba, último resto de su hacienda... Carrascón, que le seguía, le tuvo por rematadamente loco. ¡Y qué decir cuando le vió detenerse en la taberna y con muy compuestas razones exhortar á los de dentro á que dejaran barajas y copas y fueran á dar su sudor á la tierra, que les esperaba amorosa y sedienta! ¡Y qué, cuando delante del pueblo entero consternado, comenzó á manejar la azada, y dando azadonazos se pasó el santo día!

—¡Carrasquillo está loco! ¡Infeliz Carrasquillo!—exclamaban todos en unánime coro.

¡Infeliz Carrasquillo! ¿Quién podía dudar que estaba chiflado, cuando se supo que en la puerta de la plaza colgado había un cartelón que decía en grandes letras: *Escuelas públicas*, y en su aborrecimiento por la fiesta nacional, intentó con las tablas de los tendidos armar bancos, y todo convertirlo en material para la enseñanza, como en tiempo de guerra todo el metal se funde para balas y cañones? Iba por las calles reclutando niños y adultos, lo mismo los vagabundos que los que no lo eran; y por los pueblos, maestros, todos los que quisieran venir, que bien pagados y contentos saldrían. Ciego en su campaña, hacía á todos frente, y brazo á brazo peleaba con la ignorancia, con la pereza, con el vicio, con la miseria, con la rutina, con la plaga entera de males que á él le llevaron hasta ser apaleado y puesto á dos de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 BIBLIOTECA
 CARRASQUILLO
 23 MONTAÑANET, MEXICO

dos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

—Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá.

LAS TRES ESMERALDAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, NEX.
®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, NEX.

dos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

—Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá.

LAS TRES ESMERALDAS

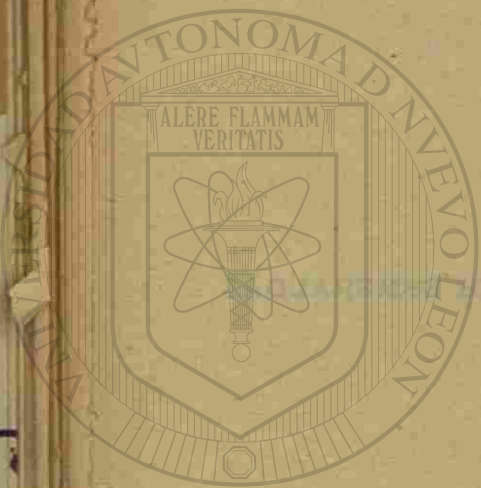
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, NEX.
®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO



Las tres esmeraldas.

—¡Señor, ayúdame!— clamó una voz en la llanura desolada.

Volvió Jesús el divino rostro y se detuvo; á sus pies estaba el Alma, desnuda y aterida, que imploraba la compasión del misterioso caminante, los brazos en cruz, secas las cuencas de los ojos. Horrible era el silencio de la noche; el torrente de la revolución social había inundado el llano, destruído hogares, ganados y mieses, apagado los hornos de las fábricas, derribado el ara del templo. Conciencias y corazones yacían en siniestra obscuridad, y como cuervo sobre el campo de matanza, revoloteaba la Duda entre las ruinas. Dijo Jesús:

—¿Qué me quieres?

Y asida á su blanca vestidura, el Alma, de rodillas, suplicó:

—Mira, Señor, cómo estoy y apiádate de mí. Todo lo perdí y no me queda más que escaso aliento para arrastrar el esqueleto, dentro del cual me consumo y ago-

LA
BIBLIOTECA
"100 AÑOS"
MONTERREY, MEXICO

®

nizo. Apenas salté del regazo materno, perversas compañeras me quitaron la flor de la inocencia, y clandestinamente y á mansalva luego, unos que llaman filósofos y reformadores me arrancaron las alas de la imaginación, ahogaron mis ideales, entorpecieron mis sentimientos y enseñaronme á renegar de Dios, borrando su santo nombre de mi memoria. Enseñaronme otras cosas nefandas, que el mal ejemplo disculpaba y celebraba, é hicieron de mí un sectario de dos ídolos monstruosos, el Ateísmo y la Anarquía. Porque su obra fuera completa, de las regiones del Norte vino negra bandada de ideas que cegaron mi razón. Así no soy yo quien ejecuta, sino ellas que me impulsan. Quiero, y no puedo querer. Mi voluntad no me obedece, mi razón no me guía; tengo ojos y no veo; lengua, y rechaza la oración que yo la dicto, para repetir la blasfemia aprendida. Mis piernas andan por otros senderos que los rectos y fáciles á que las encaminó. Mi hambre y mi sed no las apagan las modernas filosofías. ¡Señor! ¡quiero creer! Qué me devuelvan las doradas ilusiones de mi infancia, todo cuanto me han robado y en este naufragio universal he perdido. Luz, para gozar de tu vista. ¡Apídate de mí, Señor! ¡quiero creer, quiero amar, quiero rezar, quiero soñar!

Jesús lloró. Y tendiendo su manto sobre el miserable, le ordenó que le mostrara el corazón. El Alma abrió su pecho

y mostró el corazón, que era á modo de manzana comida de gusanos.

Puso en él las manos Jesús y le curó. Luego sacó tres esmeraldas, gordas como nueces, y se las dió.

—Toma—dijo Jesús.—Te doy la Fe, la Esperanza y la Caridad. Guárdalas, cuida de que no te las roben en el camino, y serás feliz.

Al mismo tiempo sopló ligeramente sobre ella y la mandó que se levantara.

—¡Levántate y anda!

Como Lázaro, el Alma se levantó y anduvo. Y el hálito divino enjugó la tierra, encadenó el torrente, cubrió de verdor el prado y alivió miserias y destrozos.

Y en lo más alto de la montaña alboreó el nuevo día, iluminando la risueña llanura...

UNIVERSIDAD
DE NUEVO LEÓN
MEXICO

®



ANTROPOS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA EN
MEXICO
DISEÑADA EN
MEXICO
DISTRIBUCIÓN EN
MEXICO
DISEÑADA EN
MEXICO
DISTRIBUCIÓN EN
MEXICO

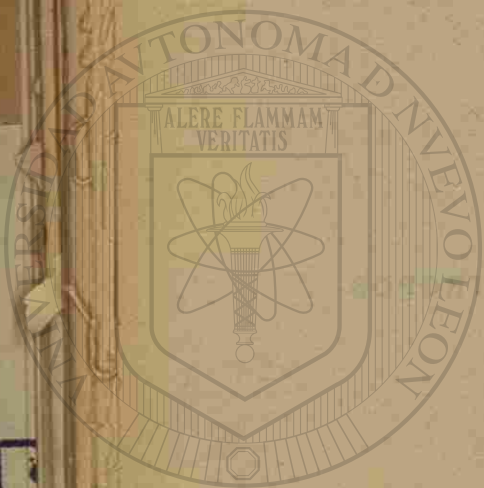




Antropos.

Antropos, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares, subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agentes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
CARRANZA, NUEVO LEÓN
MEXICO



Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

—No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verles continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió de orgullo al sentirse tan alto, lejos para siempre de la mísera caterva, á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.

—Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

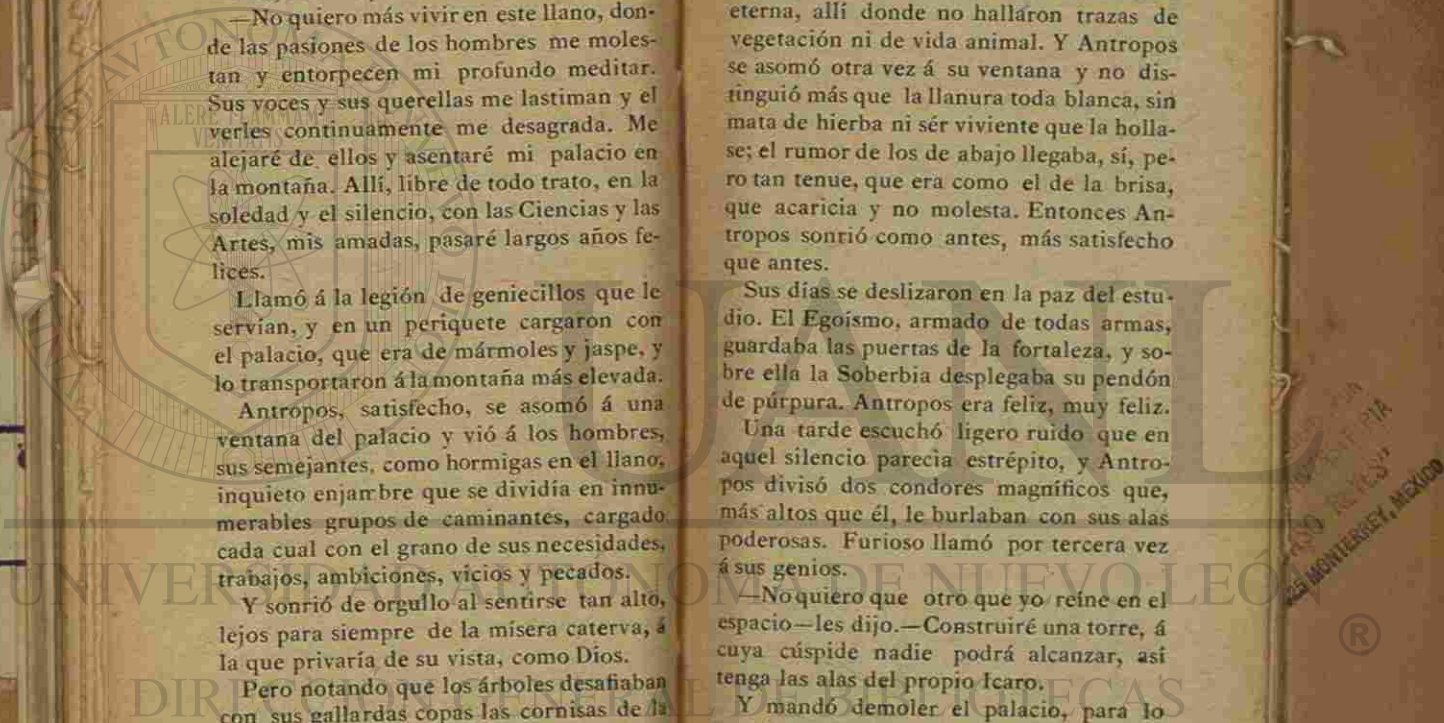
Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni sér viviente que la hollase; el rumor de los de abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoísmo, armado de todas armas, guardaba las puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegaba su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

Una tarde escuchó ligero ruido que en aquel silencio parecía estrépito, y Antropos divisó dos condores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso llamó por tercera vez á sus genios.

—No quiero que otro que yo reine en el espacio—les dijo.—Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS
 DEL MONTERREY, MEXICO

bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda que las nubes se amontonaban vengonzosas á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco que el silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: su trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de soles. ¡Oh rabia! ¡oh humillación! encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué serviale su ciencia? ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.

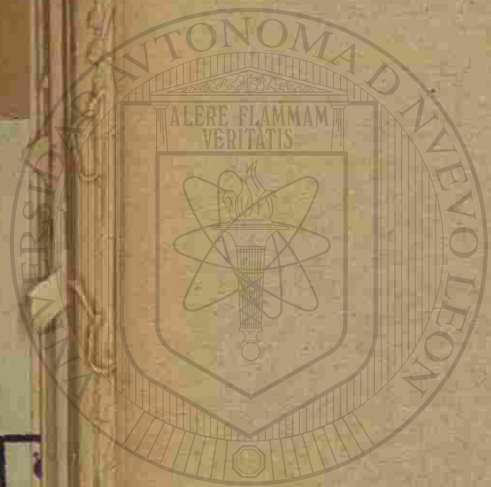
¿Quién más alto que él? Abajo, las nubes cubrían ya la torre y en un océano de vapores se sumergía la tierra entera: Antropos, el único, el soberano, tocaba ya á las estrellas, las insolentes disputadoras de su poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre arriba. Sobre las ondas del éter navegaba como en la inmensidad de un mar azul, desierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su madre, la tierra, y de los hombres, sus hermanos, la vida que animaba el cuerpo de Antropos, el calor que encendía su sangre y la lámpara de su cerebro iban deprimiéndose y apagándose: sus miembros temblaban, le zumbaban los oídos, los ojos se le cubrían de nieblas espesas, y el pensamiento poco á poco quedaba aterido, como pájaro que sepultó la nieve. Su compañera, la Medicina, quisiera prestarle auxilio, pero ella también se sentía impotente en la majestad solemne del espacio, ella, hija raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siempre. Antropos, en el fondo de la barquilla, no percibía ya el fulgor de los mundos sobre su cabeza. Tenía los ojos certados y no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixiado en el vacío.



LA VIUDA

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD
DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, MEXICO

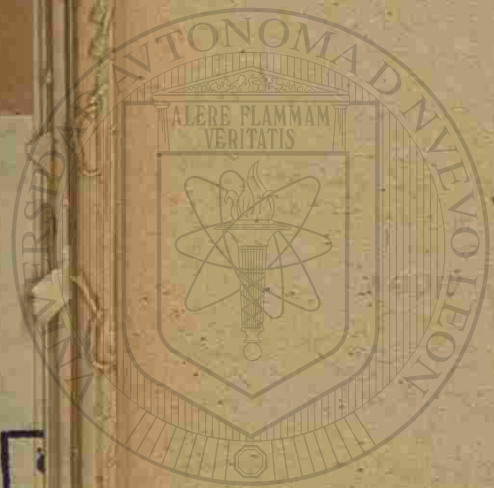




La viuda.

Dando diente con encía, la vieja ña *Tocuatra* contaba que la vió pasar y hundirse en la laguna, de vuelta, al anochecer, con una brazada de leña á su rancho; José Contreras, su nieto, aseguraba que también la vió, no una, sino varias veces, y el capataz y las hijas del capataz, y el pulpero y la mujer del pulpero, y casi los peones todos de la *estancia*: era de estatura desahorada, más alta que los árboles más altos; su manto parecía una nube de tormenta que fuera rasando la tierra, en cuyas negruras temerosas se envolvía completamente, sin mostrar pie ni mano, ni los encendidos carbones que está obligado á gastar todo buen fantasma. Tampoco olía á azufre; algún asustado testigo, de largas narices, juraba que si á algo olía era á tabaco, síntoma de progreso, que también á lo sobrenatural y extraordinario alcanza, sin que este detalle amengüe en un ápice la legitimidad de la espantosa aparición.

La cual, como queda dicho, era toda



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRARY
UNIVERSITY OF
MEXICO
MONTERREY, MEXICO

negra y llevaba dos meses de pasear aquellos contornos, obligando á cerrar puertas y ventanas á cada quisque así que anocheía. Como no hacía otro ruido al andar que el que produciría el batir de unas alas de murciélago, la visión repentina y horrible desarmaba el ánimo del precavido y del valiente como quiebra una paja el aire, y á merced suya le rendía allí donde le encontraba; que tal le acaeció á aquel matón de Hilario, quien con el facón desnudo salió una noche de truenos á esperar á la viuda junto á la tapia del cementerio, y patas arriba se le halló á la madrugada en el mismo sitio, con más miedo que vergüenza.

Sentados alrededor del fogón, mate en mano, mientras al calor de la llama el ensartado cordero, acabadito de desollar, se tostaba lindamente en el asador, los gauchos evocaban recuerdos de apariciones semejantes que en otro tiempo asolaron el pago, y las chinas jóvenes, de morenitas carnes y trenzas de cerda, no se atrevían á moverse del temor que las daban sus inquietas siluetas dibujadas sobre los muros ahumados de la cocina. Pegados al pecho de sus madres, los niños gemían de miedo del coco, y todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, valientes y pusilánimes, temblaban y santiaguábanse al tender las sombras sus crespones sobre la comarca.

El único que se mantenía sereno y des-

preocupado era *ño Usebio*, el del pajonal. Hasta se burlaba del fantasma, diciendo que iba á hacer y acontecer y que ¡ay de él! si osaba aparecer del lado de su rancho ó cruzarle el camino: amartillado el trabuco, á la mano el lazo, ya podía venirsele encima una legión de espectros, que él más temía á los vivos que escurren el bulito, que á los muertos que resucitan, y á un ánima del purgatorio se la ahuyenta con padrenuestros. Para cobardes, Hilario.

Cada tarde, concluída su faena, montaba en su bayo dorado y al trotcito dirigíase hacia el pajonal solitario, allá en los confines del poblado. Iba cantando alegremente; pero así que apartado se encontraba en la inmensidad del campo, enmudecía, soltaba las riendas y giraba miradas recelosas, encogido el espíritu y floja la voluntad... Porque *ño Usebio*, dijera lo que dijese, temía más á los muertos que á los vivos: gaucho de pelea, bravucón de oficio, su valor y sus hazañas eran ya legendarias y en aleluyas las celebraban los chicos de la escuela; ningún hombre se le ponía delante, ni él consentía que se le pusiera. Pero hay deudas con los muertos que no se pagan con la propia vida, y hay ánimas que si vuelven á la tierra no es para recoger un padrenuestro. ¡Y cuánto, cuánto á la difunta Rosario debía *ño Usebio*!

Con ella pudo casarse, y dejó desdenoso que se casara con otro; mas todo fué verla en brazos ajenos y entrarle la codicia y

despertárase la mala pasión, de tan violento modo que, casada la hermosa hija de *ña Tocuatra* con el finado Contreras, la arrebató á poco en su caballo y en un rincón de la pampa la tuvo secuestrada largo tiempo á su capricho. La devolvió á su hogar cuando de ella quedó harto, y la arrebató de nuevo cuando los colores de la salud y del buen trato embellecieron la flor que él había ajado; y entre estas alternativas murió el blando Contreras de pena, nació el José, en cuyo tipo gallardo sospechaba el raptor vislumbres de la propia sangre, y enfermó y murió Rosario maldiciéndole.

Esta maldición pesaba sobre *ño Usebio* como una piedra que no le dejara levantar su cabeza, encuadrada de lacia melena gris, sino por el resorte de la soberbia, en el corro de la pulpería; de continuo, en la soledad, la clavaba sobre el pecho, dentro del cual ni de noche ni de día cesaba el escarabajeo de los remordimientos, á modo de hirviente gusanera. Aquel fantasma, aquella *viuda* lúgubre que rondaba el pago, bien podía ser el alma condenada de Rosario, que venía á buscarle para que fuera á compartir con ella el castigo, como instigador y causante del pecado. Y *ño Usebio* no lo dudaba, dispuesto desde luego á entregarse sin resistencia á quien le reclamaba de orden de la justicia divina, ante la cual no hay armas que valgan, bravatas ni valentía.

Conforme *ño Usebio* se acercaba al pasional, que ya la noche cubría por completo, comenzaba á rezar en alta voz, y rezando entraba en su rancho, el que apresurábase á cerrar con barra y cerrojo. Hasta entonces, felizmente, no había topado con el fantasma, y la dilación le parecía augurio de que su arrepentimiento sincero alcanzaría á rescatar su crimen á la larga, y sus oraciones el reposo de Rosario.

Pero una noche, la de San Juan, sus ojos espantados le divisaron en mitad del camino, semejante á columna de humo que saliera de la tierra y tocara el cielo. Las palabras del avemaría se le atragantaron á *ño Usebio* en la garganta, como puñado de piedrecillas que quisiera tragarse.

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! — dijo por tres veces.

Y se vino del bayo abajo, herido de terror. Apenas estuvo derribado, la inmensa mole negra se movió y avanzó hacia el misero, que la miraba llegar repitiendo « ¡Jesús! ¡Jesús! » con horrible castañeteo de dientes; ya la tenía cerca, ya la tenía encima, tan grande, tan negra, que llenaba y oscurecía el contorno... *Ño Usebio* dió un salto y corrió hasta su rancho, intentó cerrar, no pudo, y se agazapó en un ángulo, murmurando siempre: « ¡Jesús! »

Como fuego fatuo, la sombra le persiguió y entró con él, que era maravilla que siendo tan grande lo consiguiera. *Ño Use-*

bio la vió erguirse delante de la ventana, envuelta en el rayo de luna, rodeada de una turba de murciélagos. Y dando la cara contra el suelo, gimió:

—¡Rosario Contreras, perdón!

Él solo era el culpable del nefando delito en que la familia de Contreras perdió la honra y la felicidad; él solo el merecedor del castigo eterno; si Rosario pagaba en el purgatorio cuentas ajenas, que se hiciera justicia, y ya que su última hora había llegado, tuviera Dios misericordia de él.

—¡Perdón, misericordia! —balbuceaba tembloroso.

Entonces se oyó un gran ruido, tal como si el rancho se derrumbara, y estalló un grito de fiera que huele la sangre. No Usebio vió caer el armazón de palitroques y de trapos que á José servía para su broma siniestra, y surgir al muchacho, descompuesto, terrible, el facón en alto, vengador casual de ignorados agravios.

No Usebio le reconoció, y diciendo por última vez «¡Jesús!», se entregó sin defenderse...

Desde aquella noche la viuda desapareció del pago.

LA GUITARRA DEL DIABLO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 EN MONTERREY, MEXICO





La guitarra del diablo.

Apenas habrá biblioteca infantil que no tenga su bonito cuento de la princesa encantada, á quien una bruja rencorosa echó la maldición porque olvidaron de convidarla al bautizo. Generalmente, la pobre princesa duerme como una marmota unos cuantos miles de años, ó padece las salvajadas de algún fiero dragón ó de algún gigante de mal genio, hasta que de luengas tierras viene á redimirla de su sortilegio un príncipe rubio y ojeroso, que en un dos por tres deshace el encanto y acaba casándose con la dormilona, siendo ambos muy felices, como sólo en los cuentos se puede llegar á serlo. Y colorín, colorao...

Tal es la base de estas historias de niños. La médula ó la moraleja varía, pero siempre es el amor el agente sobrenatural y poderoso, ante quien la maldad y toda su cohorte de perversos auxiliares se rinden vergonzosamente.

Pues bien: la historia de la princesa Nervosina, escrita en lengua indostánica y no traducida hasta hoy, no se parece nada á las corrientes que todo el mundo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
CARRANZA ALYESA
MONTERREY, MEXICO



conoce, y es la más rara y extraordinaria que pueda imaginarse ó la más ingenua y sosa de todas, según se acierte ó no con el intrínquilis que, al parecer, se trae dentro.

Esta princesa Nervosina era la hija única del rey de aquel país, allá por los tiempos de Maricastaña, antes de la conquista de Tamerlán, siglo más ó menos, y como tal unigénita la criaron bajo un fanal, sin duda para librarla de moscas y cortesanos, con cuidados tan exquisitos, con precauciones tan exageradísimas, que si de bella y discreta nadie la disputaba la palma y bien asentada estaba en el pináculo de la grandeza humana, á salud robusta y alegres colores cualquier aldeanota de las que andaban descalzas por los campos la daba quince y raya. Nervosina era pálida como el loto sagrado, sensible como la cuerda tendida que el arco hiere y hace vibrar, físicamente frágil como si fuera de materia quebradiza; el aire la producía estornudos, fiebre el sol, los perfumes aturdimiento, la música jaqueca, el silencio bostezos, la soledad hastío y enfado la compañía; en invierno tiritaba, y se sofocaba en verano; ni el agua ni el vino probaban á su estómago delicado, que toleraba apenas la miel y las frutas de sus comidas; de modo que traía á su padre y servidores desesperados y revueltos.

Mandaba hacer el rey obras costosas en el palacio para que la primavera sonriese perpetuamente á su hija; despachaba emi-

sarios que la trajeran manjares y objetos curiosos de otros países; organizaba fiestas unas veces, imponía otras silencio de claustro, consultaba augures, ofrecía sacrificios, y Nervosina siempre triste, siempre pálida, desganada y caprichosa, con síntomas cada día más singulares de su hiperestesia irremediable.

El gran sacerdote, anciano muy avisado de barbazas como el armiño, fué de opinión que á doncellez que se queja sólo cura el amor, y en seguida salieron los embajadores con encargo de buscar novio á pedir de boca; pero Nervosina rechazó á todos los pretendientes y dijo que no quería casarse... El rey se llevaba las manos á la corona, los cortesanos se las llevaban á la cabeza y en el palacio todo era confusión, incertidumbre y ansiedad.

En esto, y de súbito, Nervosina puso el grito en los pintados techos y dió á entender que un dolor agudísimo laceraba su corazón. ¿Qué tendría la princesa en aquel corazoncito, al que todos, altos y bajos, rivalizaban en agradar? La ansiedad, la incertidumbre y la confusión subieron de punto en el palacio: el rey rasgó sus vestiduras (y eso que estaban acabaditas de estrenar) y mandó que de los cuatro extremos del imperio vinieran los médicos más famosos y del extranjero también, y de la China, de la Birmania, del Afghanistan y de la empinada cúspide del Himalaya llegaron, montados unos en rápidos

corceles, otros en prudentes elefantes, otros en sobrios camellos y en veleros barcos otros por el mar de Omán y el Indico Océano, reuniéndose la muchedumbre científica en el salón más grande que en el palacio había. Uno por uno examinaron á la enferma, y cada cual expresó su diagnóstico y apuntó el remedio del caso; y como unos y otros no se entendían y recíprocamente se estorbaban, dispuso el rey ensayar el método de cada cual, y aquel que triunfara del dolor de la princesa, ése tenerle por el médico de cámara y por el más sabio de los médicos todos.

Y así se hizo. Sucedia que la enferma, á las primeras gotas del menjurje se ponía buena, ó al menos lo parecía, porque se calmaba el dolor, retrocediendo á las últimas células en que, como pérdida alimania, hallábase guarecido; pero no bien la esperanza retoñaba en el alma del rey y la alegría del triunfo coloreaba la amarilliza tez del doctor, sacaba las uñas de nuevo, y de nuevo la dolorida princesa elevaba el grito á las nubes. Uno por uno, y uno después de otro, escollaron todos y hubieron de marcharse derrotados; y cuando ya el rey no sabía á qué ídolo encomendarse, y el gran sacerdote, hundidos en las barbas de armiño tres dedos de la derecha mano, buscaba la solución del peligroso problema que tenía paralizados los negocios de Estado y la vida de la nación, se presentó pidiendo hablar

á S. M. un chino miserable, quien aseguraba curaría á la princesa, siempre que le permitieran hablar claro, de manera que los ecos de la verdad no escandalizaran á los de la mentira, de la adulación y de la lisonja, huéspedes eternos de los palacios, entre cuyos dorados viven como entre el polvo las sabandijas.

Dejáronle que se acercara á la regia presencia, y con el permiso de decir cuanto quisiera, dijo el chino:

—Lo que la princesa tiene es hartazgo de regalo, inflamación de caprichos y flato de voluntad. Todo ello se cura con cuatro palos en salva la parte, hambre de ocho días, frío en invierno, calor en verano y trabajo manual todo el año.

Furioso el rey, condenó al insolente á ser decapitado por el delito de decir la verdad, lenguaje que en sus reales oídos no estaba bien que sonara, y publicó edictos por medio de trompeteros ofreciendo buena parte del oro de sus arcas al que curase á la princesa.

Continuó la peregrinación médica y el dolor de Nervosina sin darse á partido meses y meses, engañando y burlando á todos, cambiando de sitio, saltando de un extremo á otro del precioso cuerpo, que iba extenuando á ojos vistas, hasta que la fama, telégrafo de todos los tiempos, trajo al palacio la noticia que un médico existía conocedor profundísimo de las enfermedades de los nervios, el cual se al-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS
 22 MONTEBELLER, MEXICO

bergaba en un antro del Himalaya, y por salir de su estudioso encierro pedía el oro y el moro.

No vaciló el rey, y mandó que en un palanquín bien escoltado condujeran al sabio á palacio, enviándole antes, para disponerle bien y convencerle mejor, una larga reata de acémilas tan cargadas de oro y piedras preciosas, que había para comprar muchas conciencias.

Pero ocurrió que, á pesar de tan magníficos avances, el sabio no consintió en subir al palanquín si no le prometían que habían de entregársele, en sazón oportuna, las regias almas del padre amoroso y la hija dolorida; y pareciéndoles á los embajadores, que eran, naturalmente, unos herejotes desalmados, mezquino el precio é indigno de ser discutido, asintieron de seguida, y allí mismo firmaron el protocolo muy campantes, después de acordar que guardarían para sí la desdeñada carga de la valiosa reata.

Era el extraño sabio un viejecito de porbrísimas trazas, de capa negra rajada, cabellera blanca y ojos centelleantes; tenía en ambos lados de la frente dos bultos ó protuberancias sospechosas, que bien podían pasar por disimulados pitones, y este detalle diabólico, lo retorcido y largo de sus uñas y el precio singular de la consulta inducen á creer al ignorado cronista que era el mismo demonio, ó tal vez una encarnación de Siva, quizá su primo car-

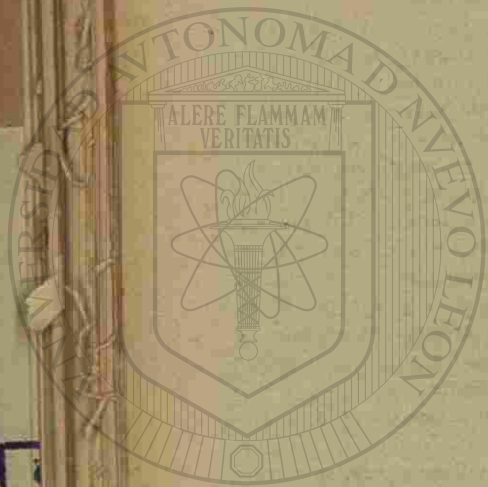
nal en persona, que, por rivalidades de oficio y para no ser conocido, dejó sus cinco caras simbólicas y sus cuatro brazos y adoptó el disfraz y las tretas del maldito tentador de los cristianos.

Sea quien fuere, cuenta la leyenda que después de muchos días y de muchas noches llegaron á los reales alcázares, que el grito doloroso de Nervosina entristecía, siendo introducido el sabio en la cámara sin ceremonia... No miró siquiera á la princesa, ni le palpó la muñeca, ni la invitó á que sacara la lengua. Lo que hizo fué desfundar de debajo de su capa un instrumento desconocido para el indostánico auditorio y que, á juzgar por el mal grabado que á la crónica acompaña, debió de ser una sencilla guitarra, y comenzó á tocar alegremente.

Y lo mismo fué empezar él á tocar, y sentirse buena y sana Nervosina, de golpe y zumbido. Maravillóse el rey, se maravillaron todos y no hubo agasajo que no recibiera en la corte el portentoso médico.

Y añade el cronista muy gravemente:— «Desde aquel día, en todo el Indostán, y fuera de él, se ha tenido por único é infalible recurso para curar á las niñas histéricas y cuantos desequilibrados de nervios existen, la guitarra del diablo».

Lo malo es que resulta el remedio carísimo, y casi casi es preferible el del chino.



ANARQUISMO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. LÓPEZ"
Apto. 1225 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. LÓPEZ"
25 MONTERREY, MEXICO



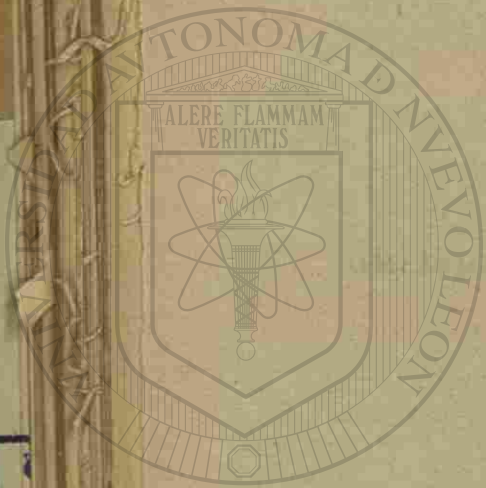


Anarquismo.

(FÁBULA)

Los dos compañeros, Sultán y Rabicorto, merodeaban en el mismo barrio, y en la misma espuerta, muchas veces, ó en el mismo basurero, saciaban su canino apetito. La amarga filosofía que el arrastrado vivir engendra y despierta la envidiosa contemplación del bienestar ajeno, traíales melancólicos, gachas las orejas y rabo entre piernas. Sufriendo aquí palos, allá coces, lazos, pedradas y la terrible amenaza de municipales morcillas, siempre perseguidos, á salto de mata, hambrientos y derrotados, así vivían, mientras ¡oh sarcasmo de la suerte! ¡oh injusticia de la ley! otros seres de la misma especie, tan perros, al fin y al cabo, como ellos, dormían la siesta sobre cojines de raso, se desayunaban con pastas de huevo, cenaban rollizos perniles, y blancas manos les rascaban el lomo y espulgaban á su sabor.

Haciendo tan odiosas comparaciones, Sultán y Rabicorto gruñían de cólera, y sentían revivir aquel deseo, en sus perrunos coloquios confesado, de dar una den-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA EN
MONTENEGRO
MONTENEGRO, MEXICO

tellada al perrillo canela que, con manta azul de paño fino, collarín de níquel reluciente como la plata y sujeto de sedoso cordón, sacaba de paseo todas las tardes el criado de la casa grande. Le veían también en el jardín tomar el sol, entre los rosales, ó abrigarse de la lluvia en la caseta de mimbre del soportal; y en ocasiones, el indecente burgués subía al coche de los amos y se marchaba tan orondo, frunciendo el hociquillo desdeñoso.

Para él no había ley, ni roque, ni fatigas, ni hambres, ni sufrimientos. ¡Infame burgués! Le cobraron tan grande odio Sultán y Rabicorto, como sólo en el corazón humano puede haber; y decidieron, á fin de vengar á la especie y castigar la irritante desigualdad, no lo que á los anarquistas de la escala superior piadosamente se les ocurriría: hacer volar con dinamita la casa grande, pongo por ejemplo, y que pagaran los justos las cuentas del insolente canelo...; sino arremeter contra él y destrozarle á mordiscos. Le acecharon, le asaltaron, y entre los dos le tarascaron, con tal furia, que la manta y la vida del infeliz en los colmillos quedaron de sus enemigos, sin que de nada le valieran el auxilio y la compañía del lacayo azorado, huyendo los dos cómplices calle abajo prestamente.

Por la noche volvieron á lamer la sabrosa sangre de su víctima, y gulusmearon sus anchas en el arroyo; y como no había guarda que les estorbara, ni can que le

defendiera, Sultán saltó la tapia y se coló en el jardín, atraído por cierto olorcillo que sus finas narices de podenco percibían. También sentíalo Rabicorto, pero llevaba una pata (con perdón) á la rastra, por causa de un vapuleo ganado en otra aventura nocturna, y aunque se esforzaba no podía saltar; en tanto que el compañero se llegaba á la caseta del muerto y en una escudilla, llena de sopas de leche, metía el hocico famélico.

—¡Sultán, compañero!—aullaba tristemente Rabicorto,—ayúdame á subir; mira que partir tenemos, como buenos hermanos.

¡Que si quieres! Sultán se relamía, sabiéndole á gloria la sopa del burgués y su lanudo almohadón, sobre el cual dió cuatro brincos de regocijo, así que limpió la escudilla, sin cuidarse de su compañero, que tras de la tapia seguía gimiendo:

—Mira, que me des la mitad; si no, alboroto el barrio y llamo al guarda...

—¡Imbécil!—ladró furioso Sultán.

Y propinó á Rabicorto tan fraternal dentellada, que le descalabró; yendo á tenderse luego sobre la cama del canelo sábarita, con gruñidos sordos de indignación contra esa miserable canalla, cuyos lamentos, protestas y amenazas pueden perturbar la digestión de unas buenas sopas de leche...



EL POZO NEGRO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

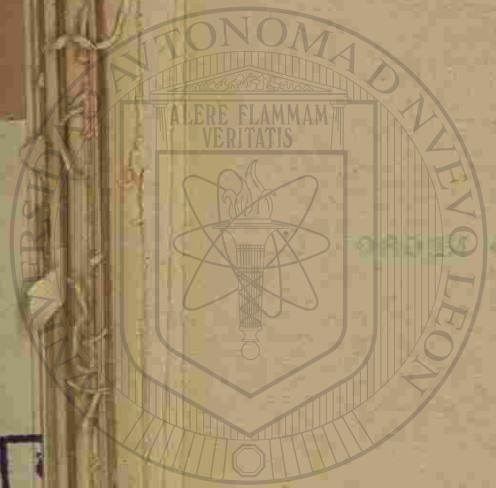
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MÉXICO



El pozo negro.

Era el oficio de Pedruco el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metido hasta la cintura en el lodo nauseabundo, pasan sus horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apenar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado que bajaba á lo profundo y subía sin bascas ni moxos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olfía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO



de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la Selma, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremoso que no cabía más: aparte del lavatorio obligado se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias, y hasta solía rociarse con esencias baratas, en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero, sea que la fetidez la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas de un río, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina donde la mujer preparaba la cena, y advertir el malhumor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada, pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la Selma esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Juanón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Que tuviera ó dejará de tener la Selma con Juanón, no es cosa averiguada, y aun-

que lo fuese no habría para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco, que, si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, sin razón ó con razón, y cada vez que la Selma huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortarla la nariz para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando sus alas con soplidos de alerta, quedaba ya disimulado y la Selma (si es que la coquetería no tomaba cuentas del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojazos pardos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante susceptibilidad. ¡Maldita nariz! ¡chismosilla de mil demonios! tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas...

LIBRERIA
UNIVERSITARIA
DE MONTERREY, MEXICO

®

Una mañana vió Pedruco que salía la Selma muy entapujadita y allá se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba por la puntilla del velo, moradito de frío, no la soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca, y así, la sogá tras del caldero, entró la Selma en la iglesia y Pedruco se escondió entre las sombras, tan bien, que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador navajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero, no pasó nada de esto, sino que la Selma se arrodilló al pie de un confesionario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz le contaba á ella ó lo que Juanón susurraba en sus oídos. Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura que poquito á poco iba descendiendo al fondo de aquella alma... ¡Ay! como él cuando en lo más hondo del pozo no veía luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la Sel-

mal ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

Meditabundo se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légamo se le figuraba que lo que barría eran los malos pensamientos de la Selma, sus pícaras intenciones, acaso sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la Selma, porque sin duda el señor cura habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvió Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni lodo en los zapatos, ni mácula alguna en toda su persona, muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor, tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, parecía desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos, consagradas para la bendición, ó de su figura ente-

UNIVERSITY OF
MONTREAL
LIBRARY
350 PAVILLON
MONTREAL, QUEBEC
H3T 1J4

®

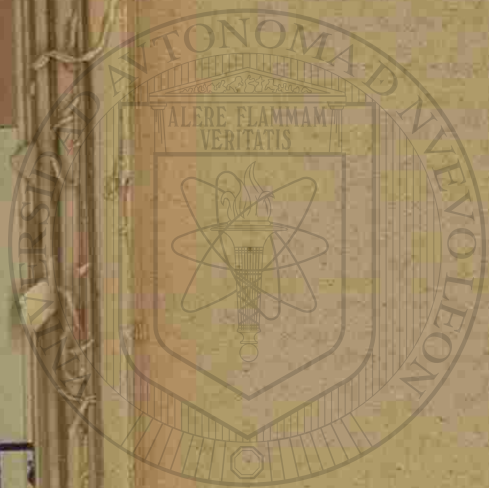
ra, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la Selma y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire desagradables perfumes. El señor cura, al contestar plácidamente su brusco saludo, llevó el pañolón de yerbas á la cara... —¡Apártate, que apestas!— quería decir el ademán de su reverencia; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no había hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías todas de la Selma, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del negro y horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y sin decir palabra, desdeñoso, se alejó chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido otra vez de la infidelidad de la Selma y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón

con ella; porque él no poseía la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que escarba á diario el pozo negro de la conciencia.

UNIVERSIDAD
DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, MEXICO



SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA!

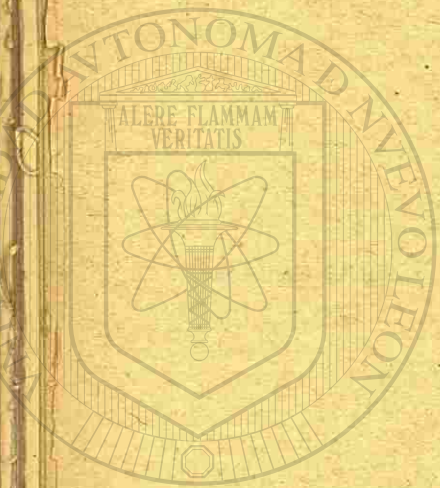
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MONTERREY, NUEVO LEÓN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



¡Santiago y abre España!

(APÓLOGO)

A la sombra de sus laureles seculares descansaba el viejo caballero, en la noble casa solariega, sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Molido de yangüeses, ahito de desengaños, enfermo de pesadumbre, su consuelo mayor era tornar los ojos al pasado, y en el pasado recrearlos, confortando el ánimo con el recuerdo de las proezas suyas de otros tiempos, tan grandes y famosas como no las realizara jamás caballero alguno, ya alanceando moros, ya descubriendo mundos, ya conquistando al arte y domeñando la gloria; ora fundando nacionalidades en tierras ignotas, nuevo patriarca de heroica descendencia, ora con la fe por enseña escalando los alcázares del cielo. Y engreído, aletargado, reposaba el caballero en el noble solar, sobre el que la leyenda dorada resplandecía como el sol.

Entretanto, el Progreso removía los cimientos de las sociedades, y con sus pies alados recorría el Comercio los caminos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
CALLE REYES
625 MONTERREY, MEXICO

anunciando la buena nueva que del atraso y de la miseria había de redimir á todos, profeta moderno, taumaturgo de la realidad, que unía los mares y las inteligencias, armonizaba intereses y necesidades, arrastrando las muchedumbres al influjo de su caduceo simbólico. Fuera sordo el viejo caballero, ó en profundo sueño estuviera sumido, y por fuerza de este estrépito, de este colosal rumor de lucha, de este recio combatir por el propio pan y la abundancia, empresa hartamente menos romántica pero más práctica que la de ofrecer la vida por su dama; de toda esta batalla, digo, en que las razas peleaban furiosas y enzarzadas, algo debía percibir, eco débil, bastante, sin embargo, para hacerle revolver en el ocioso lecho, recoger del pasado la mirada y sobre el presente la fijase desdeñoso.

Y como por los ojos entra cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo abstracto y lo concreto, que tras de ambas ventanas la inteligencia observa, desmenuza y clasifica objetos y teorías, obrera sublime siempre en vela, tenía que ver el caballero, y lo vió, porque no estaba ciego, que la guerra de aquellas gentes no era como las en que él y su progenie se habían mezclado; no era guerra de devastación y de muerte, sino de vida y por la vida, no por quimeras, se luchaba. Vió también el caballero, y esto le dolió sobre todo encarecimiento, que de resultas, sin duda, de su

prolongado reposo, la casa de sus mayores mostraba las grietas de la ruina, los campos aparecían yermos y su hacienda comida de la polilla del descuido. Algo de aquel frenesí universal, contagio saludable, invadió su espíritu y sus miembros; se esperezó, incorporóse, tentó á levantarse...

También él, ¿por qué no?, también él lucharía como los demás, reedificaría la casa, sanearía su hacienda. Precisamente, del otro lado del agua, muchos pueblos jóvenes, ricos en productos y en promesas, hijos de su sangre, le saludaban en su hermosa lengua; parentela olvidada y lejana, desconocida á fuer de lejana y olvidada. Iría hacia ellos, entablaría más estrechas relaciones con ellos, mercaría más directa y eficazmente con ellos... Aquí una duda, una espantosa duda se le clavó en el alma al caballero, como saeta enemiga. ¿Digna de él, de su historia, de su alcurnia, sería tal empresa? Nunca supo que un armado caballero hiciera de mercader, oficio bajo y de conciencias torcidas, ni leyó en sus libros que ni Belianises, ni Tirantes, ni Roldanes se rebajaran en andanzas mercantiles. ¿Lo consentirían las pragmáticas de la caballería?

Consintieranlo ó no, como los modernos caballeros no pueden vivir como los de antaño, y la necesidad es ley tiránica, el de mi cuento echó dudas y vacilaciones á un lado, el yelmo de Mambrino y la he-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY, MEXICO

®

rrumbrosa coraza; sacó fuerzas de flaqueza, y un barco, que para sus expediciones marítimas reservaba — ¡ay, cada vez más escasas! — aprestó y armó en corso de paz. Satisfecho y resuelto cargó su embarcación de togas y bonetes doctorales, cien toneladas; de sotanas, solideos y rosarios, doscientas; tres, de flores retóricas; otras más, de prejuicios de cal y canto; de levistas, varios quintales y un adarme de concesiones, rellenando de paja de palabras los huecos para estibar bien y curiosamente su pacotilla. Hecho esto, tomó la calle de en medio, que era la que más directamente conducía al punto de su destino.

No fué el viaje tan largo y penoso como lo imaginaba, y traspuesto que hubo las singladuras de rigor, entróse en el primer pueblo que está á la derecha mano de la barriada del Atlántico, reconociéndole todos en cuanto abrió la boca y festejándole como tan amado pariente merecía, en forma y manera que le desconcertaron: le traían y llevaban, le aplaudían, le obsequiaban y en su loor vertiéronse perlas poéticas á calderadas, que esto lo da de sí la raza, ya que otra cosa de más enjundia no diera.

Pero, cuando llegó la hora de revisar la carga y se enteraron del valor de la mercancía por el peso, por el tacto y por la vista, que todo lo revolvieron y tasaron en justicia, dijéronle que había perdido el viaje y que la amistad es amistad y

el negocio negocio; trajera los riquísimos productos de sus minas, de sus fábricas y de sus industrias, y trocarían por ellos, sin desventaja, sus trigos y cereales, de que sus graneros hallábanse henchidos; las carnes de sus ganados, más abundantes que los hongos, y cuanto la naturaleza brindaba y el trabajo producía y la experiencia perfeccionaba con ansias y arresos de llegar al límite de la perfección mecánica.

Oyó el mohino caballero estas que se le antojaron herejías, y á todos contestaba:

— ¿Trigos? se alzaría Castilla. ¿Carnes? ardería Galicia por las cuatro puntas. Y Cataluña y Andalucía y el Norte y el Sur me aspan y hasta algún vecino me reta á duelo descomunal si os diera yo un canto de uña de lo que pedís.

Con lo que se marchó y fué con su cargamento al pueblo del lado, donde también le festejaron y opusieron luego iguales razones. Recorrió todos los de la derecha mano y los del barrio apartado del Pacífico, los del Centro y los que allá en el fondo de la cuenca oceánica tienden sus feraces praderas y en todos halló igual recibimiento y razones iguales, sin que le encieran ni convencieran; porque, digase la verdad, ocultos encantadores, envidiosos de la alta fama que había de cobrar en esta aventura, le sujetaron la voluntad con el hilo de la rutina. Irritábale, entretanto, que por doquiera anduvo, descubriese que otros que intentaron empresa como

UNIVERSIDAD
DE MONTERREY, MEXICO

la suya, italianos y franceses, tudescos y britanos, lograronla tan generosamente, que vivían en aquellas tierras ricos y felices; y herido del fracaso, indigestado de agasajos, con la visión de un mundo nuevo que le trastornaba y suspendía, volvió a su barco y en su barco á la deseada orilla, persuadido de que tal empresa no estaba para él reservada é hizo tan mal en imaginarla como en acometerla.

Corrido, pues, el buen caballero echóse otra vez á la sombra de sus laureles seculares, en la noble casa solariega agrietada por la ruina y sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Puestos los ojos en el pasado, sordo al rumor de la batalla social, se aletargaba nuevamente, entregábase al sopor de la pereza y del aislamiento, que es la muerte en la vida... El su fiel escudero, á quien necio olvidara de llevar en esta su primera salida por los campos comerciales, sorprendióle así melancólico y desmadejado, y hubo tal cólera que se mesó las barbas, soltando más denuestos que pelos tenía en ellas.

— ¡Pesía á mí y al padre que me engendró! que no logre ninguna de las promesas de vuesa merced, antes que verle como le veo, mientras por esos mundos que fueron suyos pelean todos los andantes caballeros que de valientes se precian. ¿De qué se queja vuesa merced, voto á tal? ¿de que no le aceptaran sus garambainas? ¿pues qué creía entonces? ¿que son chicos que se

maman el dedo? ande y levántese y cargue su barquito con las muchas cosas buenas que aún le quedan y lléveme á mí, que ésta es una aventura de las de honra y provecho, y así ya pueden cortar bien sus plumas los Benengélis que quieran legarla á la posteridad. ¿Y sabe lo que me ocurre? que para que no se la echen á perder esos encantadores hi... de quien yo me sé, que por extraviarle y burlarle le ataron la voluntad y aconsejaron llevara lo que llevó, se limpie del moho de sus preocupaciones, y supuesto que de la reconquista moral de América se trata, y quien mantiene su puerta cerrada á ninguna otra puerta debe llamar, vuelva del revés el grito guerrero que asustaba á la morisma, y tal como entonces se decía: — ¡Santiago y cierra España!... diga su merced ahora conmigo: — ¡Santiago y abre España!

MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
MONTGOMERY, MEXICO



ÍNDICE

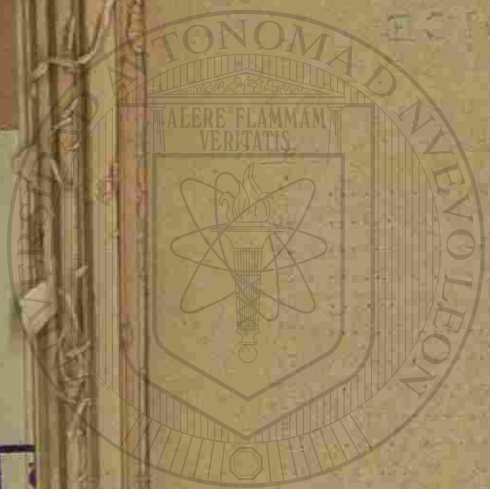
	<u>PÁGINAS</u>
Miss Alice.....	5
La baraja.....	41
El milagro de la Saleta.....	49
Dios da turrón.....	57
Carrasquillo.....	65
Las tres esmeraldas.....	73
Antropos.....	79
La viuda.....	87
La guitarra del diablo.....	95
Anarquismo.....	105
El pozo negro.....	111
Santiago y abre España!.....	121

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, MEXICO





INDICE

SARTAL DE CUENTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Apdo. 1423 MONTERREY, MEXICO



Biblioteca «PATRIA» de obras premiadas.—Tomo XXXII.

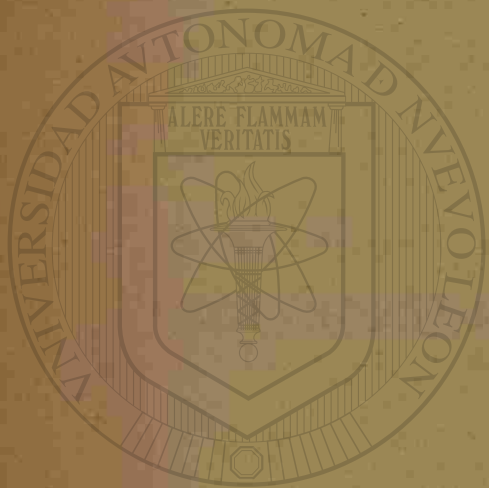
SARTAL DE CUENTOS

DE

CARLOS MARÍA OCANTOS

ES PROPIEDAD

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
(PRIMERA SERIE FUERA DE CONCURSO)

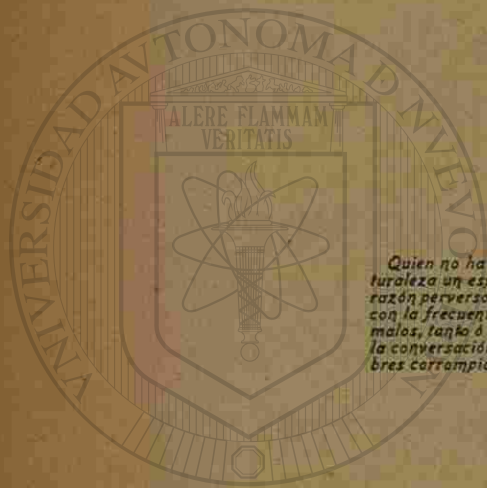
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OFICINAS:

PASEO DEL PRADO, 30, ENTRESUELO

M A X X X I I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946-1925 MONTERREY, MEXICO



Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu salaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tan o más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

AL QUE LEYERE

Los cuentos que hoy se escriben, generalmente, son episodios de la vida real, escenas sueltas de familia, esbozos de caracteres, siluetas de personajes, con la brevedad y premura trazados que consiente el género. No juega en ellos la imaginación el papel principal, ni pone la filosofía el adobo conveniente y necesario. Pues bien: para mí, éstos no son cuentos. Son novelas, simplemente. Novelas cortas; novelas comprimidas; novelas homeopáticas, pero novelas, ni más ni menos.

A mi entender, salvo el juicio de los doctos, los cuentos son ó deben ser moralejas en acción, con su grano filosófico de condimento y la sal y la pimienta que la amenidad exige, Perrault ampliado diestramente para el uso, enseñanza, castigo, premio y regocijo de las personas mayores.

Si me equivoco, la crítica y el público juzgarán y á su fallo me someto desde luego.

Carlos Maria Scantos.



PASILLO INFERNAL

Los dos poetas, aquel altísimo á quien la humana gente ha honrado cual semidios latino, y el otro egregio de Florencia, el de la caperuza con rojas orejeras y sotana monacal, el de la nariz de gancho y barbilla en punta, de vieja comadre fisgona y parlanchina; los dos coronados por el laurel siempre verde de la inmortalidad, salían de la ciudad doliente, donde es vana toda esperanza, y por la escarpada roca que circunda el horrible valle, subían hacia las estrellas. Todo negror en torno, resonaba el aire con los gritos y lamentos de los condenados, y ambas sombras angustas, la de la túnica blanca y la de la roja sotana, se paraban doloridas á escucharlos: ya volviendo los llorosos ojos á la sima en cuyo fondo las pasiones y miserias, los pecados matedores del alma se abrasaban en su propio

faego; ora sobre el borde inclinándose con espanto y amargura.

—Oh! maestro—exclamó Alighieri—cuánto me entristece este espectáculo del dolor que no tiene consuelo, de la desgracia que no halla remedio, de la muerte sin resurrección! y cuánto me tarda volver á ver aquella que es toda luz y toda gracia!

—Poco falta;—contestó el mantuano—mira cómo de aquel lado alborea ya el nuevo día.

Volvió atrás la cabeza el florentino y no vió, como esperaba, surgir á la risueña aurora sobre la cresta del monte envuelta en sus luminosos cendales. Tal como al niño el ansia del deseo enceguece y lo que cerca tiene antes que percibirlo, toca con las manos anhelantes, así Alighieri lo que era resplandor de aquel foco de luz hacia el cual caminaba, no pudo distinguir, y en su guía clavó los ojos desengañados.

—Oh! maestro—dijo—¿por qué no veo yo lo que tú ves? ciego estoy ó maldito, pues el anunciado día no brilla para mí.

Y repuso Virgilio:

—Del lado aquel levantándose há una nube negra y espesa que la oculta, pero pronto habrá de desvanecerse y entonces lucirá la mañana de redención.

—Y qué nube es esa, maestro?

Calló el de Mántua y los dos poetas, en lo alto del precipicio, inmóviles, halláronse, de pronto, rodeados de oscuros y nauseabundos vapores, los miasmas todos y productos de la universal chamusquina, tufo insoportable y asfixiante. Tal cual llamada, aquí, allí, en lo más hondo, rasgaba de vez en cuando el espesor de la noche eterna. Los infernales círculos habían concluído y el eco gemebando llegaba como el del viento que entre los sauces se queja; mas, sin embargo, por un girón de la nube en cuyo seno se encontraban y al refulgir del incendio lejano, alcanzaron ambos á ver cómo, mónstruo que abre las fauces y vomita cuanto ha engullido, de la horrible boca de una caverna, al pie del monte situada, salía larga y dolorosa hilera de condenados, hombres y mujeres, desnudos todos y en las manos utensilios humildes de uso casero que, si en apariencia pesaban poco, mucho debían de pesar por lo agobiados y sudorosos que sus portadores se mostraban. Segniantes y azuzábanles, con gritos y largos tenedores de ofensivas puntas, una legión de lucíferos de la peor calaña, que no daban golpe en vago ni paz á la garra en lo de empujarles, maltratarles y herirles, y co-

mó eran tantos, á modo de enjambre de mosquitos, cada uno llevaba sobre sí cientos de ellos que por todas partes y dó más pecado habian se encarnizaban cruelmente en hincarles las horquillas.

Todos aquellos desgraciados traían la mano derecha sin pellejo, hombres y mujeres, hasta el codo, y la piel arrancada con sus uñas y sangrando colgada del cuello, guante espantoso y jamás visto. Traían, además; sobre la frente estampada una S de fuego, culebrilla luminosa que era, sin duda, marca infamante... Y el que los capitaneaba parecía el más grande de los demonios, un diablón de siete suelas, todo verde, como un lagarto, moviéndose y revolviéndose sin cesar tras de los rezagados y metiéndoles con saña, ya la horquilla, ya los cuernos.

—Quiénes son, ¡oh maestro!—exclamó el Dante—esos que así son llevados? qué pecado cometieron y adonde se les conduce? no recuerdo haberlos visto en ninguno de los círculos que acabamos de visitar. Por qué se les separa de los otros y á qué se les condena?

Y Virgilio respondió:

—Espera.

Muy cerca de ellos estaba ya la triste pro-

cesión, tanto que podía distinguirse las facciones de muchos de los desventurados, muy bastas todas y como de gente que en su vida pasó por ordinaria y no gozó de aristocráticas preeminencias, vale decir que, en general, no siendo la hermosura y la gallardía dotes exclusivos de los de sangre azul, ni mucho menos, no su mayor ó menor fealdad, sino el estigma de la cuna dejaba adivinar que eran siervos los más ó todos ellos, hechos á soportar el yugo del amo, pero tan lúcios, tan gordos, que debían de ser criados de casa grande ó grandemente habieron de jamar donde sirvieron.

Con blanda y dulce voz pidió el de Mántua al diablo verde que le dijera hacia dónde iba y adónde llevaba aquella caterva de miserables; y como los ojos del demonio disfrutaban del gatuno privilegio de ver en la obscuridad, de seguida descubrió á las dos sombras entre la nube negra el luciferino capitán, y plantando su horquilla en tierra mandó que se detuvieran todos.

—Qué quién es esta genticilla y adónde la llevo?—dijo el diablo verde con miedoso tronar de la voz—sabed ¡oh almas curiosas, vagabundas y entrometidas! que estos son los cofrades de la santa Sisa, y así os tenta cada uno en la frente la ese vergon

zosa en carácter de fuego; la canalla servilona y maleante, la turba lacayuna y de baja estofa, que hace del abuso de confianza una religión y en los secretos y en la bolsa del amo mete las uñas y la lengua, y de todo aprovecha y todo le divulga y es quien prepara las semillas de la calumnia; polilla del hogar, perro que come el pan y muerde la mano que se lo da. Así también, fijaos cómo cuelgan de sus cuellos esos risibles escapularios, la piel de la mano ladrona, y cómo el emblema de su oficio es de hierro, pesando tantas libras como céntimos á su dueño se hurtaron; fijaos, por último, ¡oh almas prontas para la irreflexiva piedad! lo bien mantenidos que están todos. Este de la cara de luna y que parece cura, no era cura, sino cochero de un duque y las dos terceras partes del grano que dar debía á los caballos se los comía en cuartos; estotro de la panza redonda era el cocinero de una marquesa, á quien sisaba sobre el salario otro tanto de compra y más de avíos; ésta de las que llaman doncellas y no lo son más que de nombre, servía á una cómica y en colorete y postizos sorbía la cuenta entera; aquel, ayuda de cámara, hubiérale empeñado á su señor el resuello, si le dejan, y esta vieja de compunjida traza y la vecina pelona y sin

dientes y las que siguen, muchachas de los veinte á los treinta, cocineras fueron y pinchas, que empezaron sumando por los dedos y acabaron multiplicando por las uñas. Los otros, mozuelos sin vergüenza, del oficio sacaron los gajes que pudieron y cultivaron tan buenas relaciones con la probidad como yo mismo... Miradles qué resignados van y sumisos! ea, andando, gentuza sisona, que el mucho hablar me quita de zurraros como deseo y más gana tengo de dar gusto á la mano que á la lengua.

—Feo pecado es el suyo—observó el Dante condolido—mas infiero que entre el pecado y la pena, gran desproporción existe.

—No tanta—contestó el diablo—y ojalá en mis reinos quedaran por toda la eternidad, que eso merecen y aún más.

—Pues qué, ¿no están condenados á infierno perpétuo?—preguntó el de Mántua.

—No lo están—respondió el verdoso satanás—sino á pasar por este camino que va del infierno al purgatorio, camino que en recorrer tardaremos dos mil y pico de años. Nosotros recibimos la misión de escoltarlos hasta las puertas del recinto en que se redimirán, si pueden, y cómo la cumplimos ya lo veis... y basta, almas preguntonas. Ea, andando, digo!

A todo esto, los desventurados gemían sordamente, vencidos bajo el peso de sus



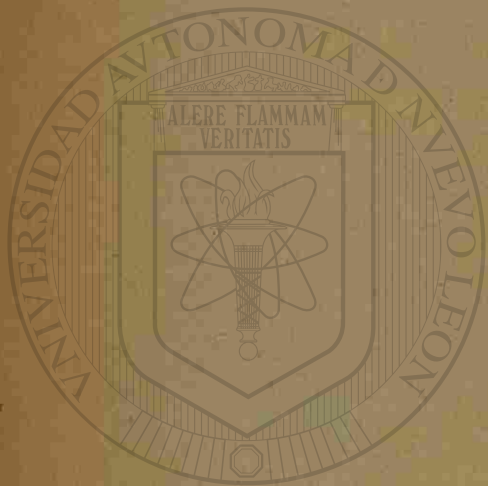
culpas y de la carga. Diéronles buen golpe de horquillazos los demonios y el dolor les arrancó sendos gritos, que de peña en peña

resonaron con eco siniestro, continuando su marcha la columna y ocultándoles la negra nube piadosamente.

—Sigamos, ¡oh maestro!—exclamó el florentino con angustia—es aquella la luz? vamos á la luz!

—Vamos—contestó dulcemente Virgilio.

Y los dos poetas, el de la túnica blanca y el de la roja sotana, los dos coronados por el laurel siempre verde de la inmortalidad, subieron hacia las estrellas.



GLORIA

DABA la ventana del sabio á un patinillo húmedo y sucio, que no conoció jamás del sol la amorosa caricia, ni disfrutó de la escoba el saludable roce, y correspondía á un zaquizamí en el quinto piso de una casa demasiado alta para pobre y sobrado estrecha para tantos como bajo su techo se albergaban; ventana y patio y cuarto y casa que con el barrio se unían en armónico consorcio y servía todo ello de admirable marco al sabio, el cual era de tan miserable facha como el barrio, la casa, el cuarto, el patio y la ventana. Quiere el vulgo que los que con la ciencia ó la poesía mantienen sublime relación y distraídos en pláticas ultraterrenas por mirar hacia arriba, no ven donde ponen los pies, no han de ser ni limpios, ni corteses, sino desgreñados y huraños; y en verdad, el sa-

bio de mi cuento cortado estaba según el patrón común: su cabellera y su barba, de plata que á la vejez plugo otorgarle, aparecían con amarillez de azufre, porque jamás quisieron saber del agua otra cosa que es el equivalente de dos gases, y nunca el peine hurgó en ellas con sus púas higiénicas ni se conoció que el áspero utensilio, corrector de las demasías del polvo y de la grasa, interviniera en la operación de remediar las muchas faltas de su ropa y su sombrero. De palabras mostrábase tan escaso como de limpieza y en lo tocante á cumquibus la colonia de arañas, fábrica de tejidos instalada en los ángulos de la bohardilla, era fuente de riquezas y abundancia comparada con la exhausta de sus faltriqueras.

Muy pobre, pues, mi sabio y lastimosamente guarro, alimentábase del divino pan del espíritu y así andaba de consumido y derrotado. No se trataba con los vecinos, ignorábase que tuviera parientes, y de amigos, como la planta de la amistad necesita abono y riego abundantes, en el erial del sabio no asomó la cabeza ninguno jamás. Le acompañaban sólo sus pensamientos y sus libros, familia cariñosa que no le abandonaba nunca, lo mismo cuando sobre

su mesa de trabajo rastreaba ansioso las huellas de la verdad y en los espacios se mecía con aletazos de águila, que cuando en el bosque cercano, evitando el paso de la ciudad frívola y bulliciosa, por escondidos senderos discurría.

Cada mañana abría el sabio su ventana y hecho á mirar las cosas desde muy alto se complacía en posar los ojos sobre los tejados de las casas y las copas de los árboles. Puede decirse que era esta la única vez en el día que fijaba su atención en el mundo externo y del que llevaba dentro desertaba momentáneamente. No eran las galas primaverales de la ventana del lado lo que le atraía, sin duda, y en la que una bella flor humana á la misma hora entre sus macetas descollaba, ni el gorgojo de niños de más abajo, ni el hablar de dos novios de más allá... Era el deseo de ver si el pájaro negro andaba cerca, deseo pueril, ya supersticioso, ya de miedo inconfesable.

Solamente en una ocasión le había visto y le pareció negro, con trazas de mirlo y jaspeados de urraca, y en aquella ocasión entró por la ventana cerrada, le rozó la cara, volcó el tintero, aventó los papeles y escapó sin saber á punto fijo por dónde. Ya no le vió más, pero le sentía golpear en los

cristales, revolotear en la habitación, clavarle el pico en la frente, cual si robarle quisiera las ideas, y sobre el corazón hincarle las garras; levantaba la mano y le espantaba y el invisible avechucho huía cobarde, con menos ruido que el de una hoja volandera. Huía, para volver, de día ó de noche, despreciador de la luz, y tanto dió en visitarle que el sabio le creyó pegado á su retina, si despierto obscureciéndole la vista, si dormido cubriéndole de sombras el cerebro, entre los puntos de la pluma que guiaba sobre el papel y entre las hojas del libro que leía, obsesión continua y terrible.

Y ocurrió que, del mucho estudio, del poco alimento, cayó el sabio en el delirio persecutorio y á poco tardar en el camastro mezquino de su tugurio y no pareció más por la ventana, ni por el bosque, ni en parte alguna, instalándose el misterioso pajarraco á su cabecera. Dieron la noticia de que enfermo estaba el sabio dos gorriones intrusos y muy pronto en la casa y en la ciudad se supo y la primera la bella flor humana del lado, los novios parleros y muchos, conmovidos, llegaron á la bohardilla trayendo remedios y consuelos. ¡El sabio estaba enfermo! el sabio se moría! aquél de

quien la fama pregonó la excelencia no haría ya sombra á nadie, árbol gigante, aserrado por el destino y que al caer estremeció la selva toda. Tanto como le desdeñaron, sano, y le esquivaron, le rodeaban ahora, empujados por el picor de la conciencia, la bella flor humana, la primera, y los novios parleros y muchos más, hasta otros sabios que, por enemiga del oficio, no sabían de él sino el nombre.

Tendido en su camastro el hombre humilde, mirábales á todos silencioso. Y el que ninguno percibiera al negro pájaro, dueño insolente de la cabecera, causábale extrañeza dolorosa. ¿Sólo él podía verle y sólo á él perseguía? Nada contestaba, en tanto, á la solicitud de los desconocidos, prestando á cada uno,—fantasmagoría del delirio,—las trazas de mirlo y los jaspeados de urraca de su perseguidor. No era uno solo, eran muchos pájaros de negra apariencia y negríssimas intenciones los que en su torno aleteaban. La hiel de los desprecios sufridos sin queja, de la miseria soportada con resignación, asomaba por su boca y corría por las amarillas canas de su barba. Con esfuerzo volvíase el sabio: mirábale los circunstantes, él miraba al pájaro y el pájaro á él le miraba.

Horas ó minutos pasarían así, que no había reloj que los contara, y lo que el sabio veía y no veían los demás, el pájaro negro, cada vez más cerca, cada vez más grande, sobre él tendía las alas de cuervo, ahogándole. Coger quiso el sabio, trabajosamente, el ave para espantarla, como solía, y no pudo, porque era impalpable y de sus dedos temblones se escapaba como nubecilla de vapor que se pretende aprisionar.

Entonces, sordamente murmuró el sabio:
—Te conozco ¡eres la Envidia!

Y aquella alma que en los espacios infinitos del misterio voló gallarda y sin desmayo, aniquilada, al fin, se entregó inerte al negro pájaro. Sus manos luchadoras se abatieron á lo largo del cuerpo enflaquecido y quedó sin vida el sabio sobre el camastro de su tugurio...

Antes que los que el lecho rodeaban se dieran cuenta del suceso, los dos gorriones noticieros, que en la misma ventana tropezaron con el alma del sabio, purísima paloma blanca, anunciaron á la ciudad la desgracia y se oyeron dobles de campana, mucho rodar de blasonados coches en la calle y por la escalera del zaquizamí, empinada y áspera como la cuesta de su vida, subie-

ron tiesos personajes, que venían en nombre de la patria, señora desmemoriada, si las hay, á presentar sus homenajes al hijo predilecto de quien no se acordó mientras vivía.

Entraban y salían los tiesos personajes, doblaban las campanas, rodaban los coches y la casa mezquina parecía resplandecer como ascua de gloria. Y en torno de ios miseros despojos, la bella flor humana esparcía otras no tan bellas arrancadas de sus macetas y la piedad derramaba una lágrima para esmaltarlas.

—El sabio había muerto ¡gloria al sabio! Quieto, como de piedra, á la cabecera seguía el pájaro negro. De aquella procesión del entusiasmo tardío; del coro de lisonjas que, en bocanadas de incienso, envolvían el cuerpo del sabio; de la multitud de coronas que, allí donde faltó siempre el sabroso fruto del trigo y que nadie aportó á su tiempo solícito, ni tiesos personajes, ni admiradores fieles, ocupaban todos los rincones, parecía burlarse, unas veces con parpadeo de los ojillos redondos, otras con sorde castañeteo del pico.

Pero, el hosana póstumo crecía, desbordándose, y el tugurio del sabio era cámara brillante y suntuosa. Lentamente, á salti-

tos, bajó el pájaro de la cabecera y observó á su perseguido. ¿Estaba muerto, bien muerto? Entonces, ya que no oía, ya que su alma no había de sentir el consuelo de la justicia, justicia le haría él también, pública, notoria, uniéndose al coro de la muchedumbre y de las campanas.

Y encrespando las plumas, muy hueco, con voz que no era de mirlo ni de urraca, sino de persona, y que nadie entendió porque era ininteligible, como invisible quien gritaba, repitió el pájaro:

—El sabio ha muerto! gloria al sabio!

LA BARAJA

CANSADA de la perorata, cerró el pico la oradora, mientras en la sala estallaban gritos y aplausos que el alcohol enardecía; ella, una Luisa Michel de feria, enjuta, amojamada y desagradable, ajustaba, en tanto, el empinado zorongo y pedía con voz hombruna la copita de ajenjo... Poco á poco, el auditorio se calmaba; las manos revolvían fichas sobre el mármol de las mesas, los vasos se llenaban de nuevo, las pipas oscurecían la luz de los quinqués, y de aquel chaparrón de frases airadas parecía no quedar ya rastro, acostumbrados los oídos á la misma explosión de argumentos que la envidia, el despecho y la impotencia provocan en cerebros desequilibrados.

¡Hierro y dinamita contra el poderoso, el rico, el feliz! Destruyámoslo todo y sobre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

estas ruinas reedifiquemos el mundo á nuestro paladar, guardando para nos la mejor parte. ¿Es justo que haya ricos y pobres? ¿que unos padezcan hambre, mientras otros se regodean? ¿que ande todo tan mal repartido, peor dispuesto y pésimamente administrado? ¡Venga una bomba, alcancen ustedes una tea, y viva la chamusquina! rociemos con sangre ajena esta tierra maldita, abonémosla con los cuerpos destrozados de los burgueses, y veremos brotar, como la hierba en los prados, el trigo, que no hemos sembrado; la fortuna, que no hemos trabajado; la felicidad, que no hemos cultivado. ¡Viva la anarquía! y arramblar con todo, dejándolo más raso que la palma de la mano. Lo que no nos dió la suerte, ni supo adquirirlo el ingenio, ni buscarlo el brazo robusto, ni merecerlo el corazón honrado, que la destrucción y la muerte nos lo faciliten. Tenemos ansia, no de justicia, sino de oro, de manjares, de placeres. Pronto sonará la hora del deseado *gaudeamus*. Entretanto, ¡guerra! de acechanza, de traición, en la sombra y por la espalda; atacar á la inocencia misma, herir á la propia debilidad, huir del esforzado y del esbirro; como los ogros de las leyendas, alimentémonos de niños al natural y con sangre ca-

liente apaguemos nuestra sed, que así, y no con teorías ñoñas, se regenera á la humanidad!...

Ahora la furia gustaba el venenoso licor, completamente calmada; de sus espasmos de pitonisa no quedábale más que el chispear de los ojillos felinos. Y mientras, apoyada en la improvisada tribuna, pantea en reposo, sobre los concurrentes esparcía la mirada observadora, un mocetón de la mesa más próxima la gritó:

—¡Bravo, abuela! ¡viva el amor libre!

Ella sonreía, mostrando las encías desdentadas, de mujer que ha mordido el fruto prohibido con gula mayor que en atiborrarse de ideas libertadoras; y respondiendo al convite de echar una mano de tute, bajó y se acercó á la mesa; hiciéronla sitio los tres hombres, y al mozo paliducho y de femeníl aspecto que detrás del mostrador repasaba los vasos pidieron los naipes con voces y palmadas.

Pero, ya un nuevo orador ocupaba la tribuna y disparaba la gruesa artillería de amenazas, sarcasmos, invectivas é himnos de muerte: no más religión, no más clases, no más leyes, no más gobiernos... El rumor de fichas se acallaba, por escuchar mejor el palabreo epiléptico del poseso; algunos des-

confiados, sin perder sílaba, echaban hacia la puerta ojeadas vigilantes, prontos á dar la señal convenida si acaso la autoridad mostraba la punta de la nariz. El efebo de la taberna, Ganimedes con pantalones estrechos y mandil de lienzo muy ceñido, los ojazos socavados por viciosas ojeras, de mesa en mesa se escurría sirviendo á los parroquianos, y entre pellizecos, chanzas y cuchufletas, escanciaba los mil menjurjes que la intemperancia ha inventado; de modo que, por boca, narices y oídos, con los licores, el tufo y los discursos, los concurrentes á la sentina envenenaban el cuerpo y el alma.

Las voces de los tres compañeros atrajeron al mozalbete á la mesa en que la furia apuraba las heces del ajeno, y cumplió el reiterado pedido entregando el mazo de cartas; quiso escapar luego, pero uno de ellos, que en un periquete verificado había la cuenta de la sobada baraja, le retuvo por la manga:

—Oye, pimpollo, no está completa, ¿sabes?

—Pues, ¿qué falta?—dijo él plantando la servilleta bajo el sobaco.

—Poca cosa, hijo; las cartas principales, nada más.

El joven enarboló la servilleta como un pendón, é imponiendo gravedad á su voz de tiple, contestó:

—¡Como que es una baraja anarquista!...

Y el jovenzuelo se inclinó sobre los tres hombres y la furia, que le interrogaban.

—¡Claro está!—repuso,—una baraja anarquista! ¿qué cartas son las que faltan? los ases, los reyes y los caballeros, los representantes del poder y del dinero, los opresores, los tiranos, los verdugos del pueblo; esta mañana les he cortado la cabeza de cartón; ¡día vendrá en que lo haremos en carne viva!... no he dejado sino los peones, los que nos representan á nosotros, ¡los oprimidos! ¿qué tal? ¿no es esto lo que vosotros enseñais? mejor discípulo que yo... ¡A mí con señorones y prerrogativas?

Fuese, llamado por el repique de una cucharilla, y los tres hombres y la vieja se miraban, preocupados y corridos.

—El caso es que no podemos jugar—dijo uno.

—Claro, sin ases...—observó el otro.

—Y sin reyes ni caballeros...—advirtió el tercero.

La mujer, afirmando el zorongó, dijo al fin entre las encías, que no entre dientes, porque no los tenía:

—¡Una baraja incompleta! ¡qué tute ni qué cuerno!

No pidieron otra, sin embargo. El orador seguía aullando, voltejeando el efebo en torno de las mesas, las manos revolviendo fichas y los ojos vigilando las puertas... Pero la furia y sus tres compañeros no chistaban, ni parecían ver ó escuchar siquiera. ¡Acaso, en el fondo de la negra conciencia la razón les murmuraba que si no se puede echar una mano de tute sin ases, reyes y caballeros, sin religión, sin ley y sin gobierno es también imposible el concierto de las sociedades!

SOR POLI

AFLIGIDÍSIMA estaba sor Policarpa de la Santísima Sábana, la hermosa Esclava de la Divina Faz, precisamente por eso, porque era hermosa y parecerle este don satánico y fuente de perdición. Tanto como á la limpieza de su alma cándida, al desbrozar de los pensamientos é intenciones, á la higiene espiritual en que había de recrearse el Esposo amado, azucena viviente, cuidaba sor Poli de afearse para que en sus menesteres de monjita andariega por esas calles de Dios no la miraran los hombres y si la miraban, sin respeto al santo hábito, no hallaran en ella cosa alguna que encendiera su malignidad. Muy fácilmente escondía el busto y el talle en los pliegues del manto; las blanquísimas manos en las anchas bocamangas; los pies en los burdos zapatones, pero la cara... ¿qué hacer de sus

ojos negros, espléndidos? cómo esconder la fina nariz, la boquita graciosa? de qué manera borrar el color nacarado y la suavidad de la piel? Orlada por los blancos cañones de su gorra almidonada, la cara de sor Poli semejaba exquisita labor de un miniaturista del siglo XVIII, beldad aristocrática que gustó de retratarse con las galas del monjío.

Ay! affligidísima estaba sor Policarpa de la Santísima Sábana. Y envidiaba la suerte de sor Rudecinda, de sor Mariana, de sor Natividad, compañeras suyas de claustro, que tenían la tez de cuero amarillo, ó las narices de trompeta ó la bocaza de espuerta, santas mujeres libres de la preocupación de aquel espantoso peligro en que ella se veía: el de inducir al pecado, siquiera fuese mental, á las almas distraídas ó poco temerosas con quienes tropezaba en su camino.

Ni su confesor, ni la madre Superiora pudieron con sus sabios consejos tranquilizarla; y así, unas veces valiéndose de un largo alfiler se arañaba la mejilla, otras provocaba cruelmente una ampolla por medio de candente hierro y otras restregaba con pimienta los párpados para que le manaran los ojos y pasara por tuerta, ya que si se los arrancaba, como santa Lucía, no

podría servir al convento en sus correrías limosneras.

Pero, tuerta, arañada y todo, su hermosura era tanta que trascendía por donde iba, perfume revelador tras del cual osaban seguir miradas concupiscentes y perversas. La esclavita sentía el fuego del pecado abrasarle la cara, cual si tuviera cerca los tizones infernales y rezando, los bonitos dientes apretados por el terror, andaba, volaba, de calle en calle, de casa en casa, arrastrando la vista por el suelo hasta llegar al convento en que la alzaba para saludarle con alborozo, muro salvador de su inocencia, llenas las manos antes de escrúpulos que de limosnas. Y postrada ante el ara sacra decía al Esposo amado:

—Señor! no es mi voluntad, es esta cara que me habeis dado. Ella es señuelo del vicio que me persigue y cuanto más hago por afearla, más bella parece al pecado y más provocativa. Por qué no me mandais ¡oh Señor! unas horribles viruelas que me desfiguren ó un asqueroso cáncer que me coma media nariz y la mejilla entera? por qué no me cubris de lepra y de costras repugnantes? así al menos, Señor, nadie me mirará y todos de mí se apartarían.

Lloraba sor Poli amargamente, pegados

los labios á las baldosas, puestos los brazos en cruz; y á todo esto nada respondía el Esposo, inmóvil en su hornacina dorada.

Un día ¡ay! un día, un hombre que, sin duda, era el mismo demonio, aunque no asomara el rabo por bajo del gabán, la siguió tenazmente en toda su caminata, esperándola en los portales, plantándose en las esquinas, taconeando detrás de ella hasta la puerta del convento donde debió darse de hocieos con el santo emblema bajo cuya protección moraban las místicas esclavas, porque no pasó del umbral ni intentó pasar siquiera. Y al día siguiente y al otro y al otro el hombre del gabán, el apuesto demonio, la acompañó también con igual tenacidad y con igual taconeo... Lo raro fué que sor Rudecinda, sor Mariana y sor Natividad, á quienes tocó ir con ella en estos dolorosos días de prueba, si miraban al perseguidor hacíanle desaparecer; sólo la infeliz sor Poli, presa de espantosa aflicción, de invencible terror, le veía y le oía de continuo, aun fulminándole con sus bellos ojos indignados y expresivos.

Ni ella ni sus compañeras nada quisieron decir para que no las motejaran de visionarias ó aprensivas; y el medio que halló sor Poli como el más seguro de ahuyentar á su

enemigo fué darse un corte atroz con un vidrio desde el ojo derecho hasta la comisura del labio: así debía estar feísima y aquel mal hombre no podría por menos que desengañarse y dejarla en paz. Pero, ó el tajo no la afeaba tanto ó el maldito se cuidó muy poco del accidente ó gustaba más de ella con el surco sangriento, que era como la veta purpúrea que de ciertos mármoles jaspea la blancura, porque, en la misma forma que los días anteriores, anduvo su perseguidor tras de su hábito. Loca de angustia, sor Poli contó lo que la ocurría al padre Genaro, su confesor, y á la madre Superiora; é interrogadas cuantas hermanas en aquellos días acompañaron á la monjita, se resolvió, sabia medida de prudencia, que no saliera más á la calle y se entretuviera en otros menesteres caseros y de suma diligencia, con lo que ella se tranquilizó y se tuvo por sana y salva.

Situado el convento de la Divina Faz en las afueras de la población, cercado aparecía de una tapia maciza y muy alta, erizada de agudas púas de hierro; todo el ventanaje, de hierro era también, con tupidas celosías, y las puertas tan bien defendidas con cerraduras y trancas, que allí no entraba sin permiso más que la luz y el aire.

Como no fueran las ánimas, hendiendo con sus cuerpos impalpables las paredes, ningún bicho viviente, sin el pase de la madre Superiora, tenía acceso á la santa casa.



Pues, una tarde que subía sor Poli al coro á cantar el *Flos*, descubrió acurrucado en el sitial penúltimo de la izquierda á su perseguidor con su gabán y todo. Dió un ala-

rido la esclavita y se vino al suelo, imagen de piedra que cae ruidosamente de su peana...

Cómo y por qué arte diabólico pudo llegar hasta la escalera del coro el mal hombre? escondiéndose en la iglesia? tal vez, descuido del sacristán, á quien la madre regañaría seguramente. Auxiliada sor Poli y repuesta del susto, se admiraba luego de no verle allí, de tal manera que en el mismo penúltimo sitial de la izquierda estuvo sentada valientemente todo el tiempo sor Mariana, haciendo sonar la trompeta de sus narices á cada párrafo de la letanía.

El bueno del sacristán, que en esto de las visiones de las monjas no tenía arte ni parte, por supuesto, cobró un regaño de madre y muy señora mía; se reforzaron tranecas y cerrojos, kiries y rosarios y sor Poli ayunó tres días y se pasara la vida á pan y agua si se lo consintieran. Pero, ni cerrojos, ni oraciones, ni los exorcismos del padre Genaro, que, hisopo en mano, roció todo el convento, evitó que la temerosa visión masculina se mostrara en claustros y celdas, en la iglesia y en la huerta, ya taconeando sobre las losas, ya en los aires haciendo volatines á caballo sobre la vela de la torre. La alarma, el escándalo, la

aficción se apoderaron del asustadizo rebano monjil y desde la Superiora hasta la tornera sentían flaquear el ánimo apenas anocheía, las jóvenes sobre todo, que eran ellas las más perseguidas y con más saña conturbadas.

Blanca como un lirio celestial, sor Poli, humillada ante el ara sacra, rogaba fervorosamente al Esposo:

—Aparta ¡oh Señor! de nosotras, de tus humildísimas esclavas, esta calamidad. Castiga en ésta que aquí postrada ves, la más indigna de todas, el pecado de ser hermosa y caiga sobre esta cara provocadora el bofetón ejemplar que ha merecido de tu diestra justiciera.

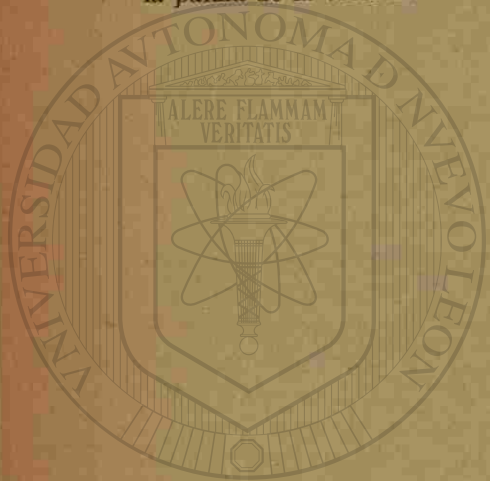
Y en la iglesia vacía, que tal cual cirio alumbraba sepulcralmente, se oyó una gran voz que parecía bajar de la hornacina dorada como si fuera el Esposo el que hablaba:

—Oh inocente, oh ingénuo, oh boba esclava mía!—pronunció la voz sobrenatural—en qué cabeza, que no sea la de una paloma sin hiel, puede caber que esta revolución se debe tan sólo á los atractivos de una cara bonita? no es tu cara, no es tu hermosura pasajera: es la juventud, es el sexo, es la carne, hecha para crear la vida y que se

resiste y subleva ante la inacción y la muerte. Y si la vida material es lucha ¿no ha de serlo la conquista de mi Reino? y si todo sacrificio para mí es agradable ¿no he de tenerlo por heroico el que pasees tu hermosura entre las llamas del peligro y no te quemes y el que con ella pases por el lodo y no la manches? Serías, acaso, más digna del prometido Paraíso si, fea y sin encantos, encerrada estuvieras en fortaleza inaccesible, aislada del mundo y de toda tentación? ¿qué habrías hecho en mi holocausto? ¿contra quién habrías luchado? ¿qué resistencias y flaquezas habrías vencido para perfeccionarte y espiritualizarte? ¡Oh inocente, oh ingénuo, oh boba esclava mía! toma tu cara, que es tu cruz, torna á esas calles y no temas, mujer de poca fé!

Dicen unos que á sor Poli la hallaron muerta al pie de la hornacina, la cara toda negra, como chamuscada; otros que fué al pie de la torre, adonde cayó de una ventana huyendo de su perseguidor y estaba hecha pedazos, sin duda porque para sacarla el alma hubo que partirla como una nuez para coger el sabroso fruto: pero estas son consejas sin fundamento. A mí me consta, por haberlo comprobado en los archivos de la Divina Faz, que sor Policarpa de la San-

tísima Sábana murió de vieja en el convento, sin visiones ni sustos, tranquila y feliz, con la confianza de quien espera alcanzar la palma de la victoria.



EL YIMBAHÉ

EL gran cacique Arraskaël-Simá, que en lengua india quiere decir Hijo del Trueno, enfermo de grave mal, agonizaba. Viejo, desfallecido, la soberbia cabeza desguarnecida del plumero régio, el bronceo cuerpo desnudo, miserablemente agitado por el sufrimiento y la fiebre, aparecía en el fondo de su tienda sobre rica piel de leopardo, que era su lecho y su trono. Sus armas, la lanza, el hacha y el arco, allí estaban junto á él; pero ¿dónde el brazo potente que en la cumbre y en la llanura supo esgrimir las con denuedo? sus trofeos, los cráneos y los collares de dientes, allí estaban cerca de él; pero ¿dónde el ánimo esforzado que los disputó á la victoria? Arraskaël-Simá, el hijo del trueno, agonizaba en su tienda, una tarde de la segunda luna del año funes-

to. Y acariciando con sus tristes ojos á sus mujeres, acurrucadas en su redor, á los mozos, sus hijos, que contraían la feroz carátula con el llanto, á los parientes, amigos y súbditos que alcanzar pudieron el favor de asistirle en aquel su último trance, así plañía:

—Mañana, cuando brille el rocío á la luz del alba sobre las hojas y en el cielo esté pronta á desaparecer la estrella madre, vuestro esposo, vuestro padre, vuestro rey habrá muerto. Del que fué terror del cristiano y en cien combates ganó el título con que mi pueblo me ha honrado; del que fué guía, amparo, modelo vuestro; de mi poder, de mi grandeza, de mi valor no quedará más que un puñado de cenizas dentro de una vasija de barro, enterrada en un campo ignorado con otras vasijas y otras cenizas desconocidas. ¡Oh funesto destino! oh cruel Rashamí, genio del mal, el de la cola de serpiente, que así lo habéis dispuesto! No volveré ya á presidir vuestros consejos! oh ancianos! ni á llevaros á la pelea á vosotros, mis guerreros! ni á beber en mi cráneo favorito con vosotros, mi familia amada, la caliente y sabrosa sangre del caballo recién sacrificado. No veré más el cielo cubrirse de estrellas en las noches templadas, ni oiré

más al trueno, mi padre excelso, retumbar en la montaña... Oh! Rashamí, genio del mal, el de la cola de serpiente, ¿por qué te muestras insensible á los sacrificios y destruyes mis fuerzas y me arrebatas la vida?

—Señor! gimieron las mujeres—has sido bondadoso! ¿qué haremos por salvarte?

—Señor! sollozaron los hijos—has sido cariñoso, ¿qué haremos por salvarte?

—Señor!—clamaron los parientes, los ancianos, los guerreros, los súbditos—has sido noble, has sido sabio, has sido valiente—has sido misericordioso, ¿qué haremos, qué haremos por salvarte?

Arraskaël-Simá inclinó la cabeza y suspiró, león mortalmente herido.

—Qué haremos?—repetían las voces del concurso, en generosa emulación—quieres nuestra piel, nuestra sangre, nuestra vida, nuestra hacienda?

—Todo eso que decís he sido yo—dijo melancólico el cacique—á nadie hice daño por gusto. Luzambá, el genio del bien, el de las garras de plata y ojos de diamantes, inspiró siempre mis actos de esposo, de padre, de rey... Por qué, pues, me desampara y entrega á Rashamí sin defenderme? Oh Luzambá, el de las garras de plata y ojos de

diamantes, ven, acude á mí, ¿no habrá remedio para mi mal?

—Sí le hay, ¡oh gran cacique, hijo del trueno!—contestó una voz desde la puerta de la tienda.

Era el gran hechicero, Masnouma, el de la frente nendida, el cual avanzó llevando enroscada al cuello la verde culebra adivinadora del misterio.

—Masnouma, hijo mío!—exclamó Arraskaël-Simá refrigerado por un soplo de esperanza—es Luzambá, el divino, quién te envía? mensajero suyo eres y me traes de su parte la salud? me traes, piadoso Masnouma, la fuerza para resistir al dolor y vencerle? vienes á apagar este fuego que las entrañas me consume? acércate, habla, ¿qué dicen los augures? qué dice la verde Silklana que te acompaña?

—Dicen las aves en su vuelo—respondió el hechicero—que tú salvarás y otra vez serás fuerte y sano; la azulada flor del sapiró afirma que vencerás pronto al dolor y Silklana, que en mi oído mete ahora su afilada lengua, me asegura que antes del alba estarás de pie si se encuentra el remedio que te hace falta.

—Y qué remedio es ese? habla Masnouma, que el tiempo pasa y el peligro aumenta.

—El yimbahé—contestó solemnemente Masnouma.

—La semilla de la gratitud!—tradujo el cacique.

—Sí, ¡oh rey!—repuso Masnouma—hay que buscar semilla de yimbahé, machacarla bien, mezclarla con lágrimas sinceras y tomarla en dos veces. Sino, morirás.

—Pues corre, Masnouma, ¿qué esperas? en cualquier huerto la encontrarás, ¡he hecho yo tanto bien! no has de encontrarla, Masnouma! en cuanto á las lágrimas que se necesitan, ríos de ellas, tan sinceras como el amor mío, me prestarán estas esposas, estos hijos, estos amigos que aquí están... Corre, Masnouma, corre y no tardes!

Salió el gran hechicero y rendido por la emoción y el esfuerzo, cerró los ojos el cacique. Reinó en la tienda miedoso silencio. El haz de ramas olorosas, que en un rincón ardía para ahuyentar á los malos espíritus, crepitaba con quejidos lastimosos.

Poco á poco, uno á uno, sin ruido, como sombras que huyen de sí mismas, fueron saliendo cuantos en la tienda estaban: primero los súbditos, luego los amigos, los parientes, los hijos, las esposas. Y cuando Arraskaël-Simá, el hijo del trueno, abrió los ojos, se vió solo... Afuera lanzaban los

mochuelos su fúnebre chillido. La enorme esfera de la luna, amarilla como de oro bruñido, parecía iba á descolgarse del cielo.

—Dónde estáis, que no os veo—murmuró el moribundo—son mis ojos, velados ya por la muerte, que no alcanzan á veros ó realmente no hay nadie cerca de mí? por qué no me respondéis?

Nadie respondió, nadie más que el mochuelo y el chisporrotear de la leña. El valiente corazón del cacique se encogió de pesar en aquella hora suprema.

—Oh mi familia amada! oh mis amigos, por qué me abandonáis?—dijo, uniendo sus quejas á los de la hoguera, su sola compañia.

Oyó pasos, distinguió una sombra, palpó con la mano temblona y ardorosa una cabeza humillada...

—Te reconozco—exclamó alborozado—eres Masnouma! traes el yimbahé?

—No le traigo, señor—contestó roncamente el hechicero.

—No le traes! Masnouma, hijo mío, ¿qué dices?

—Digo que no le traigo—respondió Masnouma—porque no le he encontrado en ninguna parte.

—En ninguna parte, Masnouma!

—No, gran cacique! dignate escucharme: fuí primero al huerto de Tircato-Amá, el de la nariz partida, y en todo él hallé rastros del árbol sagrado.

—Sin embargo, Masnouma—dijo tristemente el cacique—salvé á su hijo de la muerte, y ese huerto mismo es regalo mío!

—Luego—prosiguió Masnouma—al de Sisahá, el maldito...

—A Sisahá cedí la mejor de mis mujeres, Pameka, la de los senos de diosa, y libré del castigo que sobre él pesaba por sacrilegio.

—En el huerto de Sisahá tampoco hallé el árbol sagrado. Fuí entonces al de Germané-Pihó, aquel que tu magnificencia cubrió de honores, Germané-Pihó, el anciano más sabio...

—Y tampoco, Masnouma?

—Tampoco, señor. Rastros sí, de haber sido plantado, pero debió de secarse de pequeño por falta del riego necesario.

—Prosigue, Masnouma, prosigue.

—Es señor...

—Qué, Masnouma? quieres ahorrarme mayor pena que la que me das con tu doloroso relato? el número de ingratos en la tierra es tan grande como el de las arenas del mar. Prosigue.

—En el huerto de tu hermano, Rimané-Aspagí, el de la cabeza de tigre... Tampoco, señor, tampoco.

—Oh, mi hermano!—suspiró el cacique—oh, mi amado Rimané-Aspagí, á quien di la mitad de mi hacienda y he protegido siempre con toda la efusión de mi corazón generoso! Dime, Masnouma, ¿no había si quiera una seca estaca como en el de Germané-Pihó, el anciano más sabio?

—Nada había, señor. Donde hallé una estaca igual es en el huerto de Ohamana, la estrella de la tarde, tu favorita.

—Ohamana también! seca, Masnouma? recuérdalo bien, ¿no tenía brotes nuevos, hojillas verdes, precursores de la divina semilla?

—No tenía, señor. Recuerdo bien que estaba más seca que la del anciano. En cuanto á tu primogénito, Alkaré-Simá, el hijo de la luz, no se ha cuidado de cultivarlo ni pensó en plantarlo jamás.

—Alkaré-Simá, mi primogénito, mi heredero!—lloró el cacique.

Calló Masnouma. Y de pronto, levantando la abatida cabeza, con voz doliente preguntó el moribundo:

—Y tú, Masnouma? no has plantado, no has cultivado en tu huerto el árbol sagra-

do? A tí te libérté de las crueles manos de los cristianos, exponiendo mi cuerpo á sus balas: te he hartado de riquezas; contribuí á la felicidad de tu hija, Aspirana-Falá, la del talle de palma, elevándola á mi tálamo... Tampoco posees tú la semilla salvadora, el precioso yimbahé que todos, todos me niegan?

No contestó Masnouma, el hechicero. Deslizándose como los otros, con la silenciosa agilidad de Silklana, su compañera, había huido de la tienda y al angustioso reclamo del cacique respondieron afuera los mochuelos, adentro la hoguera.

Arraskaël-Simá, el hijo del trueno, solo, abandonado, se desplomó sobre su piel de leopardo. Cuando el alba, esmaltada la blanca túnica con los diamantes del rocío, se asomó á la puerta de la tienda, le vió muerto, sellados los labios por amarga sonrisa...



ANTROPOS

ANTROPOS, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares, subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agen-

tes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.

Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

—No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verles continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual

con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió de orgullo al sentirse tan alto, lejos para siempre de la misera caterva á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.

—Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni sér viviente que la hollase; el rumor de los dé abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoismo, armado de todas armas, guardaba las puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegaba su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

Una tarde escuchó ligero ruido que en aquel silencio parecía estrépito, y Antropos divisó dos condores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso, llamó por tercera vez á sus genios.

—No quiero que otro que yo reine en el espacio—les dijo.—Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda que las nubes se amontonaban vergonzosas á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco que el silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: su trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de so-

les. ¡Oh, rabia! ¡oh, humillación! encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué servíale su ciencia? ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.

¿Quién más alto que él? Abajo, las nubes cubrían ya la torre y en un océano de vapores se sumergía la tierra entera: Antropos, el único, el soberano, tocaba ya á las estrellas, las insolentes disputadoras de su poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre arriba. Sobre las ondas del éter navegaba como en la inmensidad de un mar azul, desierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su ma-

dre, la tierra, y de los hombres, sus hermanos, la vida que animaba el cuerpo de Antropos, el calor que encendía su sangre y la lámpara de su cerebro iban deprimiéndose y apagando: sus miembros temblaban, le zumbaban los oídos, los ojos se le cubrían de nieblas espesas, y el pensamiento poco á poco quedaba aterido, como pájaro que sepultó la nieve. Su compañera, la Medicina, quisiera prestarle auxilio, pero ella también se sentía impotente en la majestad solemne del espacio, ella, hija raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siempre. Antropos, en el fondo de la barquilla, no percibía ya el fulgor de los mundos sobre su cabeza. Tenía los ojos cerrados y no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixiado en el vacío.

LAS TRES ESMERALDAS

S EÑOR, ayúdame!—clamó una voz en la llanura desolada.

Volvió Jesús el divino rostro y se detuvo; á sus pies estaba el Alma, desnuda y aterida, que imploraba la compasión del misterioso caminante, los brazos en cruz, secas las cuencas de los ojos. Horrible era el silencio de la noche; el torrente de la revolución social había inundado el llano, destruido hogares, ganados y mieses, apagado los hornos de las fábricas, derribado el ara del templo. Conciencias y corazones yacían en siniestra obscuridad, y como cuervo sobre el campo de matanza, revoloteaba la Duda entre las ruinas. Dijo Jesús:

—¿Qué me quieres?

Y asida á su blanca vestidura, el Alma, de rodillas, suplicó:

—Mira, Señor, cómo estoy y apiádate de

mí. Todo lo perdí y no me queda más que escaso aliento para arrastrar el esqueleto, dentro del cual me consumo y agonizo. Apenas salté del regazo materno, perversas compañeras me quitaron la flor de la inocencia, y clandestinamente y á mansalva luego, unos que llaman filósofos y reformadores me arrancaron las alas de la imaginación, ahogaron mis idealés, entorpecieron mis sentimientos y enseñáronme á renegar de Dios, borrando su santo nombre de mi memoria. Enseñáronme otras cosas nefandas, que el mal ejemplo disculpaba y celebraba, é hicieron de mí un sectario de dos ídolos monstruosos, el Ateísmo y la Anarquía. Porque su obra fuera completa, de las regiones del Norte vino negra bandada de ideas que cegaron mi razón. Así no soy yo quien ejecuta, sino ellas que me impulsan. Quiero, y no puedo querer. Mi voluntad no me obedece, mi razón no me guía; tengo ojos y no veo; lengua, y rechaza la oración que yo la dicto, para repetir la blasfemia aprendida. Mis piernas andan por otros senderos que los rectos y fáciles á que las encamino. Mi hambre y mi sed no las apagan las modernas filosofías. ¡Señor! ¡quiero creer! Que me devuelvan las doradas ilusiones de mi infancia, todo cuanto

me han robado y en este naufragio universal he perdido. Luz, para gozar de tu vista. ¡Apiádate de mí, Señor! ¡quiero creer, quiero amar, quiero rezar, quiero soñar!

Jesús lloró. Y tendiendo su manto sobre el miserable, le ordenó que le mostrara el corazón. El Alma abrió su pecho y mostró el corazón, que era á modo de manzana comida de gusanos.

Puso en él las manos Jesús y le curó. Luego sacó tres esmeraldas, gordas como nueces, y se las dió.

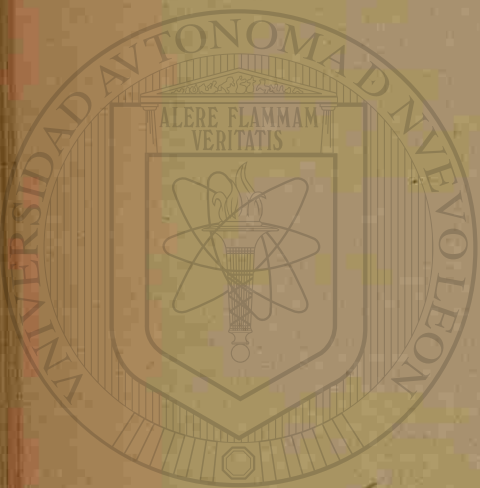
—Toma —dijo Jesús.—Te doy la Fe, la Esperanza y la Caridad. Guárdalas, cuida de que no te las roben en el camino, y serás feliz.

Al mismo tiempo sopló ligeramente sobre ella y la mandó que se levantara.

—¡Levántate y anda!

Como Lázaro, el Alma se levantó y anduvo. Y el hálito divino enjugó la tierra, encadenó el torrente, cubrió de verdor el prado y alivió miserias y destrozos.

Y en lo más alto de la montaña alboreó el nuevo día, iluminando la risueña llanura...



LIBERTAS

MELANCÓLICO y silencioso, cruelmente amarrado por la cintura á larga cadena de férreos eslabones, como reo de espantoso crimen, no en negra mazmorra sino en florido balcón el prisionero se consumía de tristeza. Los amables cuidados de su guardián; los suculentos plátanos que para entretenimiento de su gula le ofrecían; aquellas mismas flores que cerca de él le burlaban con sus colores alegres, eran parte á aumentar su malhumor y desabrimiento.

Pensaba en las travesuras de su infancia; en sus ágiles ejercicios de gimnasia de rama en rama; en sus escapatorias amorosas con doña Mica, la mona más graciosa y sandunguera, de la familia de los Micones, familia muy principal y bien quista. Pensaba en aquel día aciago en que cayó tor-

pemente en horrible cepo y todo contuso y dolorido en las manos de la fiera humana, perdiendo ¡ay! su libertad para siempre, que más le valiera perder la vida entre las fances de un tigre asesino. Y pensando en todas estas cosas, Miquín se rascaba furioso, paseando las rosadas nñas de sus manitas peludas entre la felpa castaña de su cuerpecillo. Ay! su selva lejana, su ardiente sol tropical, su doña Mica adorada no volvería á verlos jamás! condenado á cadena perpétua, pronto moriría de frío y de pena en el florido balcón donde, á las horas de sol, sol fementido que no calentaba, le ponían para distraer su esclavitud y engañar su fantasía.

Tan melancólico cual de costumbre estaba una tarde Miquín y ni catava los plátanos, más quieto que si fuera de barro cocido, ni se rascaba siquiera, tarea para él muy grata, cuando en el balcón de enfrente, calle por medio, surgió de pronto la más encantadora visión que en sus años de cautiverio ante sus cansados ojos había aparecido: la de una mona gentilísima que caminaba por la barandilla con tal soltura como la volatinera más consumada. Estiró los párpados Miquín, muy grandes, todo lo grandes que pudo, para saciarse en la con-

templación de doña Mica, porque el corazón y los ojos le decían que era aquella doña Mica, la misma que enseñaba su trom-



pa desvergonzada y hasta las sonrosadas peladuras en salva sea la parte... Gritó Miquín para que le oyera y si no es por la cadena se arroja á la calle de cabeza. Hermo-

sa doña Mica! ella también prisionera, ella también en las manos perversas de la fiera humana!

Tal tiberio armó Miquín en su balcón, porque le viera, llamándola, que hubo de percatarse doña Mica de su vecino y en medio de una zapateta le echó una mirada oblicua. El en su lengua, la dijo:—¡Mona!... y ella le contestó:—¡Mono!... quedándose los dos mirando como hipnotizados.

Qué charla luego de balcón á balcón, qué delicioso intercambio de impresiones, qué efusión de amorosos sentimientos! Porque así como Miquín no había olvidado á doña Mica, tampoco doña Mica había olvidado á Miquín, consagrándole todos sus pensamientos. La pobrecilla, con menos suerte que su amigo en poder de gente rica y bondadosa, sufría el yugo de un desalmado titiritero, que la hartaba de palos, llevándola por todas las esquinas vestida con una irrisoria enaguilla encarnada y haciéndola bailar ante las burlas de los desocupados. Si la cosecha del día era regular, la daba una corteza de pan duro á roer; si era mala la cosecha la daba una paliza y á la cama sin cenar ¡qué cama! un ruedo lleno de miseria, no el acolehado y blando almohadón de Miquín.

Mucho se afligió Miquín con tan triste relato. Y la idea de vengar á doña Mica, de salvar á doña Mica, recobrando ambos su libertad, se le metió entre los pliegues de su estrecha frente. Como no había peligro que le entendieran, si le oían, gritó á la vecinita:

—Si nos escapáramos, monina?

—Ay! qué bueno sería, monín!—contestó ella haciendo visajes.

Escaparse! era volver á la patria selva, saltar y balancearse en todas las ramas á su antojo, beber del agua fresca del coco en el mismo hueco, repetir las dulces monerías pasadas á la orilla de los dilatados rios ó entre la fronda espesa. Escaparse! bueno, pero ¿cómo? Palpó Miquín su cadena y se convenció de que él solo no podría romperla... Mas ¿qué necesidad había de romperla? entera y todo la dejaría al amo, que era él un macaco muy escrupuloso y sobre su conciencia no quería que pesara la responsabilidad de un estropicio.

Probó á quitársela sin desatarla, porque esto era tan imposible como romperla, y notó con júbilo que, al menor esfuerzo, el cuerpo, enflaquecido de sus melancolías, se escurría fácilmente fuera del anillo opresor. Decidió entonces esperar que anoche-

ciera y antes que el guardián viniese por él para enjaularle, quitarse el grillete, saltar á la calle, subir al balcón de enfrente, nuevo Romeo enamorado, arrebatarse á doña Mica que, por su genio manso andaba libre de ligaduras, y largarse á la selva que por allí cerca debía estar, según sus cálculos, salto más ó menos.

No suele la fortuna ser propicia con los planes de amor, pero esta vez quiso mostrarse tan pródiga en favorecer los del atrevido mico de mi cuento, que llegó hasta hacer que se olvidara el guardián de su obligación y cayera un chubasco, que barrió la calle de transeuntes importunos á la misma hora en que Miquín abandonaba honradamente la cadena, deslizábase hacia abajo, trepaba ágil al balcón de doña Mica y los dos se arrojaban de cabeza al arroyo, sin pensar que pudieran desnucarse...

En aquel primer acto de su libertad sufrió la dama una magulladura en la rodilla y el doncel un porrazo en el hombro; pero, la alegría de verse juntos les quitó todo dolor. Libres! independientes!! anecho era el mundo para los dos.

Llovía á mares y como doña Mica había olvidado su falda encarnada, sintió mucho frío: calado también, Miquín tiritaba y no

llevando paraguas, trataban de guarecerse en los portales, buscando árbol donde cobijarse. A cuatro patas, por andar más de prisa, fueron á parar hasta una frutería, donde las doradas naranjas, las montañas de manzanas, los racimos de plátanos, espléndida y apetitosa exposición, tentaron á doña Mica.

—Mira qué naranjas, Miquín—dijo con el tono que debió emplear Eva en el Paraíso—si no cojo una, no podré seguir.

Observó el caballero que la frutera dormía como un poste y se introdujo en la tienda, tanto para contentar á su amiga y el propio apetito, como para resguardarse del temporal que, mal de su grado, á uno obligaba á pensar en su caliente almohadón y á la otra en su rueda mísero. Entraron, pues, y ésta quiero, ésta no quiero, en todos los cuévanos metieron la zarpita y de todo probaron tan á su placer, que jamás recordaban haber cenado mejor. Bendita libertad, que tal gaudeamus les brindaba!

Y ocurrió que, del mucho é imprudente zarpear, uno de los cuévanos se vino al suelo, rodaron como pelotas las naranjas, se despertó la dueña, ladró un perro, que también dormía en un rincón, y el perro y la dueña cayeron sobre los dos intrusos, la

dueña con un palo, el perro con sus dientes... Oh! amor! oh! libertad! á lo que expones á los macacos mal aconsejados, aventureros y temerarios!

En aquel momento, de espantosa y nunca vista confusión, ni Miquín se acordó de doña Mica, ni doña Mica de Miquín: el instinto de conservación es tan poderoso en los monos como en los hombres y así pudo verse á Miquín, de un salto colosal, ponerse á salvo en la calle y huir medio derrengado y sangrando, y á la infeliz doña Mica sucumbir entre una dentellada y un palo de sus feroces perseguidores... mientras en pos del fugitivo salía un mozallón, que acudió de la trastienda con descomunal garrote, y unos chicos con piedras y otros mozos y otros chicos, legión malhechora vomitada por cada portal, con más piedras y más garrotes y tal estruendo de ventanas que se abrían, de puertas que se cerraban, de cristales rotos, de voces, de risas y de llantos que parecía llegado el fin del mundo, airados todos detrás de Miquín y Miquín en volandas delante de todos.

Quiso la buena suerte del sin ventura que le acertara una piedra de las muchas que le arrojaron (que en la desgracia el menor mal es favor) y derribándole le arreba-

tase el torrente y arrastrara hasta la aleantilla próxima, en cuya negra boca, envuelto en las corrientes aguas, cayó Miquín como un guijarro, desapareciendo de la vista de la turba maleante.

Cayó Miquín, digo, medio ahogado y hecho una lástima; así y todo en su desesperada defensa pudo agarrarse de algo seguro, que acaso sería algún saliente ó relieve de la obra de mampostería, y hasta sentarse con simiesca comodidad á esperar que pasara el torrente, la lluvia y el peligro, temblando de frio, de dolor, de angustia; pensando en doña Mica y más que nada en su balcón florido y en su almohadón.

Ignoro cuántas horas estaría allí sepultado. Para su ansiedad debían ser muchas; pues, así que disminuyó el agua y afuera dejó de oirse todo ruido, de aquí me cuelgo, de allí me suelto, con no escaso trabajo logró Miquín hallar salida y asomar el morro á la calle, desierta, ofreciéndole su manto de sombras para encubrir su fuga. No gastó mucho tiempo en reflexionar, sino que de un salto, que le costó doloroso gemido, tan aporreado estaba, se largó otra vez al arroyo en busca... ¿de doña Mica? ay no! de su balcón, de su cadena y de su almohadón.

Hacia qué lado marchar? estaba muy lejos? llegaría á encontrarlo? Fué rastreando como pudo y supo, mas no necesitó dar muchas vueltas, que en su escapatoria muy poco se había alejado, y en la misma esquina, todo jubiloso, alcanzó á reconocerle, inclinadas hacia la calle las lindas flores de sus tiestos, cual si le hicieran señas y le llamaran. Figurósele á Miquín que su prisión era placentero lugar de delicias y con igual prisa que para escapar de ella mostrara trepó alegremente, muy contento de que no le hubieran echado de menos; él mismo se embutió dentro de la argolla, decidido á no volver á quitársela, y rendido se durmió enseguida, pensando, acaso, escarmentado, que esclavos somos todos: los monos de los hombres ó de otros monos más fuertes ó de monas muy listas; los hombres de los hombres ó de las mujeres ó de sí mismos y que la libertad sin el freno de la ley, tal como la entiende la malicia, la solicita el instinto y el deseo la pinta, no existe más que en la imaginación, á la que suelen ocurrir aventuras tan desastrosas como la del triste Miquín y la infeliz doña Mica.

PSICOLOGÍA

DE Juan Vano no han quedado rastros en la historia. Nadie sabe por qué se volvió loco, ni se acuerda ya de aquel muchacho pálido, de tipo romántico, que decían muy inteligente y en todo parecía despuntar, genio casero de bajo vuelo que no logró subir más arriba del tejado, altura suficiente para la total ruina de sus alas de cera y el obligado chapuzón en el mar del olvido. Ni la historia, ni la amistad recuerdan á Juan Vano, y eso que la amistad, generosa siempre en el aplauso, le puso el hombro y le ayndó á que subiera, de lo cual se deduce que no está el toque en subir, sino en sostenerse arriba.

La única que hoy conserva piadosamente la memoria de Juan Vano es su abuela, respetable señora que os dirá palabra por palabra.

—Era un portento de inteligencia, de gracia y de bondad. ¡Qué no sabía hacer! y

Hacia qué lado marchar? estaba muy lejos? llegaría á encontrarlo? Fué rastreando como pudo y supo, mas no necesitó dar muchas vueltas, que en su escapatoria muy poco se había alejado, y en la misma esquina, todo jubiloso, alcanzó á reconocerle, inclinadas hacia la calle las lindas flores de sus tiestos, cual si le hicieran señas y le llamaran. Figurósele á Miquín que su prisión era placentero lugar de delicias y con igual prisa que para escapar de ella mostrara trepó alegremente, muy contento de que no le hubieran echado de menos; él mismo se embutió dentro de la argolla, decidido á no volver á quitársela, y rendido se durmió enseguida, pensando, acaso, escarmentado, que esclavos somos todos: los monos de los hombres ó de otros monos más fuertes ó de monas muy listas; los hombres de los hombres ó de las mujeres ó de sí mismos y que la libertad sin el freno de la ley, tal como la entiende la malicia, la solicita el instinto y el deseo la pinta, no existe más que en la imaginación, á la que suelen ocurrir aventuras tan desastrosas como la del triste Miquín y la infeliz doña Mica.

PSICOLOGÍA

DE Juan Vano no han quedado rastros en la historia. Nadie sabe por qué se volvió loco, ni se acuerda ya de aquel muchacho pálido, de tipo romántico, que decían muy inteligente y en todo parecía despuntar, genio casero de bajo vuelo que no logró subir más arriba del tejado, altura suficiente para la total ruina de sus alas de cera y el obligado chapuzón en el mar del olvido. Ni la historia, ni la amistad recuerdan á Juan Vano, y eso que la amistad, generosa siempre en el aplauso, le puso el hombro y le ayndó á que subiera, de lo cual se deduce que no está el toque en subir, sino en sostenerse arriba.

La única que hoy conserva piadosamente la memoria de Juan Vano es su abuela, respetable señora que os dirá palabra por palabra.

—Era un portento de inteligencia, de gracia y de bondad. ¡Qué no sabía hacer! y

cómo lo hacía todo! otro más hábil no lo ha habido. Componía versos, novelas, dramas y comedias en un periquete, con facilidad tan asombrosa que diríase vino al mundo, así como otros con el pan bajo el brazo, con el secreto del arte aprendido.

... Desgraciadamente nada concluía. Ni poema, ni oda, ni drama, ni novela, ni comedia de Juanito se hallan terminados. Falta de constancia, de hilación, de lo que sea. Comenzaba con mucho ardor, y luego del primer arranque, cuando el esbozo de la obra adquiría contornos apreciables, la pluma se le caía de las manos y abandonaba la obra para emprender otra distinta. Así consumió sus mejores años. Y un día entró cuerdo en su despacho y salió loco, tan rematado, que hubo de encerrársele... Mire usted, todo esto es de Juanito.

Y os enseñará estudios borrosos, con manchas que quieren representar algo y en la obscuridad de las frases se anegan; figurillas deformes, sin alma; cuadernos amarillentos, tachados de arriba á bajo: el triste columbario de una imaginación abortada.

Es cuanto queda y cuanto se sabe de Juanito Vano. Qué ruido se hacía, sin embargo, alrededor de su nombre y cómo le traían y llevaban sus amigos en conversa-

ciones de café, en sueltos de periódicos y en altisonantes reclamos de toda laya! unas veces era Cervantes resucitado; otras Shakespeare, hecho de nuevo carne, ó Calderón ó Lope, ;qué sé yo! el mentís más elocuente de la monserga esa con que es moda lastimar oídos latinos y que supone la decadencia de nuestra raza.

Lo peor fué que Juanito llegó á creerlo, y según la veleta de su imaginación giraba hacia un lado ú otro del inmenso campo de la literatura, se tenía por la encarnación misma del genio y acometía la obra con pujanza tal, que la idea iba á nacer, rompiendo el capullo... y moría entre los dedos torpes del autor impotente. Dejaba entonces la pluma y la cogía de nuevo y siempre ensayando y tanteando, esperaba llegar por un camino ó por otro al templo en que las trompetas amistosas le tenían señalado alto sitial.

No pasó del tejado doméstico, según la verdad, cuya voz es inútil pretender ahogar, ha comprobado escrupulosamente, y con ser sitio poco elevado, allí perdió la cabeza, sin que haya vuelto á encontrarla. De cómo la perdió es lo que nadie sabe y yo voy á contar.

Dominado por su manía artística se esta-

ba Juanito Vano en su despacho del quinto piso en que vivía, muchas horas, á lo mejor sin comer, olvidado del mundo en la sublime distracción de su parto laborioso. Vestido con larga blusa de lana, coronadas las rubias guedejas por una boina azul, trazaba cuartillas y más cuartillas... La idea no salía, no aparecía tal como él la veía dentro de sí mismo. Y borraba cuanto había comenzado, para empezar de nuevo. Y otra vez á borrar y á comenzar. Al fin se interrumpía, furioso. En su terquedad de creador inhábil, se golpeaba la frente y mordíase los dedos.

Una tarde, entre las dificultades de una escena dramática, rompió la pluma en dos pedazos. Y Juan Vano, satisfecho de esta venganza, se puso de codos en la ventana á contemplar el sol en su ocaso. Un silabeo sonoro, un grato rumor de cascada le trajo la brisa, desarrugando su ceño de vencido. Miró y vió á un hombre ya viejo, de luegas guedejas como las suyas, pero blancas, y pálido como él, que en una ventana cercana declamaba versos, desconocidos, tan hermosos que eran á manera de sartal de perlas fluyendo de sus labios. Y Juan oyendo encantado y el viejo declamando quedaron hasta que vino la noche; y á la tarde

siguiente nueva aparición del declamador y mayor hechizo del vecino, que ya no pensó sino en averiguar quién era y por qué á la misma hora salía á decir sus versos á las palomas de su boardilla.

Mas, no pudo averiguar nada y hubo de contentarse con escucharle y admirar, á fuer de buen entendedor, las más peregrinas poesías que conoció en su vida. No se cansaba Juan de oirlas, y tanto llegó á entusiasmarse, que habría deseado decir al anciano:

—Permitidme, señor, que os aplauda y envidie. Quién sois que así conmovéis mi ánimo tan deliciosamente? Aceptad el homenaje de un mal poeta, de un artista frustrado, al que negó Dios el fuego sacro y quisiera, con más voluntad que entendimiento, traducir lo que siente y siente más de lo que mostrar en mala forma sabe.

A estas palabras quizá contestaría el viejo misterioso cerrando su ventana y no pareciendo más á la vista de quien se atreviera á interrumpir la paz de su retiro; lo que movió á Juanito á asistir en silencio cada tarde á aquella escena en que la inspiración, aún caduca, elevaba el vuelo con gallardías de águila, segura del espacio infinito del que es soberana.

Y no atreviéndose á hablarle, desecso de arrancarle el secreto que su ramplona juventud envidiaba, mágico resorte que su mano ignorante no sabía encontrar, le espió á todas horas siempre que la ventana lo consentía y siempre le vió ya paseándose meditabundo por la humilde estancia, ya sentado en su sillón de cuero: cuando paseaba, los hermosos rasgos de la fisonomía en reposo; sentado, alterados por extraño sufrimiento. Y una noche que la ventana quedó abierta, Juan no se contentó con espiar desde lejos, sino que, acosado por la febril curiosidad que el viejo singular le inspiraba, por un estrecho y peligroso paso que unía su despacho á la boardilla, se aventuró valientemente y deslizó la mirada por la rendija... Estaba el viejo sentado en su sillón de cuero, reclinada la cabeza sobre la siniestra mano, mientras la derecha se alargaba sobre el papel que, delante de él en la mesa de trabajo, á la luz de la lámpara exponía su blancura inmaculada. De pronto esta mano desapareció de sobre el papel, tiró de un cajón de la mesa y reapareció armada de un puñal... Entonces vió Juan una cosa horrible. Vió al anciano clavarse tranquilamente el puñal en el pecho, ensanchar el sangriento boquete con los dedos, arran-

carse el corazón y ponerlo en un platillo que junto á la lámpara había; luego, cogió la pluma, muy pálido...

Juan dió un grito y saltó por la ventana á la estancia, despavorido.

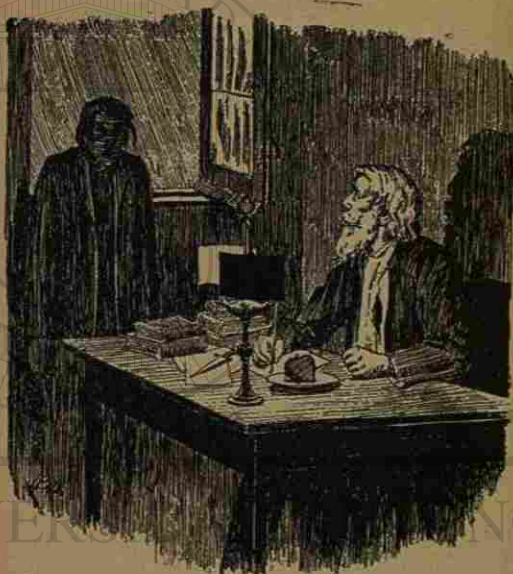
—Qué ha hecho usted?—exclamó abalanzándose en auxilio del que creía suicida y poca vida debía alentar.

—Y tú quién eres?—preguntó el descorazonado y extraño viejo, sin mostrar sorpresa, tan entero como si la espantosa operación fuera de mentirijillas—¿quién eres, que así invades mi retiro é interrumpes mi labor?

Miraba Juan el agujero del pecho, la roja víscera sobre el platillo latiendo noblemente aún, indiferente en sus mecánicas contracciones; oía la voz de aquel muerto que hablaba y no comprendía, no comprendía, horrorizado.

—Ya sé quién eres—repuso el endemoniado personaje—mi vecino, el del lado. Te veo todos los días luchando en balde por encontrar la inspiración y arrastrarte por el suelo, como quien busca entre la maleza un alfiler que se le ha perdido. Já, já! cómo me río yo de verte cortejando á la musa y ofreciéndola tu amor vulgar, cual los tenorios de oficio, para sacar calabazas y algu-

na costilla rota. Cada batacazo que das lo tienes merecido, muy merecido. Ya que has entrado aquí sin que nadie te llamara, saltador de esta morada que el mundo respeta, oye la verdad y que ella te sea prove-



chosa, ¡oh joven inexperto y vanidoso! Ven acá y dime dónde has leído tú que el arte es meretriz dispuesta á que la manosee cualquiera; quién te ha enseñado que á su culto puede consagrarse el más audaz. El arte, joven, es vida, es fuego, es entusias-

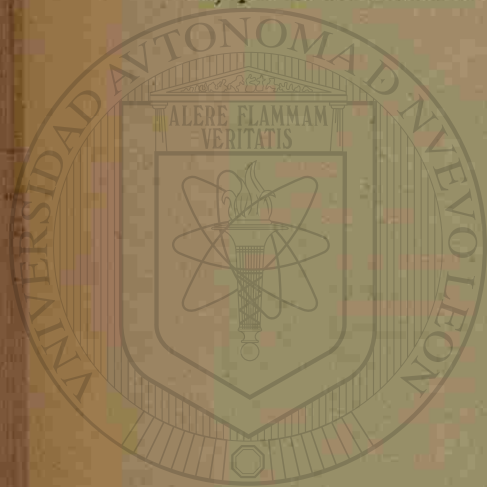
mo, es sacrificio, es sufrimiento, es esto que aquí ves y te espanta: el corazón arrancado y sangrando, la vivisección en las propias entrañas, el puñal, el bisturí escarbandando en la propia carne, extrayendo de raíz el yo entero con sus sentimientos, con sus impresiones, con sus vergüenzas, con sus grandezas... ¿Sabes quién soy? yo me llamo el doctor Sincerus.

A medida que el doctor iba hablando, retrocedía Juan hacia la ventana. Completamente trastornado, buscaba instintivamente la salida, huyendo de aquella visión, que suponía mentira y de pesadilla. Sus ojos, dilatados, miraban caer los hilillos de sangre por los bordes de la herida y por los bordes del platillo. El corazón seguía contrayéndose sin descanso. Dió Juan con la espalda en el muro, á tiempo que el viejo se levantaba y le tendía el puñal.

—Coge esta arma—dijo—vuelve á tu casa, y si tienes valor haz lo que yo. Si no lo tienes, si no lo haces, no te contarás entre los escogidos y más te valdrá ponerte á un oficio. Ahora, vete y déjame trabajar.

Juan Vano no cogió el puñal, ni lo pensó siquiera. Pensaba sólo en huir. Y cuando el doctor, con olímpico gesto de desdén, se sentó de nuevo y empuñando la pluma, la mo-

jó en el corazón, raro y siniestro tintero, Juan se arrojó por la ventana al tejado y en el arrojarse y en el caer perdió la cabeza, que no ha encontrado todavía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL POZO NEGRO

ERA el oficio de Pedruco, el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metido hasta la cintura en el lodo nauseabundo, pasan sus horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apenar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado que bajaba á lo profundo y subía sin baseas ni ma-

reos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la Selma, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremoso que no cabía más: aparte del lavatorio obligado se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias, y hasta solía rociarse con esencias baratas, en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero sea que la fealdad la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas de un río, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina donde la mujer preparaba la cena, y advertir el mal humor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada, pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la Selma esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Jua-

nón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Qué tuviera ó dejara de tener la Selma con Juanón, no es cosa averiguada, y aunque lo fuese no habria para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco, que, si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, sin razón ó con razón, y cada vez que la Selma huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortarla la nariz para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando sus alas con sopliditos de alerta, quedaba ya disimulado y la Selma (si es que la coquetería no tomaba cuentas del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojazos pardos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante insensibilidad. ¡Maldita nariz! ¡chismosilla de mil demonios! tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas...

Una mañana vió Pedruco que salía la Selma muy entapujadita y allá se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba por la puntilla del velo, moradito de frío, no la soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca, y así, la soga tras del caldero, entró la Selma en la iglesia y Pedruco se escondió entre las sombras, tan bien, que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador na-

vajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero, no pasó nada de esto, sino que la Selma se arrodilló al pie de un confesonario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz la contaba á ella ó lo que Juanón susurraba en sus oídos. Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura, que poquito á poco iba descendiendo al fondo de aquella alma... ¡Ay! como él, cuando en lo más hondo del pozo no veía ya luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la Selma! ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

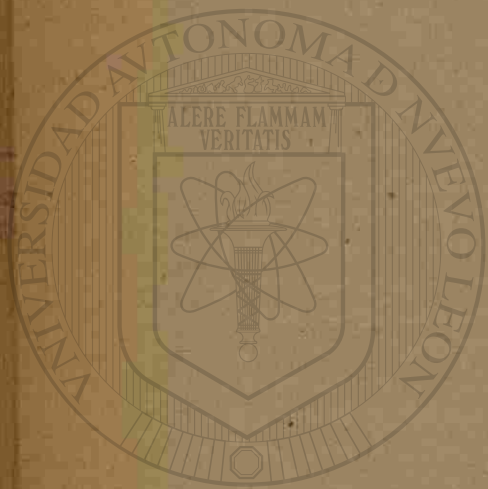
Meditabundo, se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légamo se le figuraba que lo que barría eran los malos pensamientos de la Selma, sus pícaras intenciones, acaso sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza

é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la Selma, porque sin duda el señor cura habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvía Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni lodo en los zapatos, ni mácula alguna en toda su persona, muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor, tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, parecía desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos, consagradas para la bendición, ó de su figura entera, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la Selma y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire desagradables perfumes. El señor cura, al contestar plácidamente su brusco saludo, llevó el pañolón de yerbas á la cara...—¡Apártate que apestas!—quería decir el ademán de su reverencia; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no había hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías todas de la Selma, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del negro y horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y sin decir palabra, desdeñoso, se alejó chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido otra vez de la infidelidad de la Selma y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón con ella; porque él no poseía la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que escarba á diario el pozo negro de la conciencia.



TRIPITAS

SENÁ Olores, señá Olores ¡mire usted lo que traigo! cuánta cosa! y de lo más caro... ¿Qué se había creído usted, señá Olores?

—A ver, á ver... ¡Jesús! señá Tripitas, digo, señá Antonia.

—Ande, que no me enfado, señá Olores; ya puede usted llamarme por el mote, que hoy lo mismo me da. Esta noche es Nochebuena.

—Y noche de no dormir.

—Y noche de cenar bien. Mire usted: el besugo, con su ojo claro de buena persona ¡lo menos pesa sus tres kilos! la sopa de almendras; unas rajitas, así, de salchichón de Pamplona; otra raja, así, de gruyer, y el panecillo de barra y mi botella de Valdepeñas... ¿Qué se ha creído usted, señá Olores? que los pobres nos hemos de acostar siempre sin cenar? pues, menudos ratos me pa-

so á la puerta de la iglesia, llamando con mi muleta á los distraídos y á los de duro corazón: eh! no sigan de largo las almas piadosas y deténganse delante de esta pobrecita coja y hagan limosna, que lo pide con mucha necesidad. Yo soy la que en el barrio llaman la Tripitas, sin duda porque las llevo siempre vacías y me suenan como guitarra destemplá... Ay! señá Olores! así todo el año, al sol y á la nieve, no está clamando por una buena cena en noche como esta? Con lo que he recogido de los dos funerales y lo que he sacado en la misa del Gallo y algo más que guardaba de mis ayunos, me dije: quiero esta noche cenar como una princesa. Ya que me he de morir el día menos pensado, que vaya bien comida y no salgan los gusanos con que les doy huesos y pellejos sólo. Porque, señá Olores, me siento bastante malita...

—Quite usted allá, señá Antonia! quién habla de males con esa gloria que lleva en la mano!

—Y que lo diga! se anima usted á bajar y á compartirla conmigo?

—Enseguida que dé de cenar á mi hombre. El cuidará de la portería. Ya sabe usted que hay juerga en el principal.

—Sí, sí. No cenarán mejor que nosotros.

—Eso. Hasta ahora, señá Antonia.

—Hasta ahora, señá Olores.

Por la obscura escalera bajó la viejecilla mendiga, repiqueteando en cada peldaño con el golpe seco de su muleta y como sabandija en su agujero se metió en el sótano que por caridad le cedían y era lo menos hospitalario que figurarse puede, propio solamente para depósito de trastos, sucio, tenebroso, desabrigado y húmedo. En el número de trastos inútiles contaba la señá Tripitas y para la caridad corriente bien estaba allí, que una ruinoso humanidad como la suya no tiene derecho á la luz y al aire, si no es en pleno descampado; y la señá Tripitas, que conoció mejores tiempos y quizá, quizá arrastró coche, antes de quedarse coja y de ponerse vieja y de volverse pobre, tres calamidades más tristes que las egipcias, se encontraba muy bien en su camaranchón y tan contenta cual una reina en su palacio, doblemente contenta, si cabe, porque el poder y la fortuna no van sin el aditamento de los pesares y las preocupaciones. Y qué pesares, ni qué preocupaciones sufría la señá Tripitas? de lo que fué ya no se acordaba, amnesia misericordiosa de los desvalidos; de lo que hubiera de acontecerla, nada le importaba, que ma-

por pobreza y desventura no existían. Qué otra cosa, pues, sino las perras de más ó de menos recogidas en el diario petitorio ó la envidiosa fiscalización de la turba mendicante que la acompañaba en su puesto iba á embargar su ánimo deprimido y dispuesto á ocuparse sólo en las pequeñeces de su vivir material, dormida el alma, sin recuerdos del pasado ni cariños del presente?

Encendió su capuchina la señá Tripitas y con el ruido y la luz desbandóse una legión de ratones y se balancearon en sus ténues hamacas las arañas; cuanto traía en la mano lo colocó la mendiga cuidadosamente sobre una mesilla; se quitó luego el mantón; armó lumbre en el anafre, que saeó al patio, á cubierto de la nieve; limpió el besugo, palpándole, sobándole con amoroso esmero; cogió del vasar hasta tres botes de especias... La muleta hacía tac, tac, en los ladrillos y la señá Tripitas, encandilada con los apetitosos preparativos, se reclamaba de gusto, más feliz que los del principal, sin duda. La alegre armonía de sus violines llegaba hasta ella y también la escandalera de tambores, panderetas y zambombas de la calle... Qué bien iba á cenar y qué contenta estaba la señá Tripitas!

Salía á buscar la lumbre, que debía ya estar hecha ascua, cuando sintió el agudísimo alfilerazo del maldito, del terrible dolor en el pecho... Se arrastró como pudo hasta el jergón, abandonó la muleta y se echó pesadamente, articulando ayes de angustia. Ay! á buena hora venía el maldito! en el portal de la iglesia habíala obsequiado arañándola con su garra fina y dislacerante, pero, no hizo mayor caso, pensando que no pasaría de los preludios, como otras veces. Y así fué: la fiera que llevaba dentro no volvió á molestarla hasta... Ay! ay! cómo hincaba la garra! cómo apretaba! ay! venía preparado á aguarle su fiesta? no la dejaría cenar?

Miró compungida la señá Tripitas á la mesa de su banquete y la pareció que el escamado besugo se reía de ella. Por no ver tal burla, escondió la cabeza en la fementida manta y se cubrió con ella, tan fría como la misma nieve que caía fuera.

—Señá Antonia—dijo en la puerta la señá Olores, que, á título de convidada era puntual—¿dónde está? qué la ocurre, señá Antonia?

—Qué me ha de pasar, señá Olores—contestó la infeliz sin menearse siquiera—que me estoy muriendo; que este dolor, del

que le he dado noticias, acaba, por las trazas, esta noche conmigo y que no probaré mi cena y que soy la más desgraciada del mundo!

—Jesús!—exclamó la portera, sintiéndolo más ¡oh humano corazón! por la cena, que por la enferma—á ver ¿qué apostamos á que no es más que susto y algo de frio? está la noche infernal.

La volvió, no con mucho cuidado, descubriéndola, y dió un respingo la señá Olores, tan amarilla, tan cadavérica, tan cambiada estaba la señá Tripitas.

—Voy á buscar al médico—dijo espantada—espéreme usted, vengo enseguida.

—Ay! señá Olores, al médico ¿para qué?—gimió la mendiga—llame usted, por lo que más quiera, á don Nemesio; ahí cerquita está. La muerte me acompañará, entretanto.

—Pues, á don Nemesio.

Y escapó la señá Olores, más asustada que si acabara de ver á la misma muerte sentada á la mesa del convite: subió la escalera, atravesó el portal y en la blancura de la plaza, que escarchaba la nieve, se marcó su negra silueta movediza hasta la puertecilla de la iglesia, donde llamó; y á poco tres sombras y una luz por las mismas

huellas se esfumaron, se dibujaron, se agrandaron, apareciendo la portera con un sacerdote y un acólito, que llevaba un pesado farol. Los tres bajaron al sótano y hallaron á la señá Tripitas más mala que antes, con disnea y sudores mortales.

—Aquí tiene usted al señor don Nemesio—dijo la señá Olores—por cierto que el pobrecito acababa de acostarse.

—Bendito sea!—exclamó la viejecilla haciendo ademán de querer besarle la mano.

Y se dispuso á confesarse, sentándose don Nemesio en una mala silla, mientras los otros se apartaban discretamente. Era don Nemesio un hombrón muy recio y moreno, de mucha paciencia y bondad, en la suma necesaria para oír sin inmutarse y sin bostezar, todas las veces que se le solicitaba, el rosario de escrúpulos, ligerezas y necedades de sus hijas de confesión. De la conciencia de la señá Tripitas conocía todos los recovecos y así, con paternal sonrisa, luego de tranquilizarla respecto de su mal, en voz baja la dijo:

—No es preciso que repita usted lo que ya tengo sabido, siempre que no haya incurrido de nuevo en los mismos pecados... Veamos: de la envidia consabida ¿sí ó no? de la avaricia ¿no? y de la gula? huelo aquí

síntomas de que en esta memorable noche no la preocupaba á usted otra cosa que la lisonja del paladar y la satisfacción del estómago... ¿qué digo huelo? los diviso en aquella mesa muy orondos, acusando de roche pecaminoso.

La señá Tripitas movía la cabeza, contestando negativamente; mas, cuando oyó lo de la cena frustrada, suspiró:

—Sí, padre. Confieso que hace tiempo la gula me domina, sin poderlo remediar... ¡ay! ni tampoco satisfacer. He pasado mucha hambre en esta vida, padre!

—Por lo mismo,—repuso el sacerdote solemnemente—Dios Nuestro Señor ha dispuesto obsequiar á su sierva con la cena de Nochebuena más hermosa que un buen cristiano puede apetecer.

Puesto de pie, la echó la absolución; y llamando al acólito, de hinojos todos, dió á la señá Tripitas la divina Hostia. Luego tornó á exhortarla y animarla y se marchó con su acólito y la señá Olores y de nuevo en la plaza blanca las tres sombras y la luz se marcaron, disminuyeron, desaparecieron y á poco una sola se esfumó, agrandóse y apareció en el portal, dirigiéndose al sótano. Era la señá Olores, que volvía.

Acercóse al jergón y la pareció tan tran-

quila la enferma, que la tuvo por buena y sana.

—Señá Antonia ¿qué tal? ya pasó aquello?

—Pasó, sí señora—respondió débilmente la moribunda—¿quiere usted hacerme un favor, señá Olores?

—Con mucho gusto, señá Antonia.

—Tire usted todas esas porquerías que están sobre la mesa y échelas al gato.

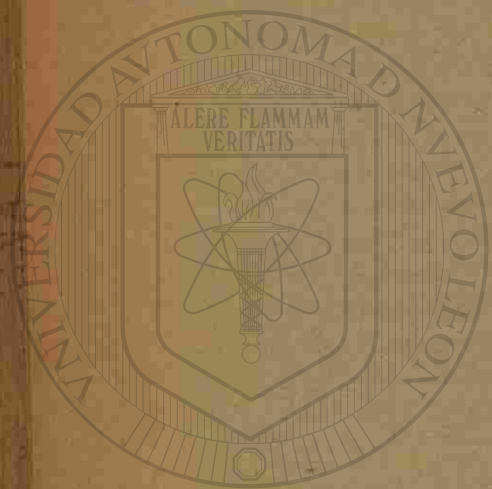
—Sí las tiraré—contestó la portera mirando compasiva á la mesa—que cene también el gato. Esta noche es Nochebuena.

—Y noche de cenar bien. Como yo, señá Olores.

—Y noche de dormir bien, señá Antonia.

—¡Como yo, como yo!

Dulcemente, la señá Tripitas cerró los ojos y se durmió en el Señor, arrullada por los violines del principal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ESCUELA ELEMENTAL

ERA fama que los niños del pueblo de mi cuento podían servir de modelo en punto á desaplicación y mala conducta, á cuantos barrabases de leche en los labios en el mundo han sido. Y no se diga que, como regla general, había sus excepciones, que no exageraba ni mentía la fama: todos, todos eran perversos, sin excluir al más pequeño, el Fidelillo, hijo del ama del señor cura, quien, por morar en la casa parroquial y á la sombra de su reverencia, parecía obligatorio, siquiera por el buen ver, se diferenciase de sus compañeros en edad, indig[®]nidad y desgobierno. Pero, al revés de lo que debía ser, según uso y costumbre de cuanto Dios crió de tejas abajo, pasaba Fidelillo por el capitán de los barrabases, batallón temible y asolador más que cien juntos de bandoleros. Sumaban unos treinta y

tantos, que contaba el pueblo escaso vecindario, y figuraban treinta mil, á tales desmanes daban lugar: que allí no existía piedra sobre piedra segura; ni vidrio sano; ni cholla sin chinchón; ni boca sin portillo; ni brazo ó pierna sin su correspondiente descabro; ni pájaro, árbol, huerta, mula, asno, perro, gato, gorrino, pollo ó ganso, sin maltratar ó devastar; ni casa en paz; ni casa en su sitio; ni idea buena; ni mansa intención; ni respeto; ni ley; ni más Roque que Fidelillo y comparsa.

Claro está, que cual más, cual menos, tenía su padre y su madre ó su tutor legal, encargados de sentarles las costuras y el juicio; pero, para aquellos angelitos no había freno á propósito ni receta eficaz para sus trapisondas. Los azotes, tan saludables siempre; los coscorriones, moquetes, sopapos y demás ejercicios manuales del género; las encerronas á oscuras, las noches sin cena, el domingo sin juegos, así el método persuasivo como la letra sangrienta, todo resultaba más inútil que los paños calientes.

De tanto exceso, de tanta diáscola travestura era la víctima principal el maestro Don Mingo, y cuidado que D. Mingo gastaba un génio y unas disciplinas de á vara que, en tocando á zurrar, quedaban nalgas y lomos

maduros por toda la siega. Mas, ¿qué valía que Fidelillo, por ejemplo, sacara las narices reventadas ó de la boca procaz tres dientes le voltease, si mientras D. Mingo ejecutaba tan necesaria y valiente operación, le caía encima la banda entera y uno le arrancaba la peluca, otro le clavaba un alfiler, el más fuerte le castigaba con la regla y cuanto papel, libro, pluma, lápiz y tintero en la clase había, en forma de lluvia contundente, le derrotaba y hacía huir? Tal como sobre el pie destructor, que invade un hormiguero, trepan los perseguidos insectos, furiosos y alborotados; ó las abejas se revuelven contra la mano audaz, los chicos acosaban al maestro y en cada batalla más perdía el maestro que los chicos, porque Don Mingo, si alcanzar podía á alguno, á uno sólo maltrataba, y todos maltrataban á Don Mingo muy á gusto. Sucedió, pues, que el maestro llegó á cansarse, y el día menos pensado, con las manos y los pies, razones de á libra, echó á la horda al campo, cerró la escuela y se marchó del pueblo, decidido á no volver más. No lo sintieron los muchachos, por supuesto. Fué aquello lo mismo que soltar una bandada de aves carníceras: se armaron en guerrilla, y con sendos gujarros apedrearón á cuanto bicho viviente

hallaban á tiro; quemaron en alborozada hoguera los libros de clase, y tantas salvajadas cometieron contra todos y entre sí, que, al anochecer, cuando la necesidad les obli-



gó á tornar á casa, venían jadeantes y algunos maltrechos y llorosos. Marchaba Fidelillo á la cabeza, renqueando; y como para entrar en el pueblo había que pasar por

la fuente, en llegando á la fuente se detuvo el revoltoso pelotón y no pasó, no se atrevió á pasar...

Sentada, ó mejor, acurrucada en los húmedos escalones, que al tazón servían de rústico pedestal, aparecía una mujer forastera, toda negra; un bulto que, por las ropas, dijérase una mujer. No se la veía la cara; tan sólo una mano descarnada, esquelética, que esgrimía una hoz descomunal, segadora siniestra que, descansando de larga caminata, espera la hora de comenzar su tarea. La hierba, allí donde ella había posado su funesta planta, estaba seca, calcinada; los árboles, que á la fuente daban sombra, sin hojas, como en lo más crudo del invierno, y por el caño de la fuente, en vez del fresco líquido, salían sapos y culebras, horribles animaluchos que llenaban el tazón en hirviente y nauseabunda mezcla. La primavera, entre tanto, reía á su alrededor, verde, florida y alegre; el aire era puro; los postreros reflejos solares atornasolaban el cielo; cantaban los pájaros... la vida, inconsciente del peligro, que no sospecha la vecindad de la muerte.

Fidelillo, á la cabeza del revoltoso pelotón, no se meneaba. Y de repente, la mujer negra se levantó, se echó la hoz al hombro

y se dirigió al pueblo, con fúnebre sonar de choquizuelas. Los chicos, que la vieron de espaldas, descifuraron todos á una las hondas y le arrojaron certera granizada: una piedra la dió en la cabeza, que sonó como si fuera hueca, y al golpetazo se volvió ella súbitamente, mostrando la calavera espantosa, las cuencas vacías, los agujeros de la carcomida nariz, la boca sin dientes, rasgada en amenazadora mueca.

Huyeron los diablejos, se desbandaron como gorriones asustadizos, y temblando se metieron en sus nidos al amparo de sus mayores, de quienes esperaban la merecida azotaina; pero aquella vez, no hubo mano pronta para castigar sus demasías... La parca había entrado á saeo en el pueblo y se gaba vidas como la hoz el trigo: en las casas más eran los muertos que los sanos y más los que huían que los que se quedaban, ante la aparición de la mujer negra. El ama del señor cura, la primera, sucumbió sin poder confesarse; luego, el señor cura; luego, el sacristán, luego... cuántos tropezaban con la trágica forastera, como el propio D. Mingo, que cayó fulminado en el camino, y varios de los compinches de Fidelillo, el cual, si no murió, en un tris estuvo de morirse.

Reinó el dolor sobre el pueblo entero. Du-

rante mucho tiempo, no hubo risas en las casas ni en los campos y el mismo cielo se tendió de negro. Y cuando la banda de Fidelillo, bastante mermada, casi reducida á la mitad, se presentó en la escuela, todos lucían blusas de luto y parecían tristes, muy graves, tan juiciosos, que se dijera otros que aquellos inquietos y perversos ocupaban su lugar. Echaban unos de menos las caricias de la madre amorosa; otros el arriño del padre; otros, más egoistas, no el calor, sino la abundancia del hogar, pérdida de bienes y de afectos que había operado profunda revolución en sus espíritus infantiles.

Ya la afición á hacer novillos no se imponía, como antes, á sus deberes: desdeñaban los juegos brutales y hasta los inocentes del peón y de la comba y se aplicaban tanto á sus libros que se sorbían las lecciones lindamente. Eran viejecitos con moñetes de rosa y cabellos rubios. Ni palabras feas volvieron á salir de aquellos labios; entraban en la escuela y salían de la escuela silenciosamente, pajarillos amaestrados, sin vivacidad ni alegría. El mismo Fidelillo daba el ejemplo, siguiendo atento las explicaciones gráficas en el pizarrón del nuevo maestro, un joven seco, amarilloso, enluta-

do, que no sonreía ni bromeaba nunca y á quien las disciplinas de D. Mingo no hacían falta para la conservación del orden y el respeto.

Metamorfosis tan singular hubo de ser notada en el pueblo y fuera del pueblo, que hasta las moscas se mostraban contentas de no hallar mano aviesa que las adornara con rabo de papel; y allá para el estío, cuando las cigarras rompieron á cantar y se doraron las mieses, llegaron de la capital unos señorones en un coche de mulas y con los señorones un anciano que lo parecía más que los otros, el cual vestía sotana morada y un sombrero de teja con verdes borlas, á quien las mujeres y cuantos le encontraron besaban el anillo pastoral muy reverentes.

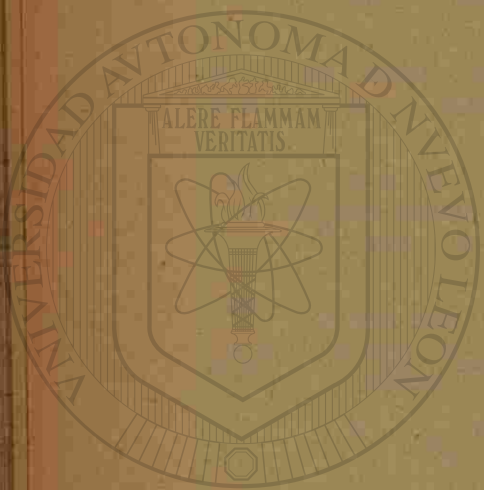
Dijeron que era el señor obispo y los que acompañándole venían altos y encopetados funcionarios de Instrucción Pública, que acudían al pueblo á presidir la fiesta de los premios; cosa que en tan humilde villorrio no se vió nunca y era porque el joven maestro, seco y amarillado, por pariente pasaba de uno de los señorones y su método para domar muchachos había maravillado á todos los que de ello tenían noticia.

En efecto: se adornó la escuela con mucho follaje y mucha banderola; se preparó

un estrado muy capaz, con el mejor sillón de la iglesia para el señor obispo, y ante el apretado concurso, dió comienzo la función con recitado de versos por Fidelillo y sus compañeros, tocatas de violín por el hijo del sacristán, un discurso muy pomposo de uno de aquellos señorones, que por llevar la voz del Gobierno tronaba como la del Sinaí, y otros números bastante amenos y gustosos. Llegado el turno al prelado, se puso de pie, y con gesto paternal llamó á Fidelillo que, en primera fila se estaba más calladito que en misa, hizo que subiera al estrado, y presentándole á la reunión, dijo:

—Este que aquí véis, capitán de barrabases ha sido y es hoy modelo de niños buenos. Estadme atentos, que os voy á explicar el milagro...

Cuentan las mujeres que no eran palabras sino flores las que caían de los labios del señor obispo, tantas y tan hermosas, que cubrieron el estrado y saturaron el ambiente; y como no estaba bien que en el suelo quedaran, entre lágrimas y aplausos recogió el maestro buen puñado de ellas, engalanando el pizarrón con estas sentencias: El dolor es el crisol del carácter... La muerte es la maestra de la vida... La mejor escuela elemental es la desgracia!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIOS DA TURRÓN...

DEL gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos trasatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decirselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad nubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entrete-

níanse ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien conquistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas, y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella, en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, con la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y con-

venían en que no era esa ni aquélla; la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construir, plantando arbolitos, trazando caminitos; ¡y cuánto adelantaba la obra, puestos le acuerdo los dos arquitectos! ¡qué hermosa parecía y qué magnífica! como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro que no se agota tan presto como el bolsillo.

Pues, señor: se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestras y bajando cuestras, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra

magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden!

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh, sorpresa! Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh, maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinadas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri...; y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodónero, el alcanfor, cuyas hojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales,

todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y mariposas, parecía revolotear el amor con sus alas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero? ¿Verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!... ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado? ¿Era soltero? ¿joven? ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos;

porque un paraíso sin ángeles. ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

—El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el corredor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

LEYENDA COLOMBINA

ESTÉNSE quietos los zarandeados huesos del genovés insigne, que con ellos no va mi cuento... Este es la historia de un palomo de edad provecta y de una paloma blanca, donde se verá que la hembra sin hiel, símbolo de la pureza, las gasta igual que cualquier otra en los casos que el modernismo llama pasionales y la ancianidad presuntuosa calza los mismos puntos de ceguera y bobería entre irracionales que entre humanos. Y va de historia.

En un palomar, de cuyo dueño no quiero acordarme, vivía un palomo viejo, paticojo, de mundo copete, raleadas plumas y humor taciturno, el cual, cansado de dar pichones para la cacerola del amo, dejado de la mano de la cocinera por duro de pelar y poco apetecible, pasaba sus días adormilado sobre la paja del nido y sólo vencido por la

necesidad decidíase á bajar al jardín en busca de grano, arrastrando su pata con mucha fatiga. Ni el revoloteo triunfante de sus compañeros, ni el picoteo amoroso de tanta desvergonzada pareja sacaban de quicio ó sea de su hueco familiar á mi palomo viejo, sensible tan sólo al acoso del hambre ó del frío. Sus apagados ojuelos seguían indiferentes el paso coquetón y provocativo de tanta palomita sandunguera y la rueda de tanto palomino atontado y en sus filosóficas meditaciones, propias de sus años, se decía, tal vez, para su buche que el pico más rosado del mundo volátil no vale un buen cañamón. Tal estado de su ánimo alejaba, por supuesto, de su trato á la banda juvenil que en torno suyo enredaba alegremente, que la vejez no es tolerable si la benignidad no la ennoblece y de sus tristes achaques no atenúa los efectos; antes, al contrario, la acritud se desprendía por todas sus plumas, como electrizada descarga, y no era flojo aletazo el que se ganaba el vecino, sin distinción de sexo ni edad, que, descuidado, entrometido ó revoltoso, le molestaba más de la cuenta.

Solo, pues, y odiado de los suyos el plumífero vejete se estaba en su nidal y hay quien afirma que, si insensible se mostraba

á las expansiones y juegos del amor, reíase á su manera siempre que el cuchillo asesino, por la mano cocinero esgrimido, ensangrentaba el cándido cuello del inocente que acababa de posar después de un vuelo embriagador entre la luz y los aromas... Lo cierto es que poco se le daba á él del espectáculo de la vida y de la muerte, en eterna y soberana lucha. Su pata inválida, su coquete vencido, sus fuerzas perdidas le interesaban más y con razón. Los viejos todos y cuantos, sin serlo, envejecidos se sienten, hombres ó palomos, lo comprenderán mejor y ellos, como yo, han de absolverle; sobre todo si se enteran de cómo este helado egoísmo halló fuego que le derritiera y licuase, fundido mágicamente en la encantada redoma en que todo sentimiento se transforma y sublima.

Mucho viento hacía una noche, de temerosa obscuridad y extraños ruidos. Con la cabeza bajo el ala dormía el abuelo, estremecido el palomar entero por los azotes de las ramas vecinas, cuando sintió cerca de sí algo que ni era roedor furtivo, ni humana garra en busca de inocente presa. Sin miedo alguno, porque ¿qué puede temer un palomo viejo, pobre y desplumado? el de esta historia se revolvió en su rincón, sacó

el pico fuera y el conocido tufillo de un congénere dióle enseguida en las narices. Bah! algún pichoncejo que, perseguido por el viento, se equivocó de nido. Y viniéronle tentaciones de arrojarle al patio, para que se lo comieran los gatos. Pero, pudo reprimir tan mal pensamiento y lastimoso ofreció el snave edredón de sus alas al intruso, mientras llegaba el claro día.

Y llegó el día y encontróse con que no era un pichón ruín el que entre sus alas cobijaba, sino la más blanca y hermosa de las palomas, con un listoncillo de seda rosa al cuello, preciada distinción que abonaba su mérito y la estima de su dueño. Ufano el vejestorio, enarcó los pelados cañones del copete, hinchó el pecho de apagados tornasoles y ensayó la airosa rueda con que en su juventud alcanzó los más grandes triunfos, al son de un arrullo cascado y ganguoso.

— Señor palomo — pió la bella asustada — dispéñeme usted si me he colado aquí sin su permiso. Soy de muy lejos. Me ví perseguida. Volé mucho. Y volando, volando, me soltaron un tiro, me sentí herida, me cogió la noche...

Herida! pobrecilla! y dónde? en la sonrosada patita, una rozadura de perdigón...

Ay! el provectoro y agrio personaje sintióse súbitamente enternecido. Oh! crueles y desalmados humanos! perseguir así y largar una perdigonada á la inocencia misma y herirla, herirla en la patita! Tunantes! granujas!!

Nada, nada. Mientras no pudiera valer-se por sí misma, él la traería por su propio pico el alimento, recordando los días de antaño y sus paternas campañas. La defendería también de la probable animosidad de los huéspedes del palomar y especialmente de la ogra de la cocina. Y antes rendiría la vida, miserablemente estofado con guisantes ó en arroz, que consentir que la ofendieran ó condenada fuese á la olla tarpeyana.

Nunca hubo dama mejor servida por caballero más galán. El bajaba, él subía; recorría el patio y el jardín; ensayaba atrevidos revuelos en los alrededores, en busca de cañamones que ofrecía victorioso á la bella extranjera; hacía la guardia muy finchado delante de su feliz morada y como premio, como anticipo de su apasionado interés, obtenía muchas veces el delicioso privilegio de buscarla los piojillos. Se olvidaba de sí mismo el pobre enamorado y no comía porque ella se hartase, languidecien-

do de tal suerte que en pocos días quedó en los puros huesos y daba grima el mirarle.

Mientras no curó la herida de la interesante intrusa, todo anduvo bien y nadie se enteró de su presencia; pero, así que pudo moverse con desahogo, importándole una higa del protector se puso á la ventana y su belleza congregó en su torno á cuanto palomino calavera se preciaba de tenorio en todos los palomares de la vecindad. Hubo serenatas de armoniosos arrullos, duelos crüentos y encendida guerra; todos los pechos ardían, de celos, de rabia y de envidia y en los aleros de los tejados menudeaban de lo lindo los picotazos. En vano el viejo quiso poner paz y reducir á la coqueta; vencido é impotente, tampoco impidió que se fugara y con unos y con otros descaramadamente en sus respetables narices refocílárase á capricho.

Y una noche, de mucho viento y de clara luna, otra vez sintió el triste que andaban en su rincón, descubriendo á la pérfida y á uno de sus cómplices que el propio nido intentaban profanar. Tal abominación no la consentiría jamás su lastimado orgullo... Infames avechuchos, más infames que los mismos hombres! Débiles sus fuerzas, no

pensó más que en arrojarles de su lado y con furioso aleteo y roncós graznidos, expresión de su indignada cólera, les empujó hacia el borde del agujero, resuelto á precipitarles en el patio: abajo, precisamente abajo, estaba la fuente, de enorme tazón lleno de agua, y poco les valdría el querer sostenerse en el aire; con el temor de la noche y la fatiga de la lucha caerían como una piedra y expiarían así su crimen, sino ahogados en el tazón, en las felinas fauces del micifuz de la casa, gran cazador y saltador de tejados.

Abierto el pico ofensivo, las alas amenazadoras, erispadas las garras, el palomo viejo se arrojó sobre los dos burladores, con más furia sobre la ingrata y desleal protegida, que así pagaba sus cuidados y su amor; la zamarreó el moño á su gusto, la llamó cuantas cosas feas merecía y como ella era respondona (hembra, al fin!) le puso verde y le golpeó á su vez, ayudada por el macho joven, que no había de dejar que la zurraran sin vilipendio. El viejo contra ellos y ellos contra el viejo, el éxito de la batalla no parecía dudoso y fué tal como podía suponerse: que antes que el viejo les precipitara en el vacío, le echaron ellos de cabeza y por milagro quedó prendido en la

saliente viga que servía de sostén á las habitaciones del último piso, teatro de esta tragedia.

Ciego por la ira y el dolor, el infeliz, guardando equilibrio con las cansadas alas, asentó la pata sana sobre seguro, buscando apoyo para continuar la lucha desventajosa; aun de fuera, cerca la viga de la ventana, era posible introducirse en el nido é intentar nueva acometida. Pero, la perversa hembra no le dió tiempo. Salió, y no como la otra del arca, con la rama de olivo, nuncio de paz, sino guerrera é iracunda; revoloteó un instante encima de la viga, mareó sabiamente al ya indefenso vencido y con súbito arranque le empujó al precipicio. Inertes las alas, no supo extenderlas y cayó en los frios abismos de la fuente el palomo...

Y á la luz de la luna, allá arriba, vió en la ventana del que fué su nido cambiar cariñosos ósculos á los amantes. Abajo, cerca de él, apareció la horrible silueta del gato verdugo. Entonces, mansamente, el desventurado se entregó á la muerte: sintió que le sacaban del agua, que le trituraban los huesos y ya entre los dientes asesinos su mirada de moribundo se clavó por última vez en la blanca damisela de la ventana,

allí arriba, tan tranquila cual si de nada malo hubiera de acusarse.

No se sabe que la justicia tomara cartas en el asunto. Yo juraría haber visto á los criminales en primorosa cestita, sujetos por cintas de seda, inmaculados como ampo de nieve, figurar en la procesión de las Candelas, sahumados de incienso, hermosos representantes de la inocencia...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

RESURREXIT

SONÓ un trompetazo... Por tres veces el apocalíptico clamor retumbó en el callado cementerio y como viento repentino que se levantara y sacudiera las colgantes ofrendas de negros cintajos y las agudas cimas de los cipreses, de tumba en tumba fueron sus terribles ecos despertando al silencio. Debajo de sus piedras se estremecieron los lagartos; graznaron los buhos; sobre el haz de la tierra removida, humano sembrado, corrieron multitud de lengüetas de fuego... Y por tres veces el silencio, guardián que se espereza, mira soñoliento y observa que todo está en su sitio y nada ocurre digno de atención, volvió á dormirse entre la humedad y la hediondez de su guarida. Tres veces también la luna apartó de sí el nebuloso encaje de la faz y la mostró radiante, alumbrando los sende-

ros, los blancos sarcófagos, las cruces hundidas, alzados los brazos en eterna plegaria. Y las flores, decapitadas sobre las losas, axfisiadas por el fénico aliento de la higiene, muñeca histriónica de vida, dejáronse arrastrar como hojarasca y escondieron en los sureos las lágrimas y besos que guardaban.

La trompeta sonó por segunda, por tercera vez. Era llegado, acaso, el esperado día y por boca del Ángel hacíase oír la divina orden de resurrección? El mundo no se había sacudido, ni rasgado el seno de los cielos; ningún nicho, abierto; ningún sepulcro, desocupado; ni sudarios ni fantasmas viéronse surgir de las cerradas huesas.

Sin embargo, en el fondo de su caja carcomida, en el olvidado rincón junto á la iglesia, bajo la lápida que los años y la incuria desgastaron y apenas el rastro conservaba de un nombre y de una fecha, el muerto se movió, mágicamente galvanizado por aquel son que estallaba en los aires como espantoso reclamo; encendióse en su vacío cráneo el pensamiento, apagada lámpara que luce de nuevo y por milagro; los pelados tarsos de sus dedos, incompletos, se extendieron, desasidas las manos suplicantes.

Y animada la esquelética armazón, encajó los fémures roídos, las costillas sueltas, las deseslabonadas anillas vertebrales y en los girones de la mortaja se envolvió para salir, obedeciendo á la voz de lo alto. Cedió la tapa de la caja y cedió también la lápida á su ligero esfuerzo y del negro foso, á la luz de la luna, apareció en el sendero, se escurrió entre las cruces.

Las cuencas miraban en redor, buscando otros muertos, compañeros de la otra vida, despertados como él al soberano conjuro; y como antes el eco, iba de tumba en tumba repiqueteando medrosamente los huesos. El silencio dormía. Las sepulturas todas permanecían cerradas. Sólo él, el difunto andariego, revivía en el callado cementerio.

Altas las tapias, con cerrojo las verjas, parecía difícil salvar el paso que las dos ciudades separa; mas ¿qué paredes, así sean las ciclópeas mayores que el hombre haya construido, y qué hierros, forjáralos el mismo Vulcano, pueden estorbar que una sombra se deslice por ellos y atraviése, impalpable, invisible, y entre los vivos vaya á mezclarse? así el muerto hendió el muro y por esas callejas furtivo se largó á escape.

Veinte, treinta, cuarenta años (que en su mente enmohecida el recuerdo no palpataba con intensidad, sino confuso y debilitado) cincuenta años de sueño mortal, de alejamiento terreno, son años sobrados para que en la evolución constante de la vida, todo, piedras y personas, sufra las transformaciones y mudanzas inevitables. Ni calles, ni casas, ni nada reconocía el resucitado; donde le llevaba el querencioso instinto y esperaba encontrar el solar de su familia, veía una plaza muy grande ó una construcción extraña ó un parque inmenso: veía cosas asombrosas, ignoradas, que el rezagado entendimiento apenas concebía. Era aquella su ciudad natal? aquellos tan singularmente vestidos que á su lado pasaban sin descubrirle, eran acaso los hijos de sus hijos? y la luz y el bullicio, indicio de alguna fiesta extraordinaria? Todo distinto, todo renovado, patas arriba todo, daba el muerto vueltas desorientado, por las esquinas, por los tejados, ya á ras del suelo, ya en los aires, hendiendo paredes, introduciéndose en las chimeneas, ora á caballo sobre un rayo de luna, acompañado del tecleo incesante de sus huesos. Dónde, dónde estaba la casa, nido de sus amores, cuna de sus hijos, templo de su culto, lacrimato-

rio de su memoria imperecedera? Porque si Dios le había permitido tornar á las agitaciones del ser, antes de la hora suprema del Juicio, un minuto que fuese quería dedicarlo á sus deudos amados.

Le arrojó una ráfaga de viento á un patio y de este patio á un jardín y del jardín á otro patio más grande. Y reconoció, al fin, el patio y la casa y las personas. Era su casa aquella y su familia aquella: su mujer, su hijo mayor, el más pequeño, su nuera, todos muy cambiados, como si el tiempo se hubiera entretenido en disfrazarlos con burlescas pinceñadas. Faltaban sus dos hijos menores y su suegra. En cambio, estaba allí su enemigo, su odiado rival del oficio, que tantos disgustos le causó en vida, instalado como dueño y señor, como reemplazante suyo, y su mujer le hablaba con las mismas palabras melosas, con la misma voz acariciadora que á él en sus ratos de ternura. Estaban con ellos también otros más, bien talludos, desconocidos para él, hijos de su mujer y de su enemigo, tal vez, familión legal y consagrado, puesto que él, borrado del mundo, no era ya nadie ni su recuerdo alentaba siquiera.

Tan borrado del mundo, tan olvidado, que no escuchó palabra ni vió nada que

demonstrara en alguna forma su reinado en aquella casa y sobre aquella familia, su acción, su gesto, el predominio de su alma. Todo lo que suyo era ó algo suyo representaba lo había arrancado la indiferencia y sepultado estaría en el desván, arrojado, como él, para que no les enturbiara el alegre curso del vivir.

Sintió el muerto la amarguísima angustia que en muchas ocasiones de su aperreada existencia, no sentida, especial privilegio, en sus largos años de sueño en el campo-santo, y por sus cuencas vacías corrió el lloro humedeciendo la mortaja.

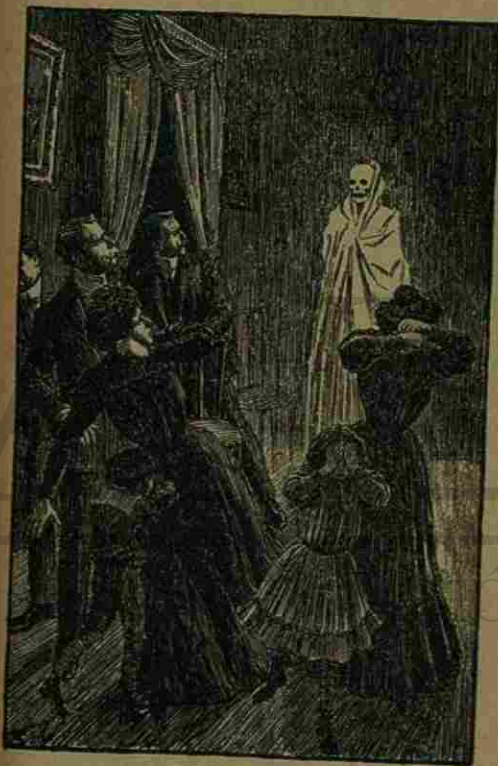
—Mujer ¿no me conoces? hijos, ¿no me conocéis? tú, mi enemigo, ¿sabes quién soy?

Dijo la calavera, con temeroso rechinar de las quijadas. Y sobre cada uno asentó la pelada mano. Las pasiones todas despertaban en su pecho y como los gusanos que le despojaron de su ropaje carnal, hervían dentro de él y le mordían cruelmente.

—Soy tu marido, soy vuestro padre, ¿no me reconocéis?

Ellos no oían la voz, pero experimentaban algo extraño, desasosiego penoso. Alguien andaba allí cerca. La mujer se persignó y dió un suspiro. Al mismo tiempo, el aire

apagó la luz y sobre el fondo obscuro de la pared se dibujó la fosforescente silueta del



esqueleto. Un solo grito resonó entonces en la estancia y despavoridos huyeron todos de

la horrible visión, estremeciéndose la casa entera, como si un terremoto la sacudiera en sus cimientos.

Rióse el muerto sarcásticamente. Ah! no le reconocían! huían de él con miedo y con asco! Por su desdentada boca fluyeron hilos de amargura... ¡Como reconocerle, sin embargo, si todos los muertos son iguales! El murmullo de los rezos, que del fondo de la casa venía, deprecación por aquella alma que, sin duda, estaba en pecado mortal cuando tornaba á la tierra donde no podía volver, acarició su oído. Era el *requiem* eterno, la piedra sepulcral, debajo de la cual debía permanecer quietecito hasta el día del Juicio, extraño á todo, sin amores ni odios, libre de la gusanera de los sentimientos y de las sensaciones.

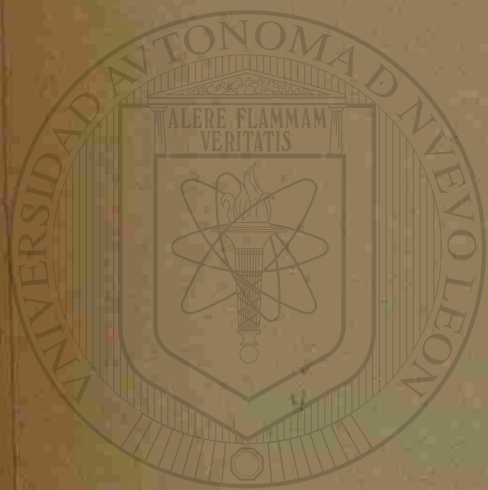
—Alma vagabunda—decían allí dentro las voces de la mujer y de los hijos—retorna á tu hoyo y duerme en paz. Qué buscas aquí? Tu puesto está ocupado, tu cariño dado á otro, tu fortuna á otro entregada. Aquí nos estorbas, nos asustas, nos molestas y repugnas. No podríamos vivir un minuto, si persistieras en mostrarte entre nosotros, tan asqueroso estás y de tal manera nos causas espanto. Sal, márchate, que hemos de valernos de todos los exorcismos para

obligarte á abandonarnos... *Requiescat in pace.*

Una nueva ráfaga de aire empujó al muerto hacia el patio. La luz, que resplandecía otra vez al conjuro de mano invisible, le ahuyentó también y sintióse elevar hasta el tejado, y de tejado en tejado, como hoja seca, llevar por las alturas de la gran ciudad, desterrado eterno, condenado á la soledad, á la obscuridad y al olvido.

Cuando llegó al cementerio, cantaban los gallos. La luna, muy blanca, se esfumaba entre las grises tintas del amanecer. Y de pronto, retumbó colosal trompetazo en el contorno, como el que el resucitado tomara antes por el llamamiento del Angel, y rozando las tapias, con estruendo espantoso, pasó veloz el automóvil del Progreso...

El muerto buscó su sepultura, levantó la losa y se acostó en la caja, suspirando tristemente, dispuesto á no moverse más, ya que el Pasado no debe volver y los muertos sólo á la vida de la inmortalidad han de despertar!

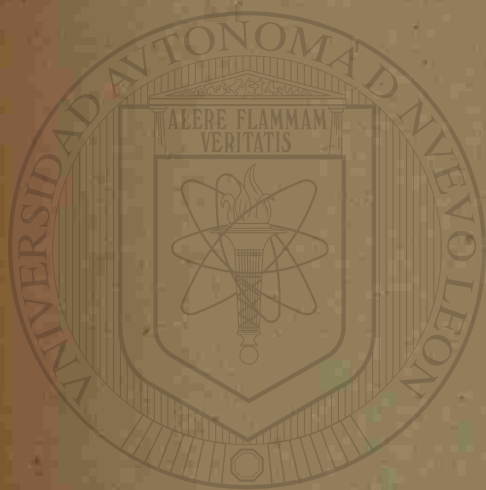


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	<u>Páginas</u>
Al que leyere	5
Pasillo infernal	7
Gloria	17
La baraja	25
Sor Poli.	31
El yimbahé.	41
Antropos	51
Las tres esmeraldas.	57
Libertas.	61
Psicología	71
El pozo negro.	81
Tripitas.	89
Escuela elemental	99
Dios da turrón	109
Leyenda colombina	115
Resurrexit.	125



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALGUNAS OPINIONES

REFERENTES Á LA BIBLIOTECA "PATRIA," (1)

Para que el público pueda hacerse cargo de su alcance, extractamos aquí algunas opiniones referentes á la Biblioteca «Patria».

En la época que alcanzamos los llamaré (á los propósitos de la Biblioteca) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.

Juan Fastenrath.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da á su desapercibida inteligencia con las lecturas baratas que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte á la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.

José María de Pereda.

Aplauzo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima Biblioteca «Patria».

Marcelino Menéndez Pelayo.

Juzgo esa Biblioteca muy beneficiosa para la cultura nacional.

Francisco Silveira.

(1) Extractadas de cartas dirigidas al fundador de la Biblioteca.

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.

Armando Palacio Valdés.

Abundo en las ideas que sustenta la Biblioteca «Patria», estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra á que se dedica.

El Duque de Rivas.

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.

Manuel Polo y Peyrolón.

**Sres. Patronos de la BIBLIOTECA «PATRIA»
DE OBRAS PREMIADAS, que han ofrecido
sumas para la creación, sostenimiento
y concursos de la misma.**

PATRONATO PRINCIPAL

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, 500 pesetas.
Excmo. Sr. Conde de Bernar, 500 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de Canilleros, 500 id.
Ilmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

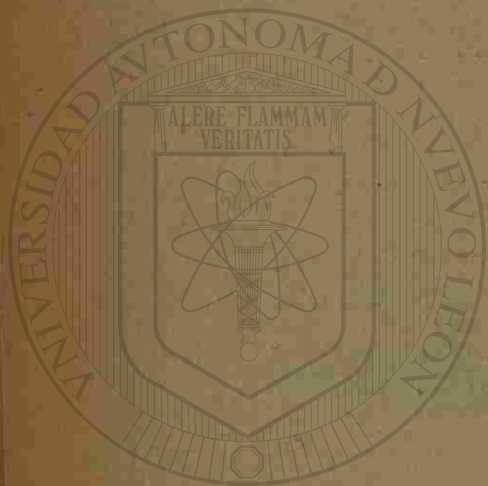
(Orden alfabético de nombres.)

D. Alfonso de la Muela, 25 pesetas.
Excmo. Sr. D. Antonio Barroso y Castillo, 25 id.
D. Antonio Caamaño Martínez, 50 id.
Excmo. Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, 300 id.
D. Antonio Echevarría y Aponte, 50 id.
D. Antonio Giménez Rico, 100 id.
D. Antonio Lopez Dóriga y L. Dóriga, 200 id.
D. Antonio Pozzi Rodríguez, 25 id.
D. Antonio Salgado López, 25 id.
D. Antonio Siere, 25 id.
D. Antonio Tato, 25 id.
D.* Aurea Hinojal, 25 id.
D. Baltasar López de Ayala, 60 id.
Excmo. Sr. Barón de Satrústegui, 100 id.
D. Bonifacio Iñiguez, 25 id.
D. Cándido Gaytán de Ayala, 25 id.
D. Carlos de Thena, 100 id.
D.* Carmen de la Vega de Tuñón, 25 id.
Casino de la Amistad de Barbastró, 25 id.
D. Celestino Méndez Villamil, 60 id.
D. Claudio González Alvarez, 50 id.
Excmo. Sr. Conde de Mejorada, 75 id.
Excmo. Sr. Conde de Via Manuel, 25 id.
Excmo. Sra. Condesa Viuda del Val, 100 id.
D. Cristóbal Romero Sánchez, 75 id.
Ilmo. Sr. D. Daniel Aresti, 250 id.
D.* Demetria G. Sampedro, 25 id.
D. Eduardo Fernández Vicuña, 25 id.
Excmo. Sr. D. Eduardo Sanz y Escartín, 25 id.
D. Eloy Lamamié de Clairac, 25 id.
D. Enrique Grana, 25 id.

D. Eusebio Iranzo, 25 id.
 D. Felipe Gutierrez Villoldo, 25 id.
 D. Fernando M. de Ibarra, 50 id.
 D. Francisco Conder Moratilla, 50 id.
 D. Francisco Fernández Tresguerres, 25 id.
 D. Fernando de Huidobro, 25 id.
 D. Francisco Javier B. Iturrategui, 100 id.
 D. Francisco Medina Pérez, 25 id.
 D. Francisco Montero de Espinosa de la Barrera, 25 id.
 D. Francisco Valdivia y Gómez Bravo, 25 id.
 D. Gabino F. Felgueroso, 25 id.
 D. Gabriel del Corral y Fernández, 25 id.
 D. Gabriel Mulet y Sanz, 25 id.
 D. Guillermo Ferragut, 25 id.
 D. Hermínio Sáez, 25 id.
 D. Ignacio Hevia Viciella, 50 id.
 D. Ignacio Ostua, 25 id.
 D. Ignacio Zubasti, 25 id.
 D. Jalme Pérez Peña, 25 id.
 D. Jenaro Santafé Herrero, 25 id.
 D. Joaquín Lizasoain, 100 id.
 D. Joaquín Orús, 25 id.
 Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra, 50 id.
 D. José A. Bulnes, 75 id.
 D. José de Amézola, 100 id.
 D. José Antonio Durán y Grueso, 25 id.
 D. José Ayala y López, 25 id.
 D. José Calvo Bartios, 50 id.
 D. José Carreira é Hijos, 25 id.
 D. José Climent, 25 id.
 Ilmo. Sr. D. José Díez de Rivera y Muro, 50 id.
 D. José García Trujillo, 40 id.
 D. José Gómez Tejedor, 25 id.
 D. José Lora Pulgarín, 25 id.
 D. José Martínez Carande, 75 id.
 D. José de Pareja y de Pareja, 100 id.
 D. José Ramón Mosquera y Oario, 25 id.
 D. José Ricart y Roca, 80 id.
 D. José de Scals y Kovira, 25 id.
 D. José Soler, 25 id.
 D. Juan A. Hernández del Agulla, 25 id.
 D. Juan Álvarez del Vallo, 25 id.
 D. Juan Barcia Caballero, 25 id.
 D. Juan Cabrera Martín, 100 id.
 D. Juan Díaz Quesada, 25 id.
 D. Juan Vivas Pérez, 50 id.
 D. Lorenzo Pérez y Pérez, 50 id.
 D. Lucas Marsella, 50 id.
 D. Luciano Aleón y de Vicente, 25 id.
 D. Luis Azcárraga, 25 id.
 D. Luis Palahi é Hidalgo de Quintana, 100 id.
 D. Luis de Villaverde, 50 id.
 D. Manuel Álvarez Suárez, 40 id.
 D. Manuel de Lainz Ruiz, 25 id.
 Srtas. María y Manuela del Piélago, 250 id.
 D.ª Mariana Jaraquemada, Viuda de Zambrano, 100 id.
 Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga, 50 idem.
 Excmo. Sr. Marqués de Montefuerte, 25 id.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, 150 id.
 D.ª Milagros de Colosia, 25 id.
 D. Nemesio Carrasco y Carvajal, 50 id.
 D.ª Nicolasa Espárrago, 25 id.
 Ilmo. Sr. Obispo de Solsona, 25 id.
 D. Pedro Alava y Velasco, 50 id.
 D. Pedro Moro Arqueró, 25 id.
 D. Pedro Roglá, 40 id.
 D. Plácido Allende Piágero, 50 id.
 D. Plácido L. Acevedo, 50 id.
 D. Rafael Reig Soler, 35 id.
 D. Rafael Rodríguez de Cepeda, 50 id.
 D. Rafael Rodríguez Torres, 25 id.
 D. Ramiro Arroyo, 25 id.
 D. Ramón Posada Vidapol, 25 id.
 D. Remigio Vidaurreta, 25 id.
 D. Roberto Gómez Igual, 50 id.
 D. Salvador Díez, 25 id.
 D. Saturnino Calderón, 50 id.
 D. Servando Martínez del Cerro, 25 id.
 Sobrino de G. Sordo, 50 id.
 D.ª Socorro Sánchez, Viuda de García, 50 id.
 D. Tomás A. Boada, 25 id.
 D. Tomás Gómez Acebo, 25 id.
 D. Tomás José de Epalza, 25 id.
 D.ª Vicenta Martínez, Viuda de Fernández, 25 id.
 D. Vicente Pedregal, 25 id.
 D. Vicente de Urighen, 100 id.
 D. Victor Navarro y de Vicente, 50 id.
 Excmo. Sra. Vizcondesa de Barrantés, 100 id.
 Sra. Viuda de Dupuy de Lome, 25 id.
 Sra. Viuda de Zabalburn, 50 id.

Sres. Donantes por cantidades menores de 25 pts.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

D. A. Alcázar Caballero.
D. A. Alonso.
D. A. Alonso García.
D. A. Alvarez.
D. A. Argüelles.
D. A. Calvo Gil.
D. A. Cánovas Joli.
D. A. Casabayó.
D. A. Cobos Bruzos.
D. A. Dalmau.
D. A. Delgado López.
D. A. F. Lavandera.
D. A. G. Corral y Picó.
D. A. G. González.
D. A. García Gutiérrez.
D. A. Gascón.
D. A. Gómez Gallano.
D. A. Gómez Visado.
D. A. Hidalgo Pinto.
D. A. Checa.
D. A. de Lacalle y Rojas.
D. A. de Larrea.
D. A. León y Sanz.
D. A. Limia Macía.
D. A. Lorenzo.
D. A. Eilor Rosell.
D. A. Mari Clavo.
D. A. María Poveda.
D. A. Martínez Gutiérrez.
D. A. de Mazarrasa.
D. A. Miguel Martínez.
D. A. Menéndez Alonso.
D. A. Narvaez Naranjo.
D. A. Ortega Subirá.
D. A. Peñaez Quintanilla.
D. A. R. Rosado.
D. A. Ramirez.
D. A. del Río y Segundo.
D. A. Rivadulla.
D. A. Robles Vega.
D. A. Roman Santiago.
D. A. Ruiz Escribano.
D. A. Sáenz España.
D. A. Salazar y Avila.
D. A. Sancho Escrig.
D. A. Sancho Martínez.

D. A. Socias Torrens.
D. A. Sucre.
D. A. Tomás y Almar.
D. A. Trujillo Portales.
D. A. Varela y Varela.
D. A. Verdes León.
D. A. Vigo Cosials.
D. A. Villena García.
D. Agustin Zúñiga.
D. Alberto Fernández.
D. Alfonso Tarragona.
D. Alfredo Loewy.
D. Amós Castro Pérez.
D.ª Anna María Carra.
D. Anastasio Arauz.
D. Andrés Fernández.
D. Andrés G. Palomares.
D. Andrés Galar.
D. Andrés Latorre.
D. Angel Balbuena.
R. P. Angel Moreda.
D. Angel Vega Santar.
D.ª Angela Blanco, Viuda de Cela.
D. Antero Estibalez.
D.ª Antonia C. de Flol.
Sor Antonia de Jesús María.
D. Antonio de Argüeso.
D. Antonio de Cuadras Feliu.
D. Antonio Cubillo.
D. Antonio F. Mejías.
D. Antonio F. Valencia.
R. P. Fray Antonio Fuentes.
D. Antonio Gabas.
D. Antonio Gallego.
D. Antonio Gil Santana.
D. Antonio Lizarraga.
D. Antonio López.
D. Antonio M.ª Basco.
D. Antonio de la Monja.
D. Antonio Rivas.
M. I. Sr. D. Antonio Sintés.
D. Atanasio Diaz.

D. B. Fernandez Domin-
guez.
D. B. Ferrer Palau.
D. B. Florit Ripoll.
D. B. Garcia Salas.
D. B. Gutiérrez Otero.
D. B. del Hoyo y González.
D. B. L. González.
D. B. Mocerós.
D. B. Nava Rodríguez.
D. B. Quintans Somoza.
D. B. Sánchez Martínez.
Sr. Barón de Quadras.
Sres. Bartual y Martínez.
Fray Benigno Sánchez.
D.* Bernarda Jalón.
D. Bernardino Arberas.
R. P. Blas Deschaux.
D. Bruno J. C. Regnero.
D. C. Alvarez Gujarro.
D. C. Canto Gosalbez.
D. C. Carbajal.
D. C. Escudero González.
D. C. Ferrer y Creus.
D. C. Gallego Jiménez.
D. C. Garcia de Amador.
D. C. de Gorbea.
D.* C. Luz Rivas.
D. C. Molins.
D. C. Rubiales Aguilar.
D. C. Santos Otero.
D. C. Sanz Larrumba.
D. C. Viguri.
D. Cándido Porto.
D.* Carlota M. de Lara,
Viuda de Muledas.
D.* Catalina F. Martel.
Excmo. Sr. D. Cenón del
Alisal.
D. César Amarillo.
D.* Cipriana Vivas, Viuda
de Montenegro.
D. Cipriano Rodríguez.
R. P. Dr. del Colegio de
Santa Maria.
R. P. Rector del Colegio de
Sto. Tomás de Avila.
Sr. Conde de Arcentales.
Sr. Conde de Fontao.
Excmo. Sr. Conde Villa-
longa.
Excmo. Sr. Conde de Villa-
franqueza.
Sr. Conde de Villafuertes.
Excmo. Sr. Conde de To-
rreanáz.
Sra. Condesa de Buena-
vista.

Excmo. Sra. Condesa Viu-
da de Mendoza Cortina.
D. Constantino Herrero.
D. Cosme Obrador.
D. Cosme P. Porras.
D. Crescencio Morate.
D. Castodio Gil Ruiz.
D. D. Alvarez.
D. D. Arribas.
D. D. Brandariz Lado.
D. D. Cáceres.
D. D. Hernández Francisco
D.* D. Sabater.
D.* D. de Seoane, Viuda de
Brull.
D. D. Vaca González.
D. Diego de Guevara.
D. Diego Pazos Solano.
Director de las Escuelas de
la Asociación de Católi-
cos.
D.* Dolores Hernández.
D. E. de Aizpurna.
D. E. Beladiez Jiménez.
D. E. Castañeira Miranda.
D. E. Espinosa Guirado.
D. E. Galán Fernández.
D. E. Garcia Diaz.
D. E. González Carrillo.
D. E. González Ubieta.
D.* E. Gual de Figueras.
D. E. Gutiérrez Romillo.
D. E. Ortega Moreno.
D. E. Raduan.
D. E. Raynaud.
D. E. Royo Campos.
D. E. Ruiz.
D. E. Toribio Andrés.
D. E. Tosinó Sánchez.
D. E. Villarroya y Marco.
D.* Elisa Malvares de Cor-
dero Paz.
Excmo. Sr. D. Emilio Cá-
novas del Castillo.
D. Emilio F. Argüeso.
D. Enrique Elias.
D. Enrique Vial.
D.* Enriqueta Ortiz, Viuda
de Muñoz.
D. Ernesto Morales.
D.* Escolástica Miranda
Viuda de Oliag.
D. Estanislao de Cuadra.
D. Eudaldó Fornis.
D. Eugenio Carbonell.
D. Eustaquio Sierra.
D. Evaristo Escalada.
D. Evaristo Vilan Gómez

D. Ezequiel Ferreras.
D. F. Aguilar Martel.
D. F. Albors y Raduán.
D. F. Almentros Carmona.
D. F. Arús Juvé.
D. F. Benjumea y Gil de
Gibaja.
D. F. Berazadi.
D. F. Blanes López.
D. F. Bootello Castro.
D. F. de Bastillo.
D. F. Calvo Fuertes.
D. F. Camacho Cano.
D. F. Diaz Alcover.
D. F. D. Saez y González.
D. F. Garcia Galindo.
D. F. Garcia Pérez.
D. F. Gil de los Reyes.
D. F. Gutiérrez Zorrilla.
D. F. J. Masó Serra.
D. F. Javier de Artarcos.
D. F. López y Elcegui.
D. F. López Valdés.
D. F. Llópez Pomares.
D. F. Maldonado Carrilón.
D. F. Miguel Cabrera.
D. F. Nongués Subirá.
D. F. Nuño.
D. F. Prats Pérez.
D. F. Pareda Martínez.
P. F. Rico Morena.
D. F. Rovira Torres.
D. F. de Santa Pau y Nou-
gués.
D. F. Soler de Figuerola.
D. F. de la Torre.
D. F. de Veciana y Cayla.
D. F. Ventura Lozano.
D. F. Villalba.
D. F. Villarrica Hevia.
D. F. Villén Luque.
D. Fabriciano de Torrón-
gui.
D. Faustino Goñi.
D. Federico Bobadilla.
D. Federico de la Pedrosa.
D. Felipe Bronchalo Lago.
D. Fermin Golcochea.
D. Fernando Gutiérrez.
D. Fernando Vilallonga.
D. Florencio Gallego.
D. Florencio Mansano.
D. Florentino Adrian.
D. Francisco de Andrade.
D. Francisco de la Cova.
D. Francisco Figueras.
D. Francisco Maria Villa-
nueva.

D. Francisco Mendiluce.
D. Francisco Palazuelos.
D. Francisco Rico.
D. Francisco Rodriguez.
D. G. de Artabe.
D. G. Blasco de Gregorio.
D. G. de la Escosura.
D. G. G. Hernández.
D. G. López Cepero.
D. G. López Rull.
D. G. Martínez Mendoza.
D. G. de Olaso.
D. G. Page.
D. G. Palactos.
D. G. Quijano de la Colina.
D. G. de Reina Navarro.
D. G. de Torres Almunia.
D. Gabriel Reyer Garcia.
Fr. Gerardo Larrondo.
Excmo. Sr. D. Genaro Pe-
rogordo.
D. Gonzalo Castrillo.
D. Gonzalo Losada.
D. Gregorio Fernández.
R. P. Gregorio Rivate.
D. Gregorio Sanchez.
D. Guillermo Moreno.
D. Gumersindo F. Ahuja.
D. Herminio Magdaleno.
Sras. Hijas de Uriarte.
D. Hilario Gomez.
D.* I. Barrero Amador.
D. I. Barrón.
D. I. Canseco Gutiérrez.
D. I. Degull y Arroyo.
D. I. de Dios González.
D. I. Fernández Valverde.
D. I. Oliva Huertas.
Sres. Ibarrodo y Larraza-
bal.
D.* Ignacia Costa.
D. Ignacio Quicios.
D. Isidro Gastón.
D. Isidro M.* Aizpuru.
D. Ismael Santander.
D. J. A. de la Bârcena.
D. J. A. Nutt.
D. J. Abad Corrales.
D. J. Adame Tenorio.
D. J. Aguirre Iturralde.
D. J. Alaminos.
D. J. Alfonso y Díez de
Ulzurruñ.
D. J. Alonso Serrano.
D. J. de Aizuru y Sorolla.
D. J. Balbín y Duyos.
D. J. Baragaha.
D. J. Berenguer y Sala.

D. J. Blanco del Río.
 D. J. Blasco Crespo.
 D. J. Camilo Villarreal.
 D. J. Cañas y Mañe.
 D. J. Cardona y Tur.
 D. J. Casas García.
 B. J. Castañer Ricart.
 D. J. Conde Martín.
 D. J. Comes Cerqueda.
 D. J. Delgado.
 D. J. Díaz Braña.
 D. J. Delgado Benitez.
 D. J. Domingo Larrea.
 D. J. Dominguez.
 D. J. Escrig de Olortz.
 D. J. Fernández Redondas.
 D. J. Fernández Tejedor.
 D. J. Ferrández Terol.
 D. J. Figueroela Fuensalida.
 D. J. Galán Marín.
 D. J. Galochúa Alonso.
 D. J. García.
 D. J. García Gilabert.
 D. J. García de Tuñón.
 D. J. García Peral.
 D. J. Gil de Pareja.
 D. J. González Álvarez.
 D. J. González Blanco.
 D. J. Guerrero Nieto.
 D. J. Gutiérrez de Gandarilla.
 D. José Hernández Franciscano.
 D. J. Irastorza.
 D. J. J. Amam.
 D. J. J. Baquiter Balade.
 D. J. J. Brague Vizoso.
 D. J. José Belenguer.
 D. J. José Machin.
 D. J. José Martínez Ruiz.
 D. J. Juliá Arnau.
 D. J. Larrucea Lambarri.
 D. J. López Egea.
 D. J. López Fernández.
 D. J. Lonzao.
 D. J. Luis Miranda y Herranz.
 D. J. Llasat y Serré.
 D. J. M. Bentín Lema.
 D. J. M. Sánchez Alvarez.
 D. J. María Benjumea y Pareja.
 D. J. María García.
 D. J. M. Iglesias Odona.
 D. J. M. Laguna Vellido.
 D. J. M. López Rodríguez.
 D. J. M. Manfredini.

D. J. M. Martín Claveria.
 D. J. María Pérez Hernaez.
 D. J. M. de las Rivas Velasco.
 D. J. María Tarrío Rey.
 D. J. Martín Arribas.
 D. J. Martín Moreno.
 D. J. Martínez Draga.
 D. J. Martínez Lozano.
 D. J. Martínez Sirvent.
 D. J. Mendoza Pascual.
 D. J. Monturiol.
 D. J. Monzon Bernard.
 D. J. Mora Palma.
 D. J. Moreno Peñalver.
 D. J. Mussó Moreno.
 D. J. de Nadal.
 D. J. Nagel y Fernández de Laguna.
 D. J. Novo Paz.
 D. J. Otero Iturralde.
 D. J. Ozores de Prado.
 D. J. Paton Carrión.
 D. J. Pérez Díaz.
 D. J. Planas Cuyas.
 D. J. Primo de Rivera.
 D. J. Ramirez Rodriguez.
 D. J. Rodríguez Andrade.
 D. J. Roiz de la Parra.
 D. J. Romero Piña.
 D. J. Sánchez Massia.
 D. J. Santa Pau.
 D. J. Soler Quilis.
 D. J. Teller.
 D. J. Telloza Aner.
 D. J. de la Torre.
 D. J. Vacas Serrano.
 D. J. Vecino Quesada.
 D. J. de Vera y Gómez.
 D. J. Villar Suarez.
 D. J. Vizcaino Moya.
 D. J. de Zaldívar.
 D. Jaime Adell Querol.
 D. Jaime Verástegui.
 D. Javier Alvarez.
 D. Javier de la Revilla.
 D. Jenaro Blanco.
 D. Jesús Calvo.
 D. Jesús Tallón García.
 D. Joaquín B. Espert.
 D. Joaquín L. de Zubiria.
 D.ª Joaquina Riesgo.
 D. José A. Castañon.
 D. José Aceves y Acevedo.
 D. José Arumi.
 D. José C. Peradalta.
 D. José Casado.

D. José Casanova.
 D. José Consul.
 D. José F. Figueras.
 D. José Fernández Tresguerres.
 D. José G. Cortina.
 D. José L. Sobrado.
 D. José M. de Sotomayor.
 D. José M.ª Ibañez.
 D. José M.ª de Isasi.
 D. José M.ª Ozores.
 D. José M.ª Paez.
 D. José M.ª de Rábago.
 D. José M.ª Salazar.
 D. José M.ª Selo.
 Ilmo. Sr. D. José María Urquijo.
 D. José Miralles Tena.
 D. José Miranda.
 D. José Perdomo Vega.
 D. José Romero López.
 D. José Sancho.
 D. José Somoza Pallarés.
 D. José Vicente Elieche.
 D. Juan A. Hernández.
 D. Juan del Dujo.
 D. Juan Echaniz.
 D. Juan Jara.
 D. Juan Labín.
 D. Juan de Orrumas.
 D. Juan Ruiz Gómez.
 D. Juan Simón Zudaire y Echávarri.
 D. Juan Velez Pareja.
 D. Juan Viña.
 D. Julián Villuendas.
 Juventud Carlista de Algemesi.
 D. L. Aniceto Alvarez.
 D. L. Bahía Urrutia.
 D. L. Caldenty Perelló.
 D. L. Díaz Rodríguez.
 Ilmo. Sr. D. José Díez de la Cortina.
 D. L. Durán Cabello.
 D. L. Fernández Arguelles.
 D. L. Ferreiro.
 D. L. Freire Freire.
 D. L. García.
 D. L. García de la Peña.
 D. L. García Ruiz.
 D. L. Liras González.
 D. L. Lozoya Alonso.
 D. L. Quesada.
 D.ª L. Rodríguez.
 D. L. Romance Valor.
 D. L. Romero.
 D. L. Serrano Fernández.

D. L. Zamorano Rodríguez.
 D. Leandro F. Osuna.
 D. Leandro Soto.
 D. Lorenzo de Castro.
 D. Lorenzo L. Cruz.
 D. Lucas García Andía.
 D. Lucas Hidalgo.
 D. Luciano García.
 D. Lucio Rodríguez Vigil.
 D. Luis Ballesteros.
 D. Luis I. y Pérez Seoane.
 D. Luis Morales.
 D. Luis de Noreña y de la Vega Inclán.
 D. Luis Ramos.
 D. Luis S. Valera.
 D.ª Luisa Alvarez.
 D.ª Luisa Sala Ascensio.
 D. M. Bonmati de Cendra.
 D. M. Bustamante Hoyos.
 D. M. Cabanellas Pedrosa.
 D. M. Carretero.
 D. M. Cliveti.
 D. M. Cortés Moreno.
 D. M. Escalera Diaz.
 D. M. García Blanco.
 D. M. García San José.
 D. M. Garrido Osorio.
 D. M. Gómez Diaz.
 D. M. Gómez Sancedo.
 D. M. de Huidobro.
 D.ª M. Izquierdo Ruiz.
 D. M. J. O. Doherty.
 D. M. López Barredo.
 D. M. López Trelles.
 D. M. Márquez.
 D. M. Martínez Rojo.
 D. M. Maxón Fernández.
 D. M. Medina Olmos.
 D. M. Montes Méndez.
 D. M. Morales Hornera.
 D. M. Nieto de la Fuente.
 D. M. Pardo Reguera.
 D. M. Peña Teresa.
 D. M. Pérez Abema.
 D. M. Pérez Martí.
 D. M. de la Peña Igea.
 D. M. Prieto Muñoz.
 D. M. Reglado Nieto.
 D. M. Rev Montero.
 D. M. Rodríguez Guerrero.
 D. M. Rubiera.
 D. M. Ruiz Muñoz.
 D. M. Sánchez y Sánchez.
 D. M. Sbert y Canal.
 D. M. Torrente Flores.
 D. M. de Ugalde.
 D. M. de Uribarri.



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

ALFONSO REYES
 1625 MONTERREY, NEX

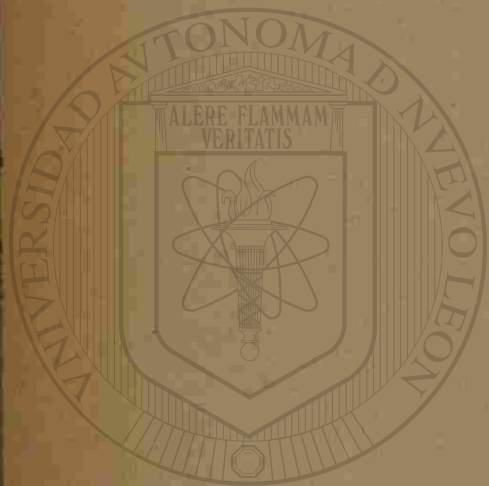
D. M. Velázquez.
 D. M. Velázquez Diosdado.
 D. M. de la Vega.
 D. M. Villaplana Orts.
 D. M. Viñuela.
 D. Mácaro Vacas.
 D. Manuel Deó y Atés.
 D. Manuel Domecq.
 D. Manuel de Ganol.
 D. Manuel García.
 D. Manuel Gargantiel.
 D. Manuel Pinilla.
 D. Manuel Reboiro.
 D. Manuel Roselló.
 D. Manuel S. Manzano.
 D.* Manuela García, Viuda de Colluz.
 D.* María de la Concepción Morell.
 D.* María Corbi, Viuda de Puchol.
 Doña María Jesús Alonso, Viuda de Rocha.
 Doña María M. Delgado.
 D.* María Manso de Zúñiga de Lafuente.
 D. Mariano Bejarano.
 D. Mariano Gállego.
 Excmo. Sr. Marqués de Colomina.
 Excmo. Sr. Marqués de Estella.
 Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
 Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.
 Excmo. Sr. Marqués de Valero de Palma.
 D. Martín Díez.
 D. Martín Bedin.
 D. Mateo de los Ríos.
 D. Matias Blanco.
 D. Matias del Campo.
 D.* Mercedes Sintas.
 D.* Micaela Repullés.
 D. Miguel Antona.
 D. Miguel Borrero Picón.
 D. Miguel Salaverria.
 Sres. Morales y Alahija.
 D. N. Cabrerizo y Romero.
 D. N. Jiménez Castro.
 D. N. Riberas Peña.
 D. Narciso de la Cuesta.
 D. Nemesio Valera Madrid.
 D. Nicomedes Mendialdua.
 D. O. Balanzá y Capuz.
 D.* Obdulla Bonifaz.
 Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca.

D. P. Alonso Reinoso.
 D. P. Antonio Pavón.
 D. P. Arnáez Alonso.
 D. P. Ballester Rullan.
 D. P. de la Calleja González.
 D. P. Castejón.
 D.* P. Devesa.
 D. P. Falces Belloso.
 D. P. Fernández Moreda.
 D. P. Garrido.
 D. P. Gonzalez Diaz.
 D. P. Jaime Matheu.
 D. P. de la Mora.
 D. P. del Olmo Bronchalo.
 D. P. Pallarés García.
 D. P. Pérez Ramos.
 D. P. Poveda Castroverde.
 D. P. Pradas Izquierdo.
 D. P. Santos Roño.
 D.* P. Solís y Rivas.
 D. Pablo Bonet.
 D. Pablo Fábrega.
 D. Pablo del Valle.
 D. Pedro Bárcena.
 D. Pedro Bueno Casillas.
 D. Pedro Loyo.
 D. Pedro Morales.
 D. Pedro O. Muñoz de T.
 D. Pedro Pajares.
 D. Pedro de Uzquilano.
 D. R. Bolz.
 D. R. Guardiola Medina.
 D. R. Ostio Salguero.
 D. R. Pando Real.
 D. R. S. de Lassaleta.
 D. R. Saenz de Cenzano.
 D. R. Sala Ferrandiz.
 D. R. Serrano García.
 D. R. Suarez Valdés.
 D. R. Torres Marinho.
 D. R. Varela Pérez.
 D. R. Vuelta y Horrillo.
 D. Rafael Albarrán.
 D. Rafael Albistur.
 D. Rafael Terol.
 D. Raimundo Zurita.
 D. Ramón Gil.
 D. Ramón Lluch.
 D. Ramón M.* Iglesias y Lamela.
 D. Ramón Platas Freire.
 M. I. Sr. Rector del Seminario de Ciudadela.
 M. I. Sr. Rector del Seminario de Jaca.
 D. Restituto G. Tuñón.
 D. Ricardo de Aguirre.
 D. Ricardo Gondra.

D. Ricardo Herrera.
 D.* Rita Taboada Herrero.
 D. Román Monsalvo.
 D. Román Ulloa.
 D. Roque Aguirre.
 D. Rufino Juanena.
 D. S. Acebal.
 D. S. Campos Pons.
 D. S. Delgado y Ruiz.
 D. S. F. de Zaharta.
 D.* S. Flores Barreda.
 D. S. Hergueta.
 D. S. Hernández.
 D. S. Larrea.
 D. S. Martínez.
 D. S. Peña Giménez.
 D. S. Solo de Zaldivar.
 D. S. de Toro y Sanchez.
 D. Salvador Mifsut.
 D. Salvador Rocaful y Castro.
 D. Santiago Martínez.
 D. Santiago Vila.
 D. Santos Ortigosa.
 D. Saturnino R. Alvarez.
 Sres. Siles y Ortega.
 D. Simón Mesonero.
 D. T. A. de Goxencia.
 D. T. de Barrio Losada.
 D.* T. Carvajal, viuda de Morales.
 D. T. López Pulido.
 D. T. Martín.
 D. T. Peña Fernández.

R. P. T. Rodríguez.
 D. T. de S. y Torres-Linero.
 D.* Teresa Casas.
 D. Tiburcio Vega.
 D. Tomás Dominguez.
 D. Tomás de la Fuente Reinoso.
 D. Tomás Sanchiz.
 D. Trinidad Delgado Cisneros.
 D. Ulpiano Errea.
 D. V. A. Ortega y Arnaiz.
 D. V. Bárcena.
 D. V. Escudero Pastor.
 D. V. L. Martín.
 D. V. Murillo Llorente.
 D. V. Pérez Diaz.
 D. V. Ponce.
 D. V. Ruiz del Castillo.
 D. V. Sancho Lleó.
 D. Valentín Iglesias.
 D. Valeriano Benito Rodríguez.
 D. Vicente García Page.
 D. Vicente Martínez.
 D. Vicente Tascón.
 D. Vicente Tezanos.
 D. Victoriano Rosety.
 Sra. Viuda de A. Cruz.
 Sra. Viuda é hijos de J. Mas.
 Sr. Vizconde de la Vega.
 D. W. Cotejo del Olmo.
 D. Z. Puyal.

Los amantes de la buena literatura que deseen patrocinar esta obra de regeneración moral y literaria, pueden enviar sus donativos á la Administración de la BIBLIOTECA.



Señores que forman el Patronato Regional de Cataluña y han ofrecido sumas para el sostenimiento y concursos de la Biblioteca PATRIA.

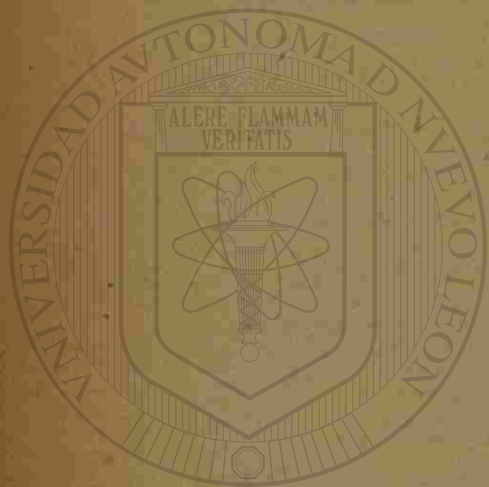
PATRONATO PRINCIPAL DE LA REGIÓN

Excmo. Sr. D. Ensebio Güell y Bacigalupi, 500 pesetas.
Excmo. Sr. D. Luis Ferrer-Vidal, 500 id.
Ilmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.
Excmo. Sr. D. Alejandro Maria Pons, 500 id.
Excmo. Sr. D. Pedro G. Maristany, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

(Orden alfabético de nombres.)

D. Francisco de P. Benessat, 100 ptas.
Excmo. D. Francisco Sert, 100 id.
D. Ignacio Girona, 25 id.
D. Jaime Gorina Pujol, 50 id.
D. Joaquín Borrás y de March, 100 id.
D. José Cardona, 25 id.
D. José Millá y Pi, 25 id.
Excmo. Sr. D. José Monegal y Nogués, 150 id.
D. José Ricart y Roca, 60 id.
D. José Vallis é Ibern, 60 id.
D. Juan Tusquets y Pallós, 50 id.
D. Justo A. Huguet Fochs, 25 id.
D. Luis Alesan Nogués, 25 id.
D. Manuel Farguelli, 25 id.
Excmo. Sr. D. Manuel Girona, 200 id.
D. Manuel Viader, 25 id.
Ilmo. Sr. Obispo de Vich, 50 id.
D. Pablo Bonet, 25 id.
D. Pedro Rivas Oleart, 50 id.
D. Ramón Masifern, 25 id.
D. Ramón Rubió, 25 id.
D. Roberto Ponsa y Coma, 25 id.
Excmo. Sr. D. Santiago López y Díaz de Quijano, 125 id.
D. Vicente Albert, 25 id.
D. Trinidad de Fontcuberta, 100 id.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA "PATRIA,"

DE

OBRAS PREMIADAS

Han obtenido premios en Concurso las siguientes:

- 1.ª «LA GOLONDRINA», novela de D. Enrique Menéndez Pelayo.
- 2.ª «LA TONTA», novela de D. Ramón de Solano y Polanco.
- 3.ª «EPISTOLARIO», boceto de novela de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.
- 4.ª «ALMAS DE ACERO», novela de D. José Rogerio Sánchez.
- 5.ª «LA HIJA DEL USURERO», novela de D. Estanislao Maestre.
- 6.ª «LA CADENA», novela de D. Manuel Amor Meilán.
- 7.ª «ENGRACIA», tradición hispano-romana, de D. Rafael Pamplona Escudero, (premio único otorgado al tema segundo del Concurso.)
- 8.ª «SELECTOS», colección de Cuentos de los Sres. D. E. Menéndez Pelayo, D. Lorenzo Lafuente, D. Ramón de Solano, don Teodoro Baró y D. S. Trullol y Plana.

Están de venta en todas las librerías al precio de **una peseta** cada tomo.

NOTA.—Se está publicando una serie de obras, fuera de concurso, de varios autores, teniendo ya á la venta:

El Buen Sentido. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

Carlños. Novela, de Angel Guerra.

Cuentos y trazos. de D. E. Menéndez Pelayo.

En la Costa. Novela, de D. Teodoro Baró.

César Luján. Narración, de D. Felipe Mathé.

Gantarin cautivo. Novela, de D. José Zahonero.

Un alma de Dios. Novela, del Sr. Marqués de Villasinda.

Mar afuera. Novela, de Angel Guerra.

En busca de la vida. Novela, de D. José Rogerio Sánchez.

Almas rústicas. Novela, de D. E. Maestre.

El vagón de Téspis. Novela, de D. Mauricio López Roberts.

Resurrección. Novela, de D. José M.^a Rivas Groot.

La tramontana. Novela, de don Teodoro Baró.

Alma Mater. Novela, de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

La tierra prometida. Novela, de D. Rafael Pamplona Escudero.

La dulce obscuridad. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

La Oblisplla. Novela, de D. Luis Martinez Kleiser.

El señor Benito. Novela, de D. Evaristo Rodriguez de Bedia.

Noche de ánimas. Novelas cortas, de D. Mauricio López Roberts.

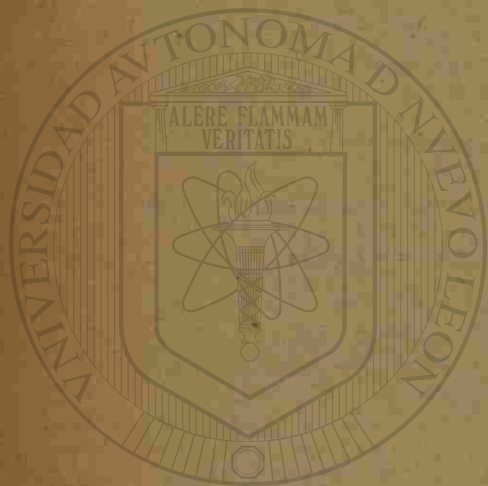
Don Rodrigo en la horca. Narraciones históricas, de D. Javier Ugarte.

Magdalena Soliveres. Relato sencillo, de don Felipe Mathé.

Golondrina de presidio. Cuentos, de D. G. A. Martínez Zuviría.

La bella Cintia. Novela, de D. Manuel Amor Meilán.

Sartal de Cuentos, de Carlos Maria Ocantos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Patronato especial de la prensa

HACEN PROPAGANDA DE LA BIBLIOTECA «PATRIA», COOPERANDO A LA BUENA OBRA DE MORALIZAR Y ESPAÑOLIZAR LA NOVELA, LOS PERIÓDICOS SIGUIENTES: (1)

ESPAÑA

Diario de Barcelona, decano de la prensa española; Propietario, Excmo. Sr. D. José A. Brusí; Dr., D. S. Oliver.
Diario Ferrolano, (Ferrol); Dr., D. Rafael Barcon Orta.
Diario de Gerona, Dr., D. Rafael Masó y Pagés.
Diario de Huesca, Dr., D. Mariano Martínez Jarabo.
Diario de la Marina, (Madrid); Dr., D. José Rodríguez Trujillo.
Diario de Mataró y su comarca, Dr., D. Salvador Llanos y Rabase.
Diario Montañés.
Diario de Navarra (Pamplona); Dr. D. Eustaquio Echauri.
Diario de Palma, (Baleares); Dr., D. Felipe Guasch y Vicens.
Diario de la Rioja, (Logroño); Dr., D. Francisco Loma Osorio.
Diario de la Tarde, (Málaga); Dr., D. Joaquín Puga Martínez.
Diario de Avisos de Zaragoza.
El Ancora, (Pontevedra); Dr., D. José Gómez Martínez-Zentram.
El Automovilismo Ilustrado, (Barcelona); Dr., D. Pablo de Barnola.
El Avisador Numantino, (Soria); Dr., D. Vicente Tejero.
El Bien Público, (Mahón, Baleares); Dr., D. Jerónimo Massanet y Beltrán.
El Buen Consejo, (El Escorial-Madrid); Dr., R. P. Raimundo González.
El Contribuyente, (Cádiz); Dr., D. Bernardo F. de Arjona.
El Correo de Andalucía, (Sevilla); Dr., D. Rafael Sánchez Arráiz.
El Correo de Cantabria, (Santander); Dr., D. Antonio de Campo Echevarría.
El Correo Gallego (Ferrol).
El Correo de Guipúzcoa, (San Sebastián); Dr., Excelentísimo Sr. Conde de Doña Marina.
El Criterio Católico, (Cádiz); Dr., D. Miguel Álvarez Chape.

(1) Se insertan por orden alfabético.

El Cronista de Málaga.
 El Defensor de Albacete; Dr., D. Elíseo Ruiz.
 El Defensor, (Antequera); Dr., D. Andrés Godoy F. de Castañeda.
 El Defensor de Córdoba; Dr., D. Daniel Aguilera.
 El Defensor de Granada; Dr., D. Luis Seco de Lucena.
 El Defensor, (Segovia); Dr., D. Eulogio M. Higuera.
 El Demócrata, (Alicante); Admor., D. Abelardo L. Teruel.
 El Diario, (Albacete); Dr., D. Tomás Serna Gonzalez.
 El Diario de Avila.
 El Diario Español, (Madrid); Dr. D. Luis Gallego Nacar.
 El Diario, (Orihuela); Dr., D. Manuel Franco Rebagliato.
 El Eco de Cartagena (Cartagena); Admor., D. Andrés Palacios.
 El Eco de Navarra.
 El Eco de Orense.
 El Eco de Santiago, (Santiago-Coruña); Dr., D. Celestino Sánchez Rivero.
 El Faro del Hogar, (Sevilla); Dra., D.^a Josefa Gutiérrez de Fernández.
 El Globo, (Madrid); Dr., D. Martín Lorenzo Coria.
 El Labaro, (Salamanca); Dr., D. Martín D. Berrueta.
 El Liberal, (Alicante); Dr., D. Francisco Guardiola y Ortiz.
 El Magisterio de Galicia, (La Coruña); Dr., D. Carlos Arias.
 El Magisterio Gallego, (Santiago de Compostela); Director, D. Celestino Buján Suarez.
 El Noticiero Bilbaino; Dr., D. Luis Echevarría.
 El Porvenir, (Avelés-Asturias); Dr., D. Isidro Pruneda.
 El Porvenir de Cádiz, (Cádiz); Dr., D. Antonio de la Calle y Lobo.
 El Pueblo, (Bilbao); Dr., D. Aureliano López Becerra.
 El Previsor, Revista de seguros, (Madrid); Dr., D. José Ignacio de Urbina.
 El Propagador de la devoción a San José, (Barcelona); Dr., D. José María de Dalmases B.
 El Regional (Almería); Dr., D. J. Ambrosio Pérez.
 El Semanario Católico de Reus; Dr., D. José Cluans Matjó.
 El Tradicionalista, (Gerona); Dr., D. J. Font y Fargas.
 El Universo, (Madrid); Dr., D. Ruño Blanco.
 España y América; Dr., R. P. Benigno Díaz González.
 España y México, (Madrid); Dr., D. Manuel Escalante Gómez.
 Flores y Abejas, (Guadalajara); Redactor-Jefe, D. Luis Cordarias.
 Heraldo de Alcoy; Dr., D. Julio Puig Pérez.
 Heraldo de Gerona; Dr., D. Juan Antonio Espuñes.
 Heraldo de Huelva, (Huelva); Dr., D. Manuel Font Vidal.
 Heraldo Sevillano, (Sevilla); Admor., D. Luis Santigosa.
 Heraldo de Zamora, (Zamora); Dr., D. Enrique Calamita Matilla.
 La Atalaya, (Santander); Dr., D. Alejandro Nieto.
 La Crónica, (Guadalajara); Dr., D. Santos Bozal Moreno.
 La Cruz, (Alicante).
 La Cruz de Castellón, (Castellón); Dr., D. Juan Bautista Martínez, Pbro.

La Defensa, (Huelva); Dr., D. Juan J. Alonso Jiménez.
 La Educación, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. D. Eduardo Vincenti.
 La Enseñanza Primaria, (Castellón); Dr., D. José Marco Cheza.
 La Epoca, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. Marqués de Valde-Iglesias.
 La Gaceta del Norte, (Bilbao).
 La Industria y el Pueblo, (Elche, Alicante); Dr., D. José Marín Martí.
 La Ilustración Española y Americana y la Moda Elegante, (Madrid); Dr., D. Alejandro Moreno y Gil de Borja.
 La Lealtad Riojana.
 La Libertad, (Málaga); Dr., D. Mariano Alcántara Ruiz.
 La Nueva Región, (Gijón); Dr., D. Pedro Pitiot Alvarez.
 La Publicidad, (Granada); Dr., D. Fernando Gómez de la Cruz.
 La Publicidad, (Madrid); Dr., D. Filiberto Abelardo Díez.
 La Provincia Gaditana, (Cádiz); Dr., D. José Larrahondo.
 La Región, (Guadalajara); Dr., D. José M.^a Solano.
 La Revista, (Alicante); Dr., D. Alfredo Guillén Pedemonti.
 La Sagrada Familia, (Barcelona); Dr., D. Bernardo Montoliu, Pbro.
 La Tarde, (Palma de Mallorca); Dr., D. Joaquín Domenech.
 La Tierra, (Cartagena); Dr., D. J. García Vaso.
 La Última Hora, (Palma de Mallorca); Dr., D. José Tous.
 La Unión Democrática, (Alicante); Dr., D. Rafael Sevilla Linares.
 La Verdad, (Murcia).
 La Voz de España, (Madrid); Dr., D. Manuel de Vega Laneros.
 La Voz de la Provincia, (Huesca); Dr., D. Vicente Cardenera Callejas.
 Las Noticias, (Cartagena); Dr., D. José Martínez Requena.
 Madrid Científico, (Madrid); Dr. D. Augusto Krahe.
 Mercantil Extremeño, (Badajoz); Dr., D. Antonio Sierra.
 Noticiero Extremeño, (Badajoz); Dr., D. José López Prudencio.
 Noticiero Granadino, (Granada); Dr., D. Juan Pedro Mesa de León.
 Noticiero Universal, (Madrid); Dr., D. José Domínguez C. Andrés.
 Nuevo Diario de Badajoz.
 Razón y Fe; Dr., R. P. Pablo Villada, S. J.
 Revista Católica de las Cuestiones Sociales, (Madrid); Director, D. José Ignacio de Urbina.
 Revista Portuense, (Puerto de Santa María); Dr., D. Luis Pérez Gutiérrez.
 Unión Mercantil, (Málaga).
 Unión Protectora Mercantil, (Palma de Mallorca); Director, D. Joaquín González Pagés.

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

De esta serie de novelas en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea en sus diversas manifestaciones, van publicados los once tomos siguientes:

León Zaldívar.—*Quilito.*—*Entre dos lucos.*—*El candidato.*—*La Ginesa.*—*Tobi.*—*Promisión.*—*Misia Jeromita.*—*Pequeñas miserias.*—*Don Perfecto.*—*Nebulosa.*

Se halla en preparación el tomo XII: *El Peligro.*

Del mismo autor: *Mis cuentos*, (1.ª serie).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A B

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BENETTON
FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS

1970